

INTELIGENCIA ESPIRITUAL

ÁLVRO LÓPEZ ASENSIO

Autor-Editor: Álvaro López Asensio
Maquetación: Álvaro López Asensio
ISBN.- 978-84-09-77741-9
Depósito Legal.- Z-1524-2025

1.- LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL” DEL SER HUMANO

1.1.- “INTELIGENCIA ESPIRITUAL” O “INTELIGENCIA EMOCIONAL”

En la actualidad, la mayoría de pensadores, psicólogos, pedagogos y filósofos publican y opinan sobre lo que denominan “*inteligencia espiritual*”, sin caer en la cuenta de que, en realidad, están escribiendo y definiendo una “*inteligencia emocional*”.

La mayoría de estos estudiosos no inciden en el aspecto creyente-espiritual, sino en la necesidad laica y secularizada de espiritualizar la vida “*no creyente*” al margen de la fe y las creencias religiosas. Dicho de otra manere, pretenden sustituir los argumentos y valores éticos de la “*inteligencia espiritual*” para llamarlos “*inteligencia emocional*”, es decir, definir como espiritual el mundo de las emociones con los enfoques, argumentos y discursos morales y conductistas de un increyente.

La “*inteligencia emocional*” pretende superar estados de ánimo y comportamientos para reconducirlos a pensamientos y conductas que eviten el sufrimiento de las personas. Esto se consigue mediante la razón y el dominio de la conciencia y la voluntad de uno mismo. Los pensamientos se encauzan hacia la superación de dificultades internas, al margen del contexto religioso.

La “*inteligencia espiritual*”, sin embargo, propone desde la fe y las creencias religiosas un cambio interior, un transformación integral de la persona que implica un proyecto de vida diferente basado en dos pilares fundamentales: “*amor*” y perdón. Este objetivo se alcanza cuando la vida espiritual e interior del creyente le hace “*caer en la cuenta*” que “*amar*” es el valor fundamental y nuclear de su existencia humana y racional. Este “*caer en la cuenta*” implica una necesidad de cambiar interiormente.

No se trata sólo de “*cambiar las emociones*”, ni tampoco “*dominar los sentimientos*” e impulsos racionalmente, como enseña la “*inteligencia emocional-existencial*”, sino que va más allá; se trata de dar un giro completo e integral al interior de la persona como premisa previa para cambiar la vida y dar un sentido a la *praxis* cotidiana, tal como propone la “*inteligencia espiritual*”. La vida espiritual tiene un único objetivo: la persona y su transformación al “*amor*” con Dios como camino y meta.

Practicamente ninguno de los autores que escriben sobre la “*inteligencia espiritual*” utilizan los vocablos “*amor*”, “*perdón*” y “*reconciliación*” porque son términos exclusivos de la esfera religiosa y de la vida creyente.

Este ensayo pretende no sólo diferenciar la “*inteligencia espiritual*” de la “*inteligencia emocional*”, sino determinar los verdaderos propósitos de la “*inteligencia espiritual*”, así como los caminos para alcanzarla desde su fundamento: la fe y las creencias religiosas. Todo esfuerzo por demostrar una “*inteligencia espiritual*” laica, atea y secularizada no hace sino confundir a los “*no creyentes*” con posturas existencialistas que intentan sustituir la “*espiritualidad*” de cualquier Ser Humano.

En nuestra sociedad, los “*no creyentes*” y escépticos también quieren tener una vertiente “*espiritual*”, quieren justificar su vida y su destino con cierta “*espiritualidad*”. No se puede acomodar el lenguaje y el mensaje “*espiritual*” del mundo creyente al “*no creyente*”. Es indigno adaptar unos postulados a otros, máxime cuando los “*no creyentes*” no viven como proyecto de vida la experiencia de Dios en sus “*corazones*”. Sólo desde esta experiencia religiosa se puede comprender qué es la “*inteligencia espiritual*” y lo que la diferencia de la “*inteligencia emocional*” puramente racional y secularizada.

Por consiguiente, aspectos tradiciones de la “*inteligencia emocional*” no deben ser llamados “*inteligencia espiritual*” ya que, a pesar de que haya puentes y ciertas semejanzas, en el

fondo y en la forma, son completamente diferentes. Por ello, en este ensayo sustituiremos el término “*inteligencia emocional*” por el que creo más ajustado a su significado y a la percepción que debe tener el mundo “*no creyente*”: “*inteligencia existencial*”. También sería oportuno llamarla: “*inteligencia experimental*” o “*inteligencia sentiente*”.

1.2.- LA DIFERENCIA DE AMBAS ESPIRITUALIDADES

Muchos son los intelectuales que hablan de la “*inteligencia espiritual*” como si fueran expertos en la materia, sin tener convicciones religiosas y fuera de un contexto religioso. Su mensaje es atractivo porque suena casi igual al de un dirigente religioso que habla de experiencias sensoriales, existenciales o valores sociales. Veamos las principales razonamientos:

A.- Estos expertos, a los que llamaremos “*existencialistas*” (los que confunden lo *espiritual* por lo *existencial*), afirman que la “*inteligencia espiritual*” nos orienta hacia preguntas sobre el sentido y el propósito de la vida sin estar necesariamente circunscrita a ningún tipo de creencias o prácticas religiosas en particular. Recalcan que la “*espiritualidad*” incluye necesidades humanas que posiblemente son universales: 1.- La necesidad de encontrar una realización en la vida; 2.- La necesidad de esperanza o de voluntad de vivir; 3.- La necesidad de creer, tener fe en uno mismo, en los otros o en lo Universal.

Estas premisas excluyen cualquier influencia religiosa. Por ejemplo, hablando del cristianismo dicen que Jesús de Nazareth no era un ser religioso, sino que simplemente planteó un cambio de actitud en el modo de vivir y en la manera de pensar al margen de la fe en Dios. El desconocimiento de la figura de Jesús les hace caer en un profundo relativismo cuyo objetivo es desvirtuar su mensaje para aniquilar cualquier tipo de “*espiritualidad*”.

Jesús era profundamente religioso. El cambio que propone no es para un nuevo modo de vivir y pensar, sino de “*Ser*”. Siendo

en Dios cambia la manera de “*Ser*” y de “*pensar*” y, por consiguiente, también de “*actuar*”. Sólo el “*amor*” de Dios y en el “*amor*” a Dios renace un cambio integral de la persona. Mientras no sea así, será un cambio “*emocional*” y “*existencial*”, nunca “*espiritual*”.

B.- Los “*existencialistas*” también defienden que la “*inteligencia espiritual*” tiene que ver con prestar atención a los pensamientos y sentimientos subjetivos y cultivar la empatía, de esta manera aumenta la conciencia sobre la vida espiritual del Ser Humano, al margen de la dimensión religiosa.

Los que aseguran esta teoría desconocen que la “*inteligencia espiritual*” es la que permite entender el mundo, a los demás y a nosotros mismos desde una perspectiva más profunda y más llena de sentido. En definitiva, la “*inteligencia espiritual*” aumenta el nivel de autoestima y autodominio de nuestras emociones, así como la capacidad de responder a los acontecimientos vitales.

1.3.- LOS ARGUMENTOS DE LA “INTELIGENCIA EXISTENCIAL”

Veamos a continuación los argumentos y razonamientos de los principales pensadores y filósofos que, en sus escritos, intentan explicar lo que denominan “*inteligencia espiritual*” y que, a nuestro juicio, no deja de ser una mera “*inteligencia existencial*”, es decir, una inteligencia que da respuesta a los estados de ánimo y las emociones humanas, pero no a las creencias religiosas.

A.- Howard Gardner reformula la “*inteligencia existencial*” como la capacidad de situarse respecto al cosmos y su relación en él, situarse en relación con el mundo y su contexto, en las verdades ineludibles de la trascendencia del “*Ser*”, así como en

ciertas experiencias de “*amor*” profundo por la vida¹ y en el doloroso tránsito hacia la muerte.

B.- Daniel Goleman nos habla de las “*inteligencias múltiples*” como “*la capacidad para situarse a sí mismo con respecto al cosmos, así como la capacidad de situarse a sí mismo con respecto a los rasgos existenciales de la condición humana como el significado de la vida, el significado de la muerte y el destino final del mundo físico y psicológico en profundas experiencias como el amor a otra persona o la inmersión en un trabajo de arte*²”.

C.- El Profesor Abraham Maslow aporta el término “*autorrealización*” como un estado espiritual en el que el individuo es feliz, emana creatividad, tiene un propósito y una misión de ayudar a los demás a alcanzar un estado de sabiduría³. La persona encuentra su satisfacción cuando encuentra una justificación o un sentido válido a su vida en el desarrollo potencial de una actividad. Todo se desarrolla al margen de la dimensión religiosa.

D.- Rafael González Franco afirma que la “*inteligencia espiritual*” nos puede acercar al sentido humano y de nuestra existencia⁴. Sugiere que es imprescindible abordar nuestra vida cotidiana a través de una visión más espiritual y de la mano de las inteligencias emocional y racional. En conjunto, estas forman parte de la dimensión analítica que permiten al Ser Humano entender los procesos más esenciales que ocurren en el mundo, tales como sentir, pensar y reflexionar.

Para este pensador, la “*espiritualidad*” no se asocia solamente a lo que es sagrado o a la veneración a alguna divinidad, sino

¹ HOWARD, G.; “*La inteligencia reformulada: las inteligencias múltiples en el siglo XXI*” Paidós, Barcelona, 2010, p. 17ss.

² GOLEMAN, D.; “*Inteligencia emocional*”, Kairós, Barcelona, 1996.

³ MASLOW, A.; “*Inteligencia espiritual*”, Kairós, Barcelona, 2009.

⁴ GOZÁLEZ FRANCO, R.; “*Inteligencia espiritual y ética del cuidado*” como parte del Seminario de Cuidados para la vida y el bien común, organizada por el Centro de Ciencias de la Complejidad (C3) en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), impartida el 7 de diciembre de 2022.

más bien a la capacidad para cambiar la forma en que comprendemos la realidad. Además, es un criterio que puede ser compartido entre creyentes y “*no creyentes*”, como un espacio común en permanente diálogo entre ambas posturas.

En este sentido, recalca que es más pertinente que nunca cultivar una ética y una “*inteligencia espiritual*” que nos permita crear hábitos de autoconocimiento para aprender a afrontar el dolor, fundar tendencias a cuestionar nuestras propias decisiones, así como generar las capacidades de admiración, agradecimiento, asombro y reflexión que aporten un sentido de convivencia basado en vínculos afectivos y cooperantes.

Con esta forma de entender la “*inteligencia espiritual*”, Rafael González abre la puerta a un concepto de “*espiritualidad*” fuera del ámbito religioso. La doctrina y los valores religiosos tradicionales son reemplazados y asumidos dentro de una ética existencial y emocional laica para “*no creyentes*”.

E.- Teodosio Enrique Rodríguez confunde las necesidades espirituales del Ser humano que surgen de la vivencia religiosa, con necesidades existenciales y emocionales que nacen de experiencias sensoriales placenteras y válidas para el estado anímico de las personas.

Este pensador analiza nuestra sociedad y llega a la conclusión de que vivimos de espaldas al mundo espiritual. Pero su “*espiritualidad*” no está vinculada a una religión concreta, pues aunque existen personas religiosas que no tienen por qué manifestar alguna “*inteligencia espiritual*”, otras, sin embargo, no siendo religiosas manifiestan un alto grado de esa “*inteligencia*”.

Para explicar esto, comenta que cuando desde lo alto de una cima, después de un gran esfuerzo físico, alguien se sienta a contemplar un bello paisaje y se admira de lo que alcanza su visión, se maravilla de la belleza que se vislumbra bajo los pies y experimenta un inmenso gozo estético, un placer interior muy

hondo. Pero cuando al regresar del trabajo, en pleno tráfico automovilístico, en medio del caos urbano de cada día, se abstrae, toma distancia de la realidad que está viviendo en ese momento, relativiza la situación, no deja que la circunstancia devore su paz interior y domina su fondo emocional y mental; entonces está manifestando una faceta de su “*inteligencia espiritual*⁵”.

Además puntuiza que las necesidades espirituales, desde un punto de vista existencialista y fuera de cualquier contexto religioso, son las siguientes: vivir una vida con sentido, con significado; buscar la reconciliación consigo mismo, con la vida, con los demás y con el universo; buscar la verdad para tener libertad plena y verdadera (muchas veces creemos que actuamos con libertad y no es cierto); buscar momentos de soledad y silencio ocasional; así como la búsqueda de una vida ordenada. El drama de la persona sería no hallar respuestas y tampoco ver satisfechas estas necesidades.

F.- Francesc Torralba afirma que toda comunidad humana dispone de una “*inteligencia espiritual*” que no se adscribe a una obediencia religiosa determinada. Más allá de esta, todo Ser Humano tiene un sentido y unas necesidades íntimas de orden espiritual tales como la felicidad, el bienestar integral y el goce de la belleza y de la cultura.

El profesor Torralba no cierra la puerta a la experiencia religiosa, pero abre el horizonte espiritual a otras necesidades vitales que forman parte de su existencia y buscan el equilibrio emocional. La cuestión es si estas experiencias se pueden considerar dentro de la “*espiritualidad*” que nace de la vivencia transformadora de Dios, o son exigencias vitales que todo Ser humano necesita a nivel existencial para su estabilidad y equilibrio emocional. Parece lógico pensar que, además de la “*espiritualidad*” religiosa, quiere espiritualizar la vida del “*no creyente*” para dar respuesta a su mundo abierto de sensaciones.

⁵ RODRÍGUEZ S., T. “*La inteligencia espiritual*”, en “*Sapiens: Revista Universitaria de investigación*”, N° 14, 2013, p. 14.

La “*inteligencia espiritual*” de Francesc Torralba se caracteriza, entre otras cuestiones, por las siguientes actitudes que la persona debe tener la persona⁶:

- 1.- Buscar la profundidad en las relaciones.
- 2.- Tratar de ver aquello que la une a las otras personas.
- 3.- Relativizar las diferencias. Lo importante no es lo que separa, sino lo que une si realmente se quiere fortalecer la relación interpersonal. Si la queremos romper, entonces haríamos lo contrario, pero ésta no debería ser, por lo general, la idea común.
- 4.- Gozar intensamente de la belleza que se revela en el mundo. Un amanecer, un atardecer, el color de los árboles, el color de los ojos de las personas, el color de su piel, etc.
- 5.- Experimentar un bagaje interior muy abundante. Así puede comprender que no es el único ser humano, o que no está solo en la Tierra.
- 6.- Conectar con todo lo que existe porque intuye los elementos que unen, lo que subyace en todas las individualidades.
- 7.- Experimentar el deseo de darse tal y como es, sin complejo ni sentimiento de culpa.

Según Torralba, el desarrollo de esta “*inteligencia espiritual*” se logra, entre otras cuestiones, por las siguientes propuestas de carácter laico y no religioso⁷:

- 1.- Practicar la soledad; es decir, una soledad ocasional.
- 2.- Disfrutar o valorar del silencio físico e interior. Esto podría conducir a disfrutar de la contemplación y practicar la meditación.

⁶ TORRALBA, F.; “*Inteligencia espiritual*”, plataforma editorial, Barcelona, 2010, p. 376-377. VÉASE TAMBIÉN: RODRÍGUEZ S., T.; Op. Cit. “*La inteligencia espiritual*”, p. 16.

⁷ IBIDEM, P. 16.

3.- Intentar alcanzar una comprensión más profunda de las cosas; es decir, no quedarse en lo superficial. Hay que preguntarse siempre; ¿qué existe detrás de esto?

4.- Gozar de la faceta espiritual en el arte.

5.- Deleitarse con la música.

6.- Ejercer la solidaridad.

7.- Hablar en profundidad con los demás, en el denominado ¿diálogo socrático?

8.- Leer a los grandes maestros espirituales de la Humanidad. Una estrategia que produce resultados significativos es la lectura de cuentos o narraciones.

9.- Practicar ejercicio físico con regularidad, lo cual ayuda a superar tensiones físicas y emocionales.

G.- Raúl Maján Navalón no cree que la religión aporte nada de “*espiritualidad*” al Ser humano, tal vez porque carece de fe y no está familiarizado con la cuestión religiosa. En su teoría mezcla los términos, pues la “*espiritualidad*” es innata a la persona y no es contingente a ninguna divinidad.

Llega a decir que “*Cuando hablamos de espiritualidad no podemos más que imaginar a personas rezando en iglesias o acudiendo a oficios religiosos, en gentes extrañas practicando actividades y danzas orientales que poco tienen que ver con la cultura occidental o raras teorías de entes supra terrenales que vienen a traernos paz y amor; muchas cosas nos vienen a la cabeza cuando tratamos el tema de la espiritualidad, pero poco o nada tiene que ver la espiritualidad con eso. Si bien es cierto que dentro de todos esos artificios se esconde una parte espiritual, la mayoría han sido desvirtuados por la mano del ser humano, el paso de los años y la comercialización de cualquier cosa de la que se pueda sacar una rentabilidad económica*⁸”.

⁸ MAJÁN NAVALÓN, R.; “*Desarrollo de la inteligencia espiritual según Francesc Torralba y su aplicación en Educación Primaria*”, Soria, 11 de julio de 2017, p. 10.

Abundando en el tema añade, tal vez desde el desconocimiento, que existe un problema que no debemos dejar de lado a la hora de diferenciar la religión de la “*espiritualidad*”: la primera está cargada con todo lo negativo, mientras que la segunda es exaltada con todo lo positivo. Hay que tener en cuenta que muchas de las cosas negativas que se atribuyen a las religiones son características de las religiones mayoritarias como el judaísmo, el cristianismo y el islam, pero no están tan presentes en otras como el taoísmo o el budismo.

Además, incorpora el argumento de que la religión es una institución establecida por las personas para ejercer el control, inculcar la moral, golpear los “*egos*” o lo que sea que hace.

Todas las religiones organizadas y estructuradas sustituyen al Dios celestial por un adalid terrenal, que es a su vez mano y palabra. Por consiguiente, la “*espiritualidad*” es una capacidad de la persona y se desarrolla con su vida, no por medio de una religión. Mientras que la religión es a menudo forzada, la “*espiritualidad*” es algo que se encuentra profundamente dentro de uno mismo.

H.- Aunque para muchos filósofos la “*inteligencia espiritual*” podría dar la idea de algo sagrado, sin embargo, para algunos académicos el término se refiere más a la “*espiritualidad*” que involucra cuestiones como la autoconciencia y la reflexión fuera del ámbito religioso. En este sentido, la “*inteligencia espiritual*” se refiere a la capacidad de una persona para reformular y contextualizar las experiencias desde una perspectiva que reconoce y valora su sentir y su pensar, tomando en cuenta la convivencia con el otro para, con ello, transformar su comprensión de la realidad.

1.4.- LA IMPORTANCIA DE LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”

1.4.1.- LA “DIMENSIÓN ESPIRITUAL” DEL SER HUMANO

La sociedad actual vive una profunda crisis de valores espirituales, tal vez por la pérdida de cualquier creencia y confianza en Dios. La secularización de nuestra sociedad hay que buscarla en el rechazo a todo lo relacionado con la religión y, sobre todo, por la lejanía a la “*dimensión espiritual*” del Ser humano que no se considera necesaria para el sentido de la vida.

No hay que olvidar que la persona tiene una “*dimensión corporal*” y una “*dimensión espiritual*”. Cultivar y cuidar las dos dimensiones garantiza la estabilidad y solidez personal y emocional que necesita la persona para vivir seguros, equilibrados y sólidamente estables como personas.

Para comprender mejor la importancia de estas dos “*dimensiones*” basta poner el ejemplo de caminar con las dos piernas. Cada una de ellas da estabilidad y ayuda a la movilidad, pero cuando intentamos andar con una sola (a la pata coja) nos tambaleamos y avanzamos con inseguridad.

En efecto, cuando la persona da más importancia a la “*inteligencia corporal*” que a la “*espiritual*”, es decir, los que caminan con una sola pierna, viven en un permanente desequilibrio e inseguridad personal y afectivo-emocional porque les falta acrecentar su “*dimensión espiritual*” (caminan con las dos piernas). Cultivar y Mantener activas ambas dimensiones evita muchos traumas, desórdenes afectivos y problemas mentales, entre otros.

1.4.2.- LOS BENEFICIOS DE LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”

Nuestra sociedad da más importancia a lo corporal, que a lo espiritual. Los anuncios de televisión (vestidos, perfumes,

cremas, accesorios para el ejercicio físico, etc.) nos inculcan que el cuidado del cuerpo es más importante que educar y acrecentar la “*dimensión espiritual*” (el alma).

También hay una obsesión por mantener el cuerpo sano y en forma. Se nos hace ver que engordar o tener sobre peso no mejora la salud y la estética. Para remediarlo, se hace dieta, se va al gimnasio y se ejercita el deporte. Y por si fuera poco, si todo eso no funciona, se visitan clínicas de estética para que solucionen todo tipo de complejos corporales que den respuesta y tranquilicen la obsesión por el “*culto al cuerpo*”.

La sociedad está echando un pulso a la “*inteligencia espiritual*”, y está venciendo. El “*culto al cuerpo*” se está convirtiendo en una salida para sentirse mejor, pero eso no evita los complejos, miedos, ansiedades, depresiones, angustias y todo tipo de problemas que la cabeza y el interior tienen, retienen y procesan. La persona elige encerrarse en un bucle sin salida personal y emocional. Esta nueva forma de realización está generando un nuevo problema que, en aras a la libertad, crea más incertidumbre y confusión por el menoscenso a la verdadera “*inteligencia espiritual*”, es decir, al olvido de la “*espiritualidad*” que engloba toda la dimensión de la persona.

La “*inteligencia espiritual*” penetra y se mueve en el “*yo*” más profundo de cada persona, en el inconsciente psicológico para abarcar la totalidad del “*corazón*” humano, es decir, su dimensión corpórea-anímica-espiritual.

Muchos buscan la “*inteligencia espiritual*” que carecen en situaciones y cosas banales: la filosofía, puestas de sol, caminar por la naturaleza, contemplar paisajes idílicos, montar en bici, el gimnasio, viajar, salir por las noches, disfrutar de las amistades, el sonido del agua, las energías del cosmos, de las piedras y los árboles, las técnicas de respiración, la meditación oriental, la abstracción de los pensamientos, la santería y los talismanes, el esoterismo, la soledad, la lectura, la música, los sueños, el cine, la televisión, las aficiones o *hobbies*, los

colecciónables, etc. Evidentemente todo esto son paños calientes que ayudan a calmar o controlar momentáneamente las emociones, pero no curan, sanan y cicatrizan lo que remueve y escandaliza el interior de la persona.

Aunque es cierto que estas experiencias dan cierto bienestar puntual, en el momento que terminan o dejan de existir, la problemática psicofísica continúa instalada en el interior con los vacíos existenciales, las ralladuras de cabeza, la ansiedad, los miedos, los traumas, los complejos, la falta de paz interior, etc. Toda esta problemática continúa presente en lo recóndito del “*corazón*”, dando vueltas por dentro de las entrañas, pero sin transformar la interioridad y educar la conciencia personal.

No olvidemos que, cuando lo psicofísico irrumpre en la conciencia, hablamos de desórdenes afectivos-emocionales y, en el peor de los casos, neurosis, psicosis, desórdenes psicológicos, trastornos, traumas y sufrimiento. No nos dejemos engañar con experiencias sensoriales o existenciales. Abrirse al mundo de la fe y a la “*inteligencia espiritual*” es el camino más fácil y necesario.

La estabilidad personal y emocional que proporciona cultivar la “*dimensión espiritual*”, desde la óptica de Dios, es esencial para afrontar nuestros problemas con serenidad. Su desarrollo hace que la niebla y oscuridad de nuestro “*corazón*” se vaya levantando poco a poco, y veamos la realidad de nuestra propia vida y el entorno con claridad, sosiego y tranquilidad interior. La sociedad sigue trabajando para que el cuerpo y la razón prevalezcan frente a lo anímico y vitalista: la “*inteligencia espiritual*”.

Las estadísticas dicen que cada día hay más gente que se siente sola. Lo preocupante no es vivir solo, sino sentirse solo. Una persona con familia está acompañada, pero puede sentirse trágicamente sola. Otra persona privada de libertad puede sentirse realizada porque en su interior no se siente sola, sino llena, plena, acompañada. El problema es de actitud, no de

compañía.

La “*inteligencia espiritual*” te abre al “*amor*” de Dios, al “*amor*” a los demás y al mundo. Una persona con un “*corazón amante*”, nunca se sentirá sola. El “*amor*” trasciende las barreras del egoísmo y miserias humanas que esclavizan, aíslan y amargan las ganas de vivir y el propio sentido de la vida.

No menos importante es la “*necesidad de amar y de ser amado*”. Mucha gente da, y apenas recibe compensación por su generosidad y filantropía. En las parejas uno da más que recibe, lo que acaba por quemar la convivencia. El conflicto comunitario siempre aflora entre los que “*aman*” más que el entorno, apuestan y se arriesgan más que los otros.

La “*inteligencia espiritual*” lleva a la generosidad y a entender que es mejor “*dar sin recibir nada a cambio*”. Una sociedad netamente egoísta necesita de líderes que den ejemplo a contracorriente, personas que humanicen con su ejemplo dando más que recibiendo. El “*amor*” y el perdón deben situarse en el centro de la vida. El creyente lo tiene más fácil, porque su prioridad vital y existencial es siempre cambiar interiormente (quitarse las caretas) para “*dar sin recibir nada a cambio*”. Aunque es difícil de conseguirlo, sin embargo, tiene gran mérito intentarlo cada día y no cruzarse de brazos.

Hoy en día está de moda acudir al psicólogo o psiquiatra para cualquier problema de orientación. Hay dificultades vitales que las tenemos que digerir y resolver por nuestros propios medios, como se ha hecho siempre, cogiendo el toro por los cuernos y no con la ayuda de psicólogos y psiquiatras. La “*inteligencia espiritual*” es un buen pretexto para salir uno mismo de los baches con sentido práctico, y desde la tranquilidad y entereza que requiere enfrentarse a los miedos y avatares de la vida.

1.6.- LA FILOSOFÍA IGNORA A LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”

1.6.1.- LA FILOSOFÍA NO ES “ESPIRITUALIDAD”

Las personas se acercan al campo de la filosofía para esclarecer su vida y solucionar muchos de sus problemas. La gente tiene la idea, sin duda poco clara, de que la filosofía, en general, es la aplicación de las buenas intenciones respecto a las personas, y de que basta enrolarse bajo la bandera de la filosofía para ver cómo fructifican las inclinaciones generosas y cómo se extiende la paz entre los seres humanos de buena voluntad.

Aunque no se contenta sólo con formular juicios de existencia y expresar voluntades, lo cierto es que la filosofía pretende que la persona debe querer para realizar su destino, o al menos, lo que ella quiere que realicen las personas.

Las filosofías proceden de los filósofos, por lo que hay tantas filosofías como filósofos. Hay tantos pensadores en la historia de la filosofía, que la persona no sabe quien tiene la razón, cual es el camino correcto y donde dirigir su vida. Se inquieta intentando averiguar si tal filosofía es su aliada o su enemiga, o si está en su contra simplemente porque no trata de ella, ni de su problemática.

El problema de la filosofía es que no hay una unidad de acción y reacción para dar respuesta a la persona, sino una diversidad de teorías e hipótesis que tienden a confundir y despistar la existencia humana.

En efecto, todas las filosofías reivindican, como un título, como una pretensión permanente, el poder y la función de formular disposiciones o direcciones para la vida. Pero como no hay un orden único de la posición humana, una solución eternamente establecida para el destino de las personas, una sola llave de su situación, estas filosofías continúan siendo completamente equívocas y confusas para dar respuesta vital y existencial.

De ahí que quieran que todo les sea útil: las máquinas y los libros, los tratados y los pensamientos, los literatura y la poesía, las puestas de sol, las caminatas, la belleza de la naturaleza, la meditación, etc. Como las filosofías son divergentes, todas estas actividades y pseudo “*espiritualidades*” que proponen, intentan lavar la cara y justificar su practicidad sin tener motivo para ello. La filosofía quiere tener su razón de ser en la persona sin conseguirlo.

Pero lo grave es que vivimos un tiempo en el que los filósofos se abstienen. Se encuentran en un estado de ausencia. Hay un apartamiento, una distancia entre lo que anuncia la filosofía y lo que sucede a las personas. A pesar de su promesa, en el mismo momento en que vuelve a la carga con su promesa, la filosofía se da a la fuga. Jamás está allí donde se necesita sus servicios.

Los filósofos parecen ignorar de qué están hechas las personas, qué es lo que comen, en qué casas habitan, qué vestidos llevan, cómo mueren, qué parejas aman, qué trabajo realizan, cómo pasan los domingos, cómo curan sus enfermedades, cómo emplean su tiempo, sus salarios, qué periódicos y libros leen, qué programas televisivos ven, sus espectáculos, sus diversiones, su películas favoritas de cine, sus canciones, sus proverbios, si llegan a final de mes, si están en paro, si son felices, etc. Esta ignorancia no turba para nada el perezoso curso de la filosofía.

En la actualidad, resulta fácil encontrar como la gente cree que todos los trabajos formalmente filosóficos benefician a la especie humana, porque se les ha persuadido de que esto ocurre también con las ocupaciones “*espirituales*”. Consciente de ello y para marcar diferencias, la filosofía tiende a ignorar la “*espiritualidad*” del Ser Humano porque se relaciona con la fe y la religión. Su misión es sustituirla por la razón y el razocino como esfuerzo por controlar el pensamiento y la ignorada solución de los problemas humanos.

Pero dar respuesta al sentido a la vida es cosa que los filósofos han intentado siempre en vano, la filosofía no da respuesta al sentido ni a la solución de los problemas (acontecimientos vitales y emocionales de carácter personal), sino a razonar sobre actitudes y sociología humana.

A menudo digo a mis alumnos que el objetivo de la filosofía es razonar, y que la “*inteligencia espiritual*” lo que pretende es que “*se razone bien*”. Uno puede razonar que la violencia está justificada, que robar no es tan malo, que las guerras son necesarias para establecer la hegemonía y el orden mundial, que despreciar al compañero y al prójimo es legítimo, etc. Razonar no basta, hay que educar para que “*se razone bien*” desde una perspectiva de “*amor*” y perdón, palabras que la filosofía ignora y no está en su vocabulario. Más bien incide en el término empatía, pero no en el “*amor*” que nace del “*corazón*” para cambiar las personas y el mundo. Para llegar a este estadio amoroso se necesita un cambio interior, algo que la filosofía no propone, solo razona.

1.6.2.- LA INFLUENCIA FILOSÓFICA DIFICULTA LA “*ESPIRITUALIDAD*”

En la actualidad, la persona no siente curiosidad y necesidad de “*Ser*” creyente, de celebrar y practicar una religión. La secularización de la sociedad va avanzando poco a poco porque todo lo que ven los ojos humanos va en esa dirección. La laicidad se ha convertido no sólo en un camino, sino también en el fin último. Algunas ideologías contribuyen a ello porque consideran que la religión adoctrina en aquello que no coincide con su proyecto político.

Marx decía que la religión es “*el opio del pueblo*”, tal vez dijo esto porque le molestaba que la religión criticara la revolución que proponía: el poder del pueblo. Esta crítica religiosa acabó teniendo razón: la revolución acabó siendo autárquica y atea para no tener oposición desde dentro, es decir, se convirtió en

una dictadura con un pensamiento único que controlaba la libertad personal y de conciencia, de ahí que la religión molestara.

Hay muchos motivos que alientan esta situación pero, desde un punto de vista objetivo, hay cuatro pensadores que, desde hace muchos años, están influyendo socialmente para que la persona sea cada vez más autosuficiente y alejada de los valores “*espirituales*”.

La falta de valores religiosos hace que cada vez seamos menos humanos y más egoístas, orgullosos, violentos, vengativos, insensibles, racionales, envidiosos, mal pensados, llenos de prejuicios, despreciables, irrespetuosos, ambiciosos, competitivos, extorsionistas, malignos, malas personas, irascibles, provocadores de sufrimiento, tóxicos, etc. La “*inteligencia espiritual*” invita a transformar el “*corazón*” de las personas para orientar la vida hacia otra dirección: al “*amor*”.

Estos cuatro pensadores son: Dawin, Marx, Freud y Nietzsche. Veamos cuales son las reflexiones y pensamientos que están influyendo y actuando en nuestra sociedad. Sus reflexiones están alimentando unos principios que, poco a poco, cierran la puerta a cualquier forma de “*inteligencia espiritual*”.

A.- Charles Darwin representa todo tipo de violencia humana, social y natural. Su teoría de que sólo sobreviven los individuos y las especies más fuertes gracias a su adaptación al medio ha impulsado, desde mediados del siglo XIX con su libro “*El origen de las especies*”, una competitividad agresiva y violenta entre las personas y entre los grupos humanos.

La sociedad en que vivimos es más violenta. Las personas discutimos cada vez más frecuente en los ambientes laborales y familiares. La soberbia humana hace que queramos llevar siempre la razón y luchemos aunque sepamos que la batalla y los argumentos estén perdidos. Esta vanidad, unida al egoísmo, hacen que las relaciones interpersonales de deterioren y

lleguen, incluso, a la ruptura por falta de perdón. Hoy pensamos que pedir perdón es de débiles.

En nuestra sociedad vivimos momentos de guerra donde muere mucha gente inocente. La violencia se sirve de víctimas simplemente por ganar territorio, por venganza, por hegemonía, por odio racial o por intereses económicos. La violencia de género, el patriarcado sobre la mujer, la venganza en forma de *bullying* y *mobbing*, los desprecios, las guerras, los atentados, las luchas fratricidas, los embargos de viviendas, los aranceles económicos, las amenazas, los bloqueos, los engaños, los robos, la corrupción, etc., todo vale con tal de ganar y tener supremacía y superioridad sobre los semejantes y las sociedades humanas.

B.- Karl Marx representa el poder económico. En su libro “*El capital*” analiza la situación económica que viven los protagonistas de la revolución industrial de finales del siglo XIX en Inglaterra. Los empresarios se hacen cada vez más ricos y los obreros cada vez más pobres por la penosa situación laboral y por la plusvalía: el empresario se enriquece con los beneficios que le reporta el trabajador con un salario de miseria.

Hoy vivimos en una sociedad en la que prima el dinero. En torno a él se agrupan sociedades, grandes compañías y empresas (públicas o privadas) cuyo principal objetivo es crecer para “*ganar dinero*” sin importar el medio ético con el que se consigue.

Nuestra sociedad vive un clima de corrupción generalizada. Vemos como los empresarios sobornan y los políticos se dejan sobornar por dinero. Las personas se someten al poder económico con tal de incrementar su caja y tener un nivel de vida superior a la media. El dinero esclaviza a las personas y nos hace indefensos ante los resortes de poder hegemónicos.

A nivel personal, la sociedad nos inculca que lo importante es “*tener*” frente al “*Ser*”, es decir, prima más “*tener*” dinero y buena posición económica y social, que “*Ser*” y desarrollarse

como persona con lo necesario, sin demasiadas pretensiones: “*no es más rico el que más tiene, sino el que se conforma con lo que tiene*”.

Pero la sociedad de consumo nos impulsa a la compra y adquisición poco responsable. La publicidad, el *marketing*, los anuncios de televisión, la familia, los amigos, el entorno, las rebajas, etc., nos animan a consumir productos que no necesitamos.

Tenemos que tener un empleo fijo para poder vivir dignamente, una vivienda que nos hipoteca de por vida, un coche que compramos a plazos con un crédito que nos ahoga, unas comodidades por encima de nuestras posibilidades, unas vacaciones desorbitadas, etc. Nos rendimos ante un sistema económico que maneja nuestra vida y nuestros impulsos, sobre todo, si emocionalmente somos débiles e inseguros.

C.- Sigismund Freud representa la sexualidad y el entorno sexual inapropiado. Freud es el padre de la psicología y psiquiatría clínica moderna. La sexualidad humana es una de las principales vertientes de la energía vital que mueve el comportamiento del Ser Humano. Esta energía, a la que denominó libido, es fuente de los impulsos que hacen que tendamos hacia ciertas conductas y, al mismo tiempo, obligan a otras instancias de nuestra psique a reprimir estas tendencias para no ponernos en peligro o no entrar en conflicto con el entorno en el que vivimos. Su teoría del “*pansexualismo*”, entendida una represión de la mala experiencia y conducta sexual durante la infancia, es el origen de muchos de esos comportamientos inadecuados que generan obsesiones, trastornos y desórdenes afectivos.

En la sociedad en que vivimos, el sexo y todo lo relacionado con él, ejerce una gran influencia sobre las personas. La sexualidad es inherente al Ser Humano. El sexo bien entendido es una expresión de “*amor*” entre la pareja. Fuera de este contexto se convierte en un desconcierto y, en muchos casos, un problema para el que lo ejercita fuera de ese entorno

amoroso.

La publicidad juega con la sensualidad, el erotismo, el desnudo, la provocación y la insinuación como medio eficaz para justificar que el sexo a la carta y libre es un derecho al que no se debe renunciar. La consecuencia más inmediata de esta permisividad moral es la normalización sexual fuera de las relaciones estables, las cuales no sólo degradan la dignidad de la pareja, sino que incluso se llega al engaño y la mentira hacia la persona con la que se convive.

Pero el pansexulismo y la permisividad sexual vigente en nuestra sociedad, está creando dos graves problemas entre los jóvenes. Por una parte, la edad de las relaciones sexuales se adelanta a la adolescencia sin la madurez necesaria para entender su significado amoroso, sino por puro instinto biológico. Por otra, el consumo pornográfico de niños y adolescentes por internet que relaciona el sexo fácil con una visión de la mujer como objeto y que las relaciones sentimentales sean muy cortas y de “*usar y tirar*”.

No menos importante es todo el negocio montado en torno al sexo y la sexualidad mal entendida. La prostitución en todas sus vertientes, el comercio de mujeres como objetos sexuales, la venta de artículos sexuales, los vídeos e imágenes (revistas) pornográficas, las plataformas de contactos en las redes sociales, etc., no hacen sino incrementar dependencia enfermiza, así como inestabilidad e inseguridad personal. Este problema nada tiene que ver con la satisfacción biológica del cuerpo, sino con el desorden psicológico que define a la persona que se encierra y deja esclavizar por estas prácticas.

D.- Friedrich Nietzsche representa al “*Superhombre*”. En su obra “*Así habló Zarathustra*” analiza la moral de los fuertes, frente a la moral de los débiles. Sólo triunfan los fuertes que imponen su moral sobre los demás. La hegemonía de los más fuertes se contrapone con el mensaje religioso. Nietzsche tuvo que negar la existencia de Dios (nihilismo) para poder defender la teoría del “*Superhombre*”, ya que la tradición judeo-cristiana

considera que todas las personas somos iguales ante Dios y, por consiguiente, hermanos. El nihilismo podemos definirlo por la radical afirmación de la carencia de sentido de la persona.

Nuestra sociedad premia el éxito de toda persona luchadora y emprendedora. Ser perfeccionista y vivir una agresiva competitividad en todos los ámbitos de la vida (estudios, trabajo, familia, etc.), hace que las personas nos encerremos en nosotros mismos para conseguir la meta señalada a cualquier precio, sin importar a quien se debe pisotear o traicionar: el fin justifica los medios sin códigos éticos.

Por consiguiente, “*Ser*” el primero, conseguir fama, gloria, triunfo, renombre, notoriedad en nuestro entorno más inmediato o a través de las redes sociales es la prioridad y el objetivo a conseguir. No alcanzar las metas lleva al fracaso en diferentes áreas de la vida: pérdida de confianza, miedo a la decepción, miedo a la derrota, miedo a la frustración, miedo a naufragar y hundirse, así como miedo a fallar en las relaciones interpersonales y profesionales. Pero aunque sea doloroso, también puede ser una oportunidad para aprender y crecer no sólo como persona, sino incluso establecer objetivos futuros.

Esta forma de “*Ser*” y pensar hace que, la mayoría de las personas, relativicen la entrega, el voluntariado, la generosidad, la sensibilidad y la ayuda a los más vulnerables, o aquellos que por su situación personal necesitan más respeto, aceptación, cariño y comprensión. El triunfo y el éxito nos hacen insensibles a los problemas sociales y personales. Preferimos mirar para otro lado cuando hay dolor y sufrimiento a nuestro alrededor, hasta que nos toca a nosotros mismos.

1.7.- LAS “PSEUDO RELIGIONES” CONTRA LA “ESPIRITUALIDAD”

1.7.1.- LOS LIBROS DE AUTOAYUDA CREAN CONFUSIÓN

Hay un grupo muy numeroso de personas que buscan la

“*espiritualidad*” en libros de autoayuda, como solución a sus problemas y para orientar sus vidas al margen de Dios y de la religión.

Esta literatura está bien para descubrir las emociones y orientarlas hacia la resolución de problemas concretos; pero nada tienen que ver con la “*inteligencia espiritual*” que se cimienta en Dios para experimentar un cambio interior real que supere definitivamente la forma de “*Ser*” y entender esos problemas.

Basándose en casos concretos de pacientes y en consejos prácticos de sentido común, así como en supuestos filosófico-morales, muchos autores escriben sobre los remedios necesarios para ser felices. Hay tantas teorías como escritores. Hay tantos enfoques que uno no sabe cuál es el adecuado y verdadero.

El objetivo es ignorar la “*inteligencia espiritual*” que se sustenta en Dios, para sustituirla por recomendaciones psicológicas a la carta que se consumen según se acomodan a los estados anímicos en los que la persona se encuentra en esos momentos.

Hay que tener mucho cuidado con esta literatura. Si alguien necesita consejos, que vaya a un especialista, pero no hay que dejarse manipular por libros que no cambian, aunque sí puedan orientar y entretenir.

La “*espiritualidad*” convierte y transforma el interior de las personas. No se limita a dar consejos, sino a cambiar el “*corazón*” para querer y entender los problemas y las causas que originan los traumas, miedos y problemas.

1.7.2.- LOS PELIGROS DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL

Lo mismo sucede con la inteligencia artificial que, cada vez

más personas, preguntan a una máquina consejos para la vida o para paliar su soledad y ansiedad. Esta forma de entender la “*espiritualidad*” es un fraude, porque buscan en algo impersonal donde no hay diálogo y encuentro recíproco, y donde no se puede discrepar si la máquina se equivoca, que lo hace casi siempre cuando se quiere recibir consejos relacionados con las emociones humanas.

También es sorprendente que las personas utilicen aplicaciones de Inteligencia Artificial que simulan hablar con familiares difuntos con su misma voz, con amistades comprensivas que aconsejan sobre los problemas y acompañan en la soledad, relaciones de noviazgo a la carta con perfiles bellísimos y rozando la perfección y, lo más sorprendente, plataformas para hablar con Dios. Todo esto se nos va de las manos porque, en el fondo, las personas buscan cierta “*espiritualidad*” donde no la hay.

Estos productos ocasionan graves daños psicológicos ya que pueden crear una realidad virtual que impide que la persona supere el duelo *post mortem*, no quiera tener amigos porque hay uno virtual que le comprende, descarte tener noviazgo porque la tecnología le da cariño o no se necesite comunicar con otras personas y, lo más grave, deje de buscar a Dios en su interior porque cree que tiene hilo directo con Él a través de la inteligencia artificial.

Todo esto puede crear una gran dependencia de la que sea muy difícil salir, como ocurre con las adicciones a dispositivos tecnológicos y juegos telemáticos a los que ya hemos sucumbido.

Cuando una persona escribe el guion de su vida, se convierte en el protagonista de sus decisiones y de su destino. El riesgo presente y futuro de la Inteligencia Artificial es que escribe el guion de nuestras vidas, anulando la capacidad humana de reaccionar en lo personal-emocional, así como caminar hacia lo “*espiritual*” que pretende sustituir.

1.7.3.- EL ESOTERISMO CONTRA LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”

1.7.3.1.- La falsa “*espiritualidad*” del esoterismo

Hoy existe la falsa creencia de que el esoterismo y la espiritualidad son dos conceptos similares y con parecido significado. Aunque hay gente que los usan de manera intercambiable, sin embargo, representan caminos muy distintos sin conexión alguna.

Esoterismo proviene del griego “*esoterós*” que significa “*volverse al interior*”, pero no como algo espiritual, sino como una forma de adquirir conocimientos secretos transmitidos sólo a un grupo selecto de iniciados. La finalidad de esos grupos es desentrañar misterios ocultos a través de prácticas rituales (esotéricas), como la brujería, los talismanes, las energías, las piedras, la cartomancia, la quiromancia, la videncia, la clarividencia, el espiritismo de los *médium*, la astrología, la santería, la magia, la hechicería, la litoterapia (sanación por las piedras), la numerología, el significado de los sueños, la alquimia, la guija, el I-Ching, el vudú, etc.

La “*espiritualidad*” que se proyecta en la “*inteligencia espiritual*” busca una conexión con la religión, busca lo trascendente: a Dios. La “*espiritualidad*” facilita la necesaria experiencia con Dios que, a través de la creencia o fe, se invita a cambiar el interior de la persona para transformar el mundo con “*amor*”, bondad y humanidad. Dicho de otra manera, mientras la religión deriva de una moral y comportamiento emanados de un Dios trascendente; las prácticas esotéricas son supersticiosas y pueden utilizarse para engañar a la gente o manipular a las personas.

Las supersticiones esotéricas están fundamentadas, desde antiguo, en tradiciones populares relacionadas con el pensamiento mágico para apartarse del plan de Dios. El supersticioso cree que las prácticas esotéricas y otros rituales pueden tener cierta influencia (positiva o negativa) en el destino

de las personas, algo que condiciona la libertad humana, desorienta y confunde.

Los conceptos y los objetivos son diametralmente antagónicos, por lo que no debemos confundirlos, ni asociar que las prácticas esotéricas son una forma de “*espiritualidad*”.

Sin embargo, el cristianismo consideró la superstición como contraria al primer mandamiento (*“amarás a Dios sobre todas las cosas”*) y, por tanto, una separación irreconciliable entre Dios y las personas. Pese a no contar con el beneplácito de la Iglesia, los cristianos han seguido practicando en secreto, desde antiguo, ciertos rituales mágicos para asegurarse una doble protección: por un lado la que aporta Dios a través de las medallas, los ritos y los sacramentos religiosos y, por otro, la que garantizan las prácticas mágicas y supersticiosas de la cultura subyacente.

A parte de los actuales grupos de iniciados en ciencias ocultas, hoy también hay mucha gente que, a título personal y con la autoestima baja, acude a consultorios de santería y adivinación donde se les cobra por escuchar lo que quieren oír y para encontrar respuestas o soluciones a sus problemas. La inseguridad personal hace que se caiga en el controvertido mundo de las prácticas supersticiosas, no sólo para conocer el futuro, sino incluso para orientarse en decisiones y conductas que nada tienen que ver con lo que realmente necesita la persona en esos momentos.

Es la persona misma, a pesar de sus inseguridades, la que tiene que ser protagonista de su vida, y si necesita consejo u orientación, debe ponerse en manos de profesionales o personas con criterio “*espiritual*”, pues su visión de “*amor*” y perdón les capacita para asesorar correctamente con juicio y sin prejuicios.

En efecto, la “*inteligencia espiritual*” da libertad para elegir o rechazar a Dios. No condiciona el destino de la persona, sino que la orienta hacia posturas más saludables, humanas y reconciliadoras (“*amor*” y perdón), valores religiosos que

nunca fallan a la hora de tomar las decisiones más adecuadas y acertadas.

1.7.4.- LAS SECTAS NO SON “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”

La palabra secta proviene del latín “*sectare*” que significa “sectario, cortar”. Es un grupo de personas que mantienen elementos comunes, y que se mantienen aislados del resto de la sociedad por no compartir con ella rasgos importantes de su realidad social y espiritual.

Aunque de cara a la galería aparentan ser movimientos religiosos que promueven fines de carácter espiritual, no deben confundirse con las religiones tradicionales propiamente dichas, ni están vinculadas a movimientos de espiritualidad religiosa.

La aparente falsa espiritualidad en la que se ocultan pretende, como fin último, anular la voluntad del adepto para vivir a costa de su trabajo y dinero, así como cambiar su comportamiento social, donde la familia, amigos y sociedad son una amenaza para su integridad moral y personal (los buenos son los miembros del grupo que viven en comunidad).

A.- Las características más destructivas de las sectas se pueden resumir en los siguientes puntos.

- Un grupo autónomo, no cristiano que utiliza técnicas de captación propias mediante asociaciones místicas, culturales y filosóficas.
- Siguen a un líder carismático poseedor de la verdad. No se exige fe, sino fidelidad al líder.
- El grupo mantiene una dependencia absoluta al líder que ejerce autoritarismo, manipula y ejerce un poder absoluto sobre el grupo, al que exige obediencia.
- El líder tiene una doctrina exclusiva que se considera la única verdadera y que excluye a los que no la aceptan. La doctrina es

revelada por el líder.

- La secta Mantiene prácticas de control sobre sus miembros en línea con la autoridad del líder, su línea doctrinal y las creencias del grupo.
- Sólo los del grupo están salvados, excluyen a los que no comparten sus creencias fanáticas.
- Sus miembros son fanáticamente proselitistas y a la vez intolerantes con los de fuera.
- Recaudan mucho dinero y atesoran patrimonio.
- No llevan contabilidad y procuran no declarar sus ingresos.
- No fomentan el voluntariado la ayuda social.

B.- Las características más notables de las religiones se pueden resumir en los siguientes puntos.

- Las religiones suelen ser más inclusivas y tolerantes con los que no las practican, especialmente con los “*no creyentes*”. Hay que excluir los fundamentalismos religiosos que no aceptan y respetan al diferente en cuestiones de fe.
- Respetan la autonomía y la libertad de sus seguidores. Excepto los fundamentalismos que imponen las Leyes sagradas y religiosas, especialmente a las mujeres.
- Suelen fomentar la reflexión, el debate interno. Excepto los fundamentalismos religiosos, que no admiten críticas internas e imposiciones de fuera.
- Las técnicas de captación no se fundamentan en el engaño y el proselitismo a ultranza.
- Llevan contabilidad y gran parte de la recaudación se destina a ayuda social y preservar el patrimonio.
- Practican culto abierto a creyentes y “*no creyentes*”, no son excluyentes; incluso facilitan la visita a los templos.
- Los libros sagrados (doctrina revelada) determina los valores religiosos y morales: “*amor*”, perdón, paz, justicia y solidaridad. Hay que excluir a los grupos fundamentalistas que

ignoran estos principios para defender sus intereses religiosos.

- El objetivo último de las religiones es que la persona cambie a mejor para que transforme la sociedad y consiga un mundo más justo y humano.

La “*inteligencia espiritual*” no puede desarrollarse en ningún tipo de secta que sea excluyente, intolerante, controladora, proselitista y que no respete la libertad tanto de creyentes, como de “*no creyentes*”.

La “*inteligencia espiritual*” está cimentada en creencias y espiritualidades legítimas, cuyo centro y razón de ser es el desarrollo integral de la persona hacia cambios existenciales, saludables y comportamientos humanos y solidarios.

2.- EL PROBLEMA DE LA EXISTENCIA DE DIOS

2.1.- LA CRISIS DE VALORES RELIGIOSOS

En su primera misa ante los cardenales (9 de mayo de 2025), el papa León XIV pronunció una homilía en la que hizo un análisis acertado de cómo se vive la “*espiritualidad*” en nuestra sociedad, así como las consecuencias que tiene vivir sin ella; palabras que conviene recordar.

El papa recalca que “*la falta de fe (en Dios) lleva a menudo consigo dramas como la pérdida del sentido de la vida, el olvido de la misericordia (perdón), la violación de la dignidad de la persona en sus formas más dramáticas, la crisis de la familia y tantas heridas más que acarrean no poco sufrimiento a nuestra sociedad*”.

También añadía que, hoy en día, “*la fe cristiana (en Dios) se considera un absurdo, algo para personas débiles y poco inteligentes*”, *contextos en los que se prefieren otras seguridades distintas a la que la fe propone, “cómo la tecnología (redes sociales, inteligencia artificial), el dinero, el éxito, el poder o el placer”*.

A León XIV le sorprendía que algunos creyentes vean a Jesús de Nazareth sólo como hombre, como si fuese una especie de “*superhombre*” o un líder carismático. Pero a pesar de que, para algunos creyentes y “*no creyentes*” sea sólo un hombre y no “*hijo de Dios*”, aún así, sigue molestando su mensaje cuando exige “*amor*”, perdón y honestidad personal.

2.2.- ¿QUÉ SE ENTIENDE POR DIOS?

2.2.1.- LA RELACIÓN EXISTENCIAL CON DIOS

Cuando hoy en día dos personas quieren ponerse de acuerdo sobre lo que cada una entiende por Dios, lo primero que hacen es poner en claro en quién piensan: si es en el Padre de Jesucristo (en el Dios de Abraham, Isaac y Jacob) o en algún Ente o “*Ser*” supremo.

Ello demuestra que ya no existe un contenido del concepto de esta persona que sea válido y claro para todos, tal y como estuvo en uso durante siglos cuando se explicaba la idea filosófico-metafísica de Dios (el supremo bien, la esencia y el “*Ser*” supremo, la causa primera de todas las cosas, etc.).

Con demasiada frecuencia se ha sometido a Dios a la dependencia y prisión de la filosofía. Pero hoy en día, tiene que vérselas con personas con una conciencia más “*secularizada*”. La conciencia moderna interpreta el mundo como una realidad que no necesita ni de un Dios supramundano, ni de un Dios que intervenga en su curso y sea solidario con él: lo interpreta, pues, como “*un mundo sin Dios*”.

Pero el término Dios no sólo es superfluo para la persona actual, sino también para las ciencias y su predominio del mundo. Dios no puede ni siquiera ser pensado o descrito con sentido. Para la razón (válida para la ciencia), el conocimiento seguro se limita al terreno de los fenómenos que se pueden verificar y comparar: “*etsi Deus non daretur*” (aunque no hubiese Dios).

Entonces la formulación teórica: ¿existe Dios? no tiene sentido en cuanto pregunta; pues trata a Dios como un objeto más, como un fenómeno más. Así no hay Dios. Por eso quien con seriedad se interesa por Él, abandona el terreno de lo conocible empíricamente, de lo que en general se puede presuponer y dominar, y se posiciona en la duda insegura de la existencia humana.

El término mismo de Dios no es, ni claro, ni está reservado exclusivamente a la predicación religiosa del creyente; su contenido sólo se puede lograr única y exclusivamente por la relación existencial con Él. El hablar desde una perspectiva creyente sobre Dios hunde sus raíces en el sentirse afectado personalmente. En el culto religioso esto se expresa cuando la persona se abandona y se entrega a esta presencia de Dios. Sin

esta relación real y personal no hay fe alguna en cuánto confianza en Él.

2.2.2.- UNA EXPLICACIÓN METAFÍSICA DE DIOS

Se puede decir que la metafísica es una teología, es decir, un estudio de Dios, del “*Ser supremo*”, del “*Ser absoluto*”. La filosofía de Aristóteles no concibe la idea del Dios de los judíos, cristianos y musulmanes (para esto se necesita la ayuda de la revelación), pero coincide, como casi todos los filósofos griegos, en la idea de la divinidad, en algo que está en la raíz de todo y que tiene la plenitud del “*Ser*”. Esta definición es compatible con su metafísica como “*Ser en cuanto Ser*”, puesto que al fin y al cabo, Aristóteles entiende por “*Ser pleno*” a Dios.

En efecto, sólo podemos entenderlo como un “*Ser pleno*”, perfecto, que tenga en sí mismo su principio de existencia: “*Dios es*”. Y eso es lo que viene a decir también la Biblia cuando Dios se revela a Moisés: “*Yo soy el que soy*” (Ex 3, 14), es decir, el único que verdaderamente “*soy*”.

Todos los demás seres que existen, todas las criaturas de alguna manera “*son*”; pero no son como Dios. Son seres, existen, pero no tiene la plenitud del “*Ser*”, pues si lo fueran, tendrían en sí su principio de existencia y serían eternos como Dios. Se podría establecer una escala, si se quiere, desde los seres puramente espirituales hasta los seres inanimados, que irían participando todos del “*Ser absoluto*” pero de modo y escala diferente.

2.2.3.- EL CONOCIMIENTO DE DIOS

Podemos afirmar paradógicamente que, por un lado, el conocimiento de Dios sólo es posible a través de la comunión con Dios, es decir, bajo el supuesto de la fe; y por otro la fe sólo queda a salvo sobre la base del conocimiento. ¿cómo ordenar recíprocamente la fe y el conocimiento que, evidentemente, están ligados entre sí?.

El conocimiento de Dios ha de adquirirse, no a través de un distanciamiento, sino únicamente mediante una relación de amistad y un estar implicado con Él. En efecto, Dios no es aquí un objeto de la investigación humana con el que la persona pueda enfrentarse de un modo soberano y que deba luego abrirse de par en par a su intelecto observador y reflexivo.

El que pretende convertir a Dios en objeto de demostración aspira a disponer de Él. Entonces no se relacionaría con un Dios personal, sino con un concepto, con una construcción hecha a nuestra medida e intereses, con una idea de Dios basada en analogías humanas; y, en todo caso, su actitud no tendría nada que ver con la fe, sino más bien, con la religión racional y práctica de la diosa razón que ya preconizaba la ilustración en el siglo XVIII.

Por incómodo que pueda resultar, el conocimiento de Dios se caracteriza por el hecho de que Dios actúa frente a nosotros y, por consiguiente, sólo es conocido en la medida que la persona se siente concernida, interpelada y amada por Él. Pero para dejar que Dios actúe en las personas es necesario dejarse impresionar por Él, despojarse de las ataduras del mal y abrir las puertas del “corazón” para que nuestro interior se transforme al “*amor*”, la principal cualidad de Dios.

Este conocimiento nunca se refiere únicamente al intelecto. Si la teología y la predicación se limita a entenderlo como un proceso puramente intelectual, se pasa totalmente por alto la perspectiva de diálogo y comunicación con Dios. En la medida en que la persona, activa o pasivamente, establece una relación personal y la consuma, su conocimiento crece a través de la experiencia y en su forma práctica de estar implicada. Esta relación se consolida en la oración y en dejarse enamorar por Él.

Pero lo que realmente obstaculiza a la persona en el conocimiento de Dios no es tanto una orientación intelectual

falsa, cuento un perjuicio ideológico, quasi-religioso, que se halla más profundamente enraizado a nivel psíquico que intelectual. Los pensamientos perversos están arraigados en el “*corazón*”, no en la razón. En efecto, nuestro mal no radica fundamentalmente en aquello que conocemos y sobre lo que reflexionamos, sino en nuestra relación con Dios. No hacerlo o impedirlo no sería su culpa, sino más bien un fallo de nuestra orientación existencial.

Pero cuando la fe surge en el “*corazón*” por la palabra y está orientada hacia el mensaje de Dios, necesita del intelecto tanto para su nacimiento, como para su crecimiento y desarrollo. Es aquí donde se abre un amplio campo de reflexión, el que ni Dios exige en absoluto que renunciemos a pensar, ni prohíbe las preguntas que surgen del esfuerzo por una honradez intelectual. Dios quiere que pongamos en marcha nuestra razón para entender la fe.

Pero hay aquí, evidentemente, límites más allá de los cuales no se promete ninguna respuesta, ni siquiera por parte de Dios. Estos límites no se traspasan cuando superan las formulaciones de los dogmas eclesiásticos que provienen de un conocimiento sujeto a la época, sino únicamente cuando se abandona el puesto que, en cuanto personas, nos ha sido asignado ante Dios.

2.3.- ATEÍSMO Y AGNOSTICISMO FRENTE A LO “ESPIRITUAL”

2.3.1.- UN RECHAZO A LA “DIMENSIÓN ESPIRITUAL”

Dios es conocido por la fe y por el “*amor*”. Aquí radica la diferencia entre el creyente y el incrédulo (ateo). Ambos padecen momentos de crisis, oscuridad y noche. En ese conflicto y batalla vital, el primero se abraza a su “*yo*” y a su conciencia moral, abandonando la realidad de Dios que le parece cada vez más lejana y menos segura. Para el segundo, aunque las ideas y convicciones pueden derrumbarse, la fe se

mantiene inquebrantable. No se trata de dogmatismo a ultranza, sino de un don de Dios que el creyente puede recibir o rechazar.

Por consiguiente, el problema es mucho más de fe que de razón. Sin una fe sólida es muy difícil convencer a nadie, incluso al ateo, de que su posición puede estar equivocada o carece de sentido. Pero claro, no se puede por vía de la razón entrar en posiciones que se basan en emotividades como actitud existencial.

Notemos que la explicación del ateo en este caso no es una razón propiamente dicha, sino una pasión, es decir, la repulsa de la injusticia del mal, de la muerte, de la enfermedad y de todo lo que se abate sobre el mundo vista desde una base emocional y sentiente. Y claro está, una base emotiva es muy difícil de combatir con razones; hay que combatirla con motivos que vengan del lado de la afectividad. Además del ejemplo y testimonio que pueda darle un creyente, también desde la base emotiva del orden del mundo y desde el comportamiento bondadoso del Ser Humano, se puede interpelar y convencer al “*no creyente*” y a cualquiera que dude de la existencia de Dios.

Es deber de todo creyente transmitir y educar en la fe teniendo en cuenta las palabras de san Ignacio de Antioquía: “*Educar no sólo es lo que decís, sino también lo que hacéis y, sobre todo, lo que sois*”. Decir, hacer y “*Ser*” son las premisas que todo creyente debe asumir para transmitir los valores religiosos y su propia experiencia de Dios. Los creyentes tienen una enorme responsabilidad: su testimonio y ejemplo de vida deben convencer a los “*no creyentes*” de que Dios existe y que es “*amor*”, el mismo que deben notar y que no proviene de meritos propios, sino que viene de Dios.

2.3.2.- DIFERENCIAS ENTRE EL CREYENTE Y EL ATEO

Partimos de la premisa de que Dios es el bien. Las personas

mantenemos una batalla terrenal entre la esfera celestial (Dios como bien) y la esfera infernal (el diablo como mal), es decir, la lucha interior entre el bien y el mal que domina nuestra conciencia y acciones. Sabemos lo que está bien y sin embargo hacemos lo que está mal. La naturaleza del Ser Humano se inclina a la maldad desde la más antigua humanidad.

Los sentimientos no impresionan a mucha gente. En el campo de la moral, las personas tienen una inclinación natural a reconocer lo bueno de lo malo. Por eso se suele decir muchas veces que los “*no creyentes*” son, en el fondo, creyentes a pesar suyo, o por lo menos actúan muchas veces como tales.

En efecto, tanto el “*creyente*” como el “*no creyente*” se esfuerzan por hacer el bien desde la bondad, sin embargo, hay diferencias notables a la hora de materializar el humanismo. El “*creyente*” da para no recibir nada a cambio, es decir, el proyecto de vida cristiana es una donación de sí por “*amor*” y sin condiciones previas, gratis, de balde. La mentalidad del “*no creyente*” es dar para recibir algo a cambio, por puro interés y por cierta contraprestación.

Cuando el “*no creyente*” piensa que dar para recibir algo a cambio es más beneficioso para él, rompe su humanismo para convertirse en “*ególatra*” y “*egoteísta*”, es decir, un “*endiosamiento*” egoísta que sólo vive para sí mismo, para su razón y para sus propios códigos éticos. El increyente tiene humanidad y filantropía cuando le interesa, se retira de la bondad y humanidad cuando no resulta rentable su auto-donación.

La perspectiva “*no creyente*” intenta demostrar que el humanismo, bajo la clave filosófica y ética, es la clave de la “*espiritualidad*”. Su ética humanista tiene un enfoque puramente racional, que se desarrolla bajo tres talantes diferentes:

1.- La reflexión de la realidad para controlar las emociones y

situaciones.

2.- La empatía para ponerse en el lugar del otro, como forma de sustituir y secularizar el concepto de “*amor*” religioso y espiritual.

3.- El respeto hacia el diferente, siempre y cuando no ataque la ideología y el pensamiento personal. Ser sensible es estar abierto al otro por medio del respeto, la tolerancia, el consenso y la convivencia.

Este humanismo impulsa dos objetivos: la “*autosatisfacción*” y la “*autosuficiencia*”, es decir, desear hacer el bien con altruismo pero cuando interesa, por puro egoísmo. Esto hace que las actuaciones de “*amor*” sean puntuales y no duraderas, ya que quiere hacerlas cuando le conviene.

Visto todo esto desde una perspectiva creyente, un ateo que tenga experiencia de Dios puede transformar su humanismo en verdadero “*amor*” donante, bajo cuatro premisas espirituales e integrantes:

1.- La vida espiritual con Dios aplica “*amor*” y perdón a la “*inteligencia*” y a la razón del “*no creyente*” y agnóstico.

2.- Este “*amor*” y perdón no sólo cambia y transforma la razón-inteligencia, sino también el “*corazón*” personal para una praxis humana y duradera. La “*inteligencia espiritual*” del Ser Humano no habla únicamente de conducta, sino de giro existencial, cambio vital, conversión a un estilo nuevo de vida. Cambiar es crecer.

3.- La vida “*espiritual*” con Dios hace que la persona asuma que lo nuclear y principal es “*amar*” y perdonar como proyecto de vida y sin recibir nada a cambio.

4.- La “*inteligencia espiritual*” no consiste en actuar de diferente manera, sino “*Ser*” de diferente manera, pues si se es de diferente manera, también se actúa de diferente manera.

En definitiva, el “*no creyente*” ve el mundo con los ojos de la razón y desde la libertad de su conciencia. El creyente –a través

de la “*inteligencia espiritual*”- ve el mundo y las personas con los ojos de Dios, es decir, con “*amor*”. Solo el “*amor*” humano une a todos y nos conecta con la naturaleza y el cosmos.

2.3.3.- CREER EN DIOS DESDE UN PUNTO DE VISTA HUMANO

Las personas de hoy en día pueden llegar a una pérdida de la conciencia de pecado por su frialdad y lejanía hacia Dios. El pecado es el “*no amor*”, todo aquello que hacemos de pensamiento, palabra y obra contrario al “*amor*” y a la bondad del “*corazón*”.

En la actualidad, la inmoralidad de todos los grupos humanos se exhibe a pleno día sin rebozo alguno, y con una tranquilidad que nos hace pensar en una posible mala fe en las personas que se entregan a ella. La consecuencia de esta inmoralidad, es la pérdida del sentido de pecado (*el “no amor”*) y, con él, la innecesaria práctica de perdonar porque no se cree uno culpable. El motor de la historia es el perdón. Sin perdón el Ser Humano se cree Dios, perfecto, la medida de todas las cosas.

El “*no amor*” humano desarrolla una sociedad injusta e insolidaria que nos aleja de Dios y de nuestros semejantes. También las relaciones interpersonales se resquebrajan por el egoísmo y el orgullo que impide dialogar, es decir, instalarse en el “*yo*” para olvidar el “*tu*” y el “*nosotros*”. Esto está ocurriendo por una pérdida de la existencia de Dios y por encerrarnos en nuestra superioridad.

En el Paraíso terrenal bíblico, en los albores de la humanidad, pretendimos “*Ser*” como Dios. Más tarde quisimos negar la existencia de Dios y estuvo de moda el ateísmo. Hoy las personas no tratamos, como antiguamente, de “*Ser*” como Dios, sino superiores a Dios. Tratamos de situar a Dios al margen de nuestras preocupaciones. Tratamos de vivir y conducirnos como si no existiera el lazo de participación que nos une a Él.

La composición de los pecados (*el no amor*) no puede presuponerse a partir del propio conocimiento humano, sin un consciente cara a cara con Dios. El mayor pecado del siglo XXI es que las personas, aunque no niegan la existencia de Dios, lo ignoran de este mundo, es lo que podíamos llamar “*la presencia ignorada de Dios*”.

Hoy pretendemos enfrentarnos a Dios para desacralizar la realidad, hacer inútil la religión. La ciencia, el arte, la moral y la política intentan ser profanas. El pensamiento moderno es funcionalmente irrespetuoso. No admite más conocimiento que el que proviene del comportamiento, de los complejos, de los fenómenos y de las medidas empíricas e hipótesis científicas. Todo lo que sobrepasa de lo comprobable y lo medible nos parece sospechoso y reaccionario. Por eso, la sociedad actual no entiende a un Dios que “*ama*” y se ofrece a ayudarnos, sino que queremos ver a un Dios que manda, domina, coacciona, acompleja y condiciona la libertad humana; en definitiva, a un Dios débil que no es necesario para la vida.

Pero tanto en la sociedad, como en la comunidad creyente y más concretamente en la cristiana, pervive todavía una fatal tergiversación moral del pecado (el “*no amor*”). La vida exteriormente intachable del ciudadano que se justifica a sí mismo y que no tiene de qué acusarse, camufla la impiedad que se expresa en el enjuiciamiento soberbio de los demás.

La corrupción generalizada, las prácticas penales y los deslices sexuales, entre otros muchos, son los que se anatematizan sin más como pecados, mientras que la propia falta de “*amor*” sobrepasa todos los límites.

Otra tergiversación, en esta misma línea, consiste en aquella concepción religiosa que deja de lado la necesaria conversión y la sustituye por una piadosa elevación del “*corazón*” a Dios (una simple religiosidad popular). Este tipo de auto-complacencia y de auto-salvación no sólo se encuentra en las

religiones orientales, sino también, entre los creyentes occidentales.

La “*presencia ignorada de Dios amor*” es la antesala para aceptar un proyecto de vida basado en el “*amor*” y, sin “*amor*”, tampoco hay vida espiritual. No basta la empatía, no basta el humanismo, sino una transformación que debe ser integral, como integral es el “*amor*” de Dios. Si en el “*corazón*” y la vida de las personas falta “*amor*”, los pecados –como ausencia de “*amor*”- seguirán siendo, por mucho tiempo, una realidad social y personal.

En un mundo que parece paganizarse, el creyente no puede perderse en lamentos estériles, sino poner manos a la obra y seguir la tarea de buscar a Dios. Las personas buscamos a Dios sin ser conscientes de ello, por eso, necesitamos identificar a Dios que se esconde en las puertas de nuestras vidas, casas y trabajos. No hay “*inteligencia espiritual*” sin Dios.

Seguro que la religión es imperfecta porque las personas somos imperfectas. Gracias a que tenemos a Dios, que es perfecto, tenemos un referente para que seamos perfectos en un mundo imperfecto. Dios es el espejo donde mirarnos, el modelo a seguir para transformar a las personas y a la sociedad.

2.4.- LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL” EN LA CONCIENCIA HUMANA

2.4.1.- LA CONCIENCIA Y SUS CONTRADICCIONES

La facultad de distinguir entre el bien y el mal pertenece a la esencia de la persona. Su relación con la comunidad, ya desde antiguo, hizo indispensable la existencia de unas normas que debían ser observadas con vistas a una regulación de la vida. El que, como Caín sobre Abel (Gn 4, 3-15) las infringía, se enfrentaba de inmediato a la comunidad. Al hacerlo, se decidía por algo que era socialmente malo.

La decisión de la persona de tomar una decisión en favor o en contra de la observancia de estas normas dadas de antemano, la llamamos conciencia. Aparece como la ayuda orientadora decisiva que poseemos para la totalidad de nuestro obrar. En cuanto tal, no sólo surge tras algunas acciones en el sentido de un “*juez interior*” que echa en cara al acusado su culpa, sino que puede hacerse notar ya antes de una acción, disuadiendo o alentando. Si la persona escucha la voz de la conciencia y omite la acción que se proponía y que contravenía las normas vigentes, la conciencia queda de nuevo tranquila, es lo que denominamos “*buena conciencia*”.

Pero a veces la persona no escucha a la conciencia que le aconseja la observancia de las normas, sino que intenta acallarla y dejarla fuera de juego. Pero el hecho de no poder acallarla demuestra que puede surgir el remordimiento de conciencia que sigue a una mala acción. La conciencia se convierte en acusador implacable y por esto, en infinidad de ocasiones, se le achaca la perversidad y la maldad que justamente ella pone al descubierto. La conciencia acusadora y condenadora acosa continuamente al autor de una mala acción, y le reprende su error, le acompaña como una sombra de la que no puede librarse.

Pero el desasosiego causado por una conciencia cargada de malas acciones conduce a veces a las personas, no sólo a acallar su conciencia, sino a intentar destruirla. Por otra parte, el que a través de tales esfuerzos pueda llegar a una mala fe total, es menos importante que el hecho de que las personas intenten dominar sus conflictos de conciencia renegando de ella y de sus exigencias.

La historia de la humanidad demuestra que existieron y existen personas sin escrúpulos que reprimen las exigencias de la conciencia. El egoísta aparecerá como un hombre que no hace el menor uso de su conciencia, que sigue sus deseos e inclinaciones sin ninguna consideración para con los demás.

Por consiguiente, lo decisivo aquí es quien determina la conciencia y cómo se calibra esta norma crítica. Esta pregunta no puede responderla fácilmente la persona egoísta y orgullosa. Dicho de otra manera, son su propia utilidad y ventaja los únicos que valen para él como principio normativo.

La responsabilidad ante la comunidad o incluso ante un poder trascendente, no desempeñan ningún papel digno de mención. La persona es para sí misma la medida de todas las cosas y, por tanto, también de su conciencia. Sin embargo, pesa mucho más en la balanza la manipulación de la conciencia por la sociedad que atenaza al individuo, manipulación que va en aumento en nuestra época con el mal uso y abuso de las redes sociales, la publicidad, el marketing, las *fake news*, etc.; actividades cuya proyección, influencia y manipulación convendría desarrollar en otro ensayo, no aquí.

2.4.2.- LA CONCIENCIA PUEDE RECONOCER LO TRASCENDENTE

El psiquiatra Víktor Frank afirma que “*Sólo podré ser siervo de mi conciencia si, al entenderme a mí mismo, entiendo esta última como un fenómeno que trasciende mi mero ser hombre, y por tanto, me comprendo a mí mismo, comprendo mi existencia, a partir de la trascendencia*⁹”, a partir de Dios.

En efecto, la conciencia como hecho psicológico inmanente nos remite, por sí misma, a la trascendencia; es decir, que sólo puede entenderse a partir de la trascendencia. Así pues, la conciencia es voz de la trascendencia y, por tanto, ella misma es trascendente. La persona irreligiosa no es sino aquella que ignora esta trascendencia de la conciencia¹⁰:

Para comprender la transferencia de Dios, Frank comenta la historia bíblica de Samuel. En (1Sam 3, 2-9) se describe cómo

⁹ VIKTOR F.; “*La presencia ignorada de Dios*”, Herder, Barcelona, 2012, p. 56.

¹⁰ IBIDEM, p. 57.

este joven dormía una noche en el Templo de Jerusalén al lado del Sumo Sacerdote Elí. De repente, Dios lo despierta una vez que lo llama por su nombre. Entonces se levanta y se dirige a Elí para preguntarle qué es lo que quiere de él; pero el Sumo Sacerdote, que no era quien le había llamado, le manda que se vuelva a acostar. Lo mismo se repite por segunda vez, y sólo a la tercera el Sumo Sacerdote aconseja al muchacho que, si oye que de nuevo que lo llaman por su nombre, se levante y diga: “*¿Habla, Señor, que tu siervo escucha?*”.

Samuel, siendo todavía un adolescente, ignora como la llamada le viene de la trascendencia. ¿Cómo podrá entonces una persona ordinaria reconocer el carácter trascendente de esa voz con que le habla su conciencia? ¿Cómo habrá de extrañarnos que, en general, la persona vea en esa voz que resuena en él sino algo fundamentado en su propio “*Ser*”?

A propósito de este pasaje, Viktor Frank afirma que la persona religiosa ha de saber que la libertad ha sido querida y creada por Dios. Hasta tal punto la persona es libre, que puede decidirse aun en contra de su propio Dios, puede incluso negar a Dios¹¹.

La fe nos hace libres porque nos ayuda a conocer o rechazar a Dios, a elegir su proyecto de vida o alejarse de él para vivir en la autosuficiencia de la propia conciencia. Esta autosuficiencia corre el riesgo de caminar en la vida por senderos equivocados, sin rumbo fijo, perdidos en el uso de una supuesta libertad que ni es adecuada, ni buena para la persona.

Samuel es un ejemplo de fe porque no rechaza la trascendencia, sino que sabe reconocerla. A decir verdad, la persona a veces se contenta con negar solamente el nombre de Dios y, con arrogancia, habla entonces de “*lo divino*” o de “*la divinidad*”. Así como se requiere un poco de valentía para confesar abiertamente algo, una vez que se ha conocido, también se

¹¹ IBIDEM, p. 59.

requiere un poco de humildad para llamar a eso mismo con la palabra que las personas vienen utilizando desde hace cientos de años: Dios.

2.4.3.- LA CREENCIA RELIGIOSA QUE RESIDE EN LA CONCIENCIA

Lo que distingue al creyente del humanista “*no creyente*” es su relación con Dios. Él no está sólo en el mundo, sino que, en todas las situaciones se sabe referido a Dios. Dios es el que afina y pone a punto la conciencia creyente y, ante él, debe rendir cuentas si se entiende a sí mismo como responsable cuya vida no quiere ser otra cosa que una respuesta a la pregunta y al llamamiento de Dios. Así pues, ni el egoísmo, ni la moral, ni el ideal humanista comprometen la conciencia de un creyente, sino únicamente el proyecto de vida que invita a seguir a Dios.

En la medida en que la conciencia del creyente se deja determinar por Dios, quedan relativizadas para él las exigencias de los pensadores, *influencer* y poderes de este mundo. La vinculación a la voluntad de Dios que sale al encuentro no sólo da libertad a la persona para seguirle, sino que también educa la conciencia en el “*amor*”.

En efecto, la verdadera libertad es la que se asienta en el “*amor*”, todo lo demás lleva al egoísmo; actitud moral que lo único que aporta es esclavitud personal, ya que no creer nos hace esclavos porque nos cierra al conocimiento de Dios. Todo Ser Humano posee la libertad para cambiar a cada instante al “*amor*” desde la propia libertad. Por consiguiente, la persona tiene que ser valiente y capaz de comunicar su fe como “*bona conscientia*” de un modo convincente.

**3.- POR LA “INTELIGENCIA”
SE ALCANZA LA “ESPIRITUALIDAD”**

3.1.- LA “INTELIGENCIA” DE LAS RELIGIONES ORIENTALES

En las religiones asiáticas del extremo oriente (budismo, hinduismo, taoísmo, confucionismo y sintoísmo) la “*inteligencia espiritual*” no difiere mucho de las religiones occidentales (judaísmo, cristianismo e islam).

Las religiones orientales dan más importancia al “*corazón*” que la razón. La verdadera sabiduría se alcanza más desde la experiencia del “*corazón*”, que desde los conocimientos de la razón aprendidos en las escuelas y academias. Por ello, cultivan mucho el mundo de las emociones y todo lo relacionado con lo trascendente y el culto. La razón se nutre de la sabiduría interior.

Aunque muchos de los países del Extremo Oriente son civilizaciones avanzadas tecnológica y científicamente, también cultivan mucho el mundo interior y la “*dimensión espiritual*” para dar respuesta personal a lo que la ciencia no aporta y carece.

3.2.- LA “INTELIGENCIA” EN LA GRECIA CLÁSICA

3.2.1.-LA FILOSOFÍA COMO FUENTE DE SABIDURÍA E INTELIGENCIA

La “*philosophía*” es vocablo compuesto de “*philos*” (amigo) y “*sophia*” (sabiduría) que significa “*amor a la sabiduría*”, es decir, la búsqueda del saber y del intelecto. La filosofía griega y helenística distingue los siguientes matices para significar la palabra “*philosophia*” como sinónimo de “*inteligencia*”.

A.- Para los antiguos griegos “*philosophía*” significa “*la búsqueda del saber científico*” en general. Al principio, la filosofía se restringe y aplica al problema del origen del mundo a partir de una materia originaria, el principio o “*arje*” de todas las cosas (filosofía de la naturaleza). Tales de Mileto es el

primer pensador que afirma que ese “*arjē*” no es una divinidad del agua, sino el agua misma. El principio explicativo ya no es un dios, no remite a un sistema de creencias mitológicas, a una tradición, sino que se identifica con un elemento natural: el agua. Esto supuso un punto de inflexión en el lenguaje, un umbral: el paso de lo mítico-religioso (*teogonías*) a la razón (*logos*).

Se pasa de las sagradas cosmogonías tradicionales a la humana cosmología de la física universal. Se ha producido una secularización de los relatos cosmogónicos que explican la génesis del orden natural mediante representaciones antropomórficas de las potencias físicas (los dioses) y, por primera vez, se ha ensayado una explicación natural o física de la propia “*physis*”, así como una explicación de la naturaleza desde la propia naturaleza¹². Esta inmanencia explicativa inaugura la sabiduría en Grecia y es, en realidad, lo que hoy podríamos llamar empirismo.

B.- Para Sócrates todo el peso recae sobre la primera parte de la palabra “*philo-sophía*”, y por tanto, más sobre el acto que se realiza sobre el resultado conseguido. Filosofía se convierte en el esfuerzo por alcanzar la sabiduría, cosa que nunca se consigue.

C.- Aunque fue Pitágoras el primero en llamarse a sí mismo “*filósofo*”, será Platón (427-347 a.C.) quien invente la filosofía dentro del contexto de los sofistas. Para Platón, la filosofía es el conocimiento del “*Ser*”, de lo eterno e imperecedero. Él distingue a los sofistas de los filósofos y sabios: el “*sophistés*” es aquel que cree poseer la sabiduría y pretende poder enseñarla. El “*philosophos*”, en cambio, es la persona modesta que sabe que no sabe nada, pero que, poseído por el “*amor*” a la sabiduría, la busca durante toda su vida sin alcanzarla nunca del todo. El verdadero calificativo de “*sophos*” (sabio) sólo es aplicable a los dioses.

¹² FERNÁNDEZ VITORES, T.; “*Tratado del primer engaño*”, Ed. Confluencias, Madrid, p. 51.

D.- Aristóteles entiende por filosofía, en su más estricto sentido, la metafísica en cuanto búsqueda de las causas y principios de las cosas o del mundo fenoménico: el “*Ser*”.

E.- En la Grecia clásica el concepto de “*philosophia*” adquiere un sentido casi religioso, concepto que asumirá el imperio romano. Su meta es la felicidad de la persona (*eudaimonismo*). Los filósofos (estóicos y epicúreos) propagan esta idea por el mundo como predicadores ambulantes. En cuanto camino hacia la felicidad, la filosofía consiste para los estóicos en la búsqueda de una formación teórica y sobre todo práctica, es decir, en la búsqueda de la virtud. Los epicúreos, en cambio, definen la filosofía como búsqueda de la felicidad mediante la razón. De ahí que domine la filosofía práctica (ética), y que la normativa (lógica) y la física se subordinen a ella.

F.- la “*gnosis*”, la filosofía ya no es el descubrimiento cognoscitivo del mundo mediante el entendimiento, en el sentido de la tradición de la Grecia clásica, sino el compendio para la religiosidad helenístico-romana de los “*misterios*” y en de la actitud religiosa; de ahí que de ordinario desemboque en especulaciones puramente religiosas. La verdadera filosofía como actividad religiosa pretende alcanzar el conocimiento espiritual. Por consiguiente, la filosofía ha de cumplir la función de un servicio divino y debe limitarse a ese ejercicio religioso.

H.- Para el judaísmo tardío bajo el dominio helenístico (335-63 a.C.), la filosofía significa lo mismo que religión. El historiador judío, Flavio Josefo, presenta a las comunidades hebreas de fariseos, saduceos y esenios como tres escuelas filosóficas y no religiosas tal como se conoce. Igualmente se equiparan filosofía y religión judía en el libro bíblico de los macabeos: donde el rey griego, Antíoco IV (Epifanes), desprecia el judaísmo como “*religión palabrera*” (2Mac 5,10); y a la inversa, los mártires macabeos figuran como representantes de la filosofía (2Mac 7, 9).

3.2.2.- DEFINICIÓN METAFÍSICA DE PERSONA

Aristóteles definió a la persona como un animal que tiene “*logos*”, es decir, como un animal racional que tiene capacidad de comprensión y expresión. En este sentido, “*logos*” significa tanto la capacidad de entender, como la capacidad de expresar lo entendido a través de la palabra. El “*logos*” no sólo abarca las funciones intelectuales, sino también las directamente conexionadas con ella, como por ejemplo, las funciones del apetito racional.

Cuando los escolásticos tradujeron “*logos*” por “*rationale*” conservaron esta amplia significación. “*Animal racional*” no significa en la filosofía medieval un animal dotado de inteligencia, sino también un animal dotado de todas las facultades superiores, es decir: la inteligencia, la voluntad y los sentimientos superiores y religiosos.

Todas estas definiciones ponen de manifiesto que la persona es un “*animal racional*”, y la racionalidad implica la libertad. La libertad supone que la persona no está definida, que puede hacer una cosa o puede no hacerla. Pero como eso está incluido en la racionalidad, su definición misma implica ya una indefinición de la persona en su función espiritual. En cuanto “*espíritu*” la persona es libre, en cuanto cuerpo se puede definir como “*todo cuerpo*”.

Pero, ¿qué quiso decir exactamente Aristóteles y los escolásticos medievales cuando tradujeron su definición como “*animal racional*”? La filosofía moderna entiende por “*racional*” ser intelectual; pero ni el “*logos*” griego, ni el “*rationale*” medieval, tal y como lo emplearon los escolásticos, tiene esta significación tan restringida.

Hoy en día casi nadie admite esta definición; unos porque consideran que no le va lo de animal; otros porque consideran que la racionalidad no es una conquista humana ya lograda, sino que la persona está en vías de “*Ser*” racional.

3.2.3.- LA “INTELIGENCIA” BÍBLICA FRENTE A LA FILOSOFÍA GRIEGA

3.2.3.1.- La antropología bíblica frente a la griega

Es indudable que la filosofía griega fue el origen del pensamiento. Frente a los mitos, los griegos dieron mucha importancia al conocimiento y el saber de las cosas a través de la razón. Esta ha sido el fundamento de nuestra civilización occidental.

Pero el mundo bíblico piensa y ve el entorno de diferente manera que la concepción empírica de influencia griega. El hebreo mira todo con “*los ojos del corazón*” y no con los de la razón. Su visión religiosa hizo que se fijase más en las cosas pequeñas que en los grandes planteamientos. Desde antiguo, su relación con Dios hizo que valoraran más la “*dimensión espiritual*” que la racional; los sentimientos y emociones frente a la *praxis* en todos los órdenes de la vida, incluso en las relaciones interpersonales.

El idioma griego clásico o “*koiné*” fue una lengua indoeuropea, el hebreo y arameo son lenguas semíticas. Esta diferencia lingüística hizo también que sus estructuras mentales y espirituales fueran completamente diferentes.

A continuación vamos a resumir las antagónicas concepciones y definiciones de ambas formas de “*Ser*”. Estas diferencias reflejan las dos visiones que griegos y hebreos tienen de las personas, la vida y el mundo que nos rodea¹³:

A.- EL GENIO GRIEGO

1.- El genio griego es esencialmente lógico, analítico y ordenador. La lógica es una palabra griega que deriva del

¹³ LOPEZ ASENSIO, A.; “*Sabiduría judía de Calatayud y Sefarad*”, Zaragoza, 2009, p. 23-24.

verbo “*lego*” (escoger, reunir, enumerar, narrar). De ahí proviene “*logos*” (enumeración, cuenta, palabra, tratado, razón). “*El espíritu griego en todo quiere comprender, buscando la razón de todo hasta la claridad perfecta. No por casualidad la palabra “logos” designa a la vez la razón, es decir, la explicación; y el lenguaje que para el griego es la expresión misma de la razón*¹⁴”.

2.- El griego siente la necesidad primordial de ver las cosas claras en su mente, de pensar las cosas. Para ello procura discernir bien los objetos de su conocimiento, definirlos por medio de la analogía y la abstracción. Tomando ese punto de referencia, ya es capaz de razonar, sistematizar, dirigir y construir.

3.- El griego ve al mundo como un cosmos, es decir, como un orden, como una organización armoniosa que la persona puede comprender, concebir, captar y utilizar. El mundo es un espectáculo contemplado desde el exterior.

4.- La mentalidad griega tiene una tendencia muy marcada hacia el dualismo que diferencia a la materia del “*espíritu*”, al cuerpo (*soma*) del alma (*psijé*). Un griego no comprende la resurrección del cuerpo, pues para él la muerte libera el alma de la cárcel del cuerpo. Su ideal, desde Platón, es la inmortalidad del alma, la incorruptibilidad. Este lenguaje griego presiona y perturba el lenguaje hebreo tradicional de unidad alma-cuerpo, como luego veremos.

5.- Aunque el tiempo es cambio, no es más que un perpetuo recomenzar, un retorno constante al punto de partida, un círculo cerrado e inmutable. El tiempo es cíclico, regulador, mecánico y ciego. No tiene novedad, todo se repite de forma cíclica.

B.- EL GENIO HEBREO

1.- Para la persona bíblica, el mundo no es un espectáculo que hay que contemplar para comprenderlo, sino que es una historia

¹⁴ FONTOYSONT; “*Vocabulario griego*”; p. 19; 2^a.

que hay que vivir. El hebreo no se preocupa por definir ese mundo, sino que reclama una enseñanza fundamentada en hechos. Mientras que los griegos buscan una “*sabiduría*”, los judíos piden “*señales*”.

2.- Las palabras hebreas “*jojmá*” (sabiduría) y “*jojam*” (sabio) se aplican a la facultad de formar los pensamientos que se suponen en concordancia con el orden divino del mundo. La sabiduría no proviene de la razón, sino de Dios.

3- El hebreo no se plantea el problema del conocimiento, porque no es una cualidad de la “*inteligencia racional*” en busca de una verdad objetiva, sino el cumplimiento y la realización de sí mismo apoyándose en Dios.

4.- La palabra no es un “*logos*” en el sentido griego del término (una palabra-pensamiento); sino el “*dabar*” hebreo que se traduce –no sólo por “*palabra*”- también por “*asunto*”, “*acontecimiento*”, “*cosa que viene*” (Gn 15, 1; 18, 14; 20, 8; 22, 1; 1 Re 11, 41).

La palabra “*dabar*” no dice lo que las cosas son en sí mismas, sino más bien para qué son; qué llegarán a “*Ser*” y cuál es su razón de “*Ser*¹⁵”. Una palabra no es simplemente la traducción de un pensamiento, es además un acto de poder, de dominio, de

¹⁵ Según el espíritu hebraico, “*el lenguaje no dice lo que las cosas son, sino lo que el sujeto hace de ellas... El hebreo no ve las cosas que hay en el mundo en lo que ellas son, sino en lo que ellas están llamadas a ser; y las refiere a su fin; las integra en un movimiento, en una historia. El hebreo, al hablar, se está afirmando a sí mismo como obrero de un mundo en movimiento, como agente de una historia que se está realizando. El hombre existe a imagen de Yahvé, el cual, después de crear el mundo, lo ordenó por medio de su palabra y continúa dirigiéndolo por medio de su palabra... Indiscutiblemente, el lenguaje refleja la manera con que el hebreo se sitúa en relación con las cosas. En su estructura profunda el lenguaje griego dice lo que es, tal como es, en el estado puro, geométrico y físico; lo que es tal como lo vemos, tal como lo ponderamos, tal como lo pensamos. El lenguaje hebreo traduce el sentimiento de los hombres que se dejan dominar por la visión de las cosas y por sus medidas; que buscan –más allá de las cosas en estado bruto- su significación, la voluntad que en ellas se expresa, la “palabra” que dichas cosas traducen. El griego mira al mundo para contemplarlo en la suprema “teoría”; el hebreo escucha al mundo para responderle. El griego es un sujeto pensante; el hebreo, un sujeto responsable. El griego reflexiona; le hebreo obedece”* (LEENHARDT; “*Cece estmon Corps*”; p. 28-29).

autoridad y de eficacia. La palabra hebrea es la expresión de la persona que conserva su valor unipersonal.

4.- Si para el griego el órgano humano privilegiado es el ojo, para el hebreo también será el oído. Por ello, el oído y los labios serán los órganos sociales y religiosos por excelencia¹⁶. Hablar-oír es el camino para que las personas se comuniquen y dialoguen.

3.2.3.2.- La “*inteligencia*” bíblica frente a la griega

El paso de la problemática de las filosofías griegas a la del mundo bíblico no puede darse más que por una renovación total del pensamiento, lo que Pablo de Tarso llama la “*renovación de la mente*”: “*No sigáis la corriente del mundo en que vivimos, más bien transformaos por la nueva mentalidad. Así sabréis ver cuál es la voluntad de Dios, lo que es bueno, lo que le agrada, lo que es perfecto*” (Rom 12, 2).

El Apóstol está convencido que la renovación de la “*inteligencia*” es posible gracias al “*espíritu*”: “*Tenéis que renovaros en lo más profundo de vuestra mente, por la acción del Espíritu*” (Ef 4, 23); el escenario por las que se actúa y se conoce.

La palabra que utiliza el Evangelio de Marcos para esta renovación entendida como conversión es “*metanoiete*” (arrepentíos): “*Arrepentíos (renovad vuestro corazón, vuestra inteligencia) y creed en el Evangelio*” (la buena noticia)” (Mc 1, 15).

¹⁶ En la Biblia se habla de la “*circuncisión*” de los oídos y de los labios (Jer 6, 10; Ex 6, 12, 30): operación que los pone en buena disposición y funcionamiento. Se habla también de la “*circuncisión del corazón*” (Dt 10, 16; 4, 4), porque el corazón, que es la sede de la inteligencia, “*escucha*”; y es adonde llega la palabra (Dt 30, 14; Jer 31, 33), eso es comprender.

La filosofía cristiana es un pensamiento que se desarrolla a partir de esta renovación de la “*inteligencia*”. Si por filosofía se entiende exclusivamente la filosofía griega, cierto que no hay filosofía cristiana. Si por “*razón*” se entiende las categorías del pensamiento helénico, cierto que la aportación bíblica no es racional. Entonces ¿la estructura profunda del pensamiento griego no es la misma que la del pensamiento bíblico? Toda la cuestión está en saber si las formas de la razón helena son las de la razón humana.

Es de notar que estas categorías se muestran cada vez más insuficientes en física, biología y psicología para comprender lo real. También en ciencia hay que renovar las categorías de nuestras categorías racionales. Es un buen síntoma para el pensamiento bíblico que, ante esta inadecuación, se encuentre del lado de la realidad viva. ¿Es capaz la lógica griega de comprender el crecimiento de un árbol a partir de una simiente?

Desde el punto de vista bíblico no hay oposición entre la fe y la “*inteligencia*”. Para los profetas, la “*inteligencia humana*” se sustenta en la persona que deposita su confianza en Dios y en su acción transformadora: “*Os daré un corazón nuevo y pondré en vosotros un espíritu nuevo; os arrancaré ese corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Pondré dentro de vosotros mi espíritu*” (Ez 36, 26-27).

La oposición entre la fe y la razón es una idea de filósofos, de filósofos griegos que analizan las categorías del pensamiento sin llegar a comprender lo que es la renovación de la “*inteligencia*” por el “*espíritu*” que aporta la fe. Por medio de esta renovación, el cristiano es una “*creatura nueva*”, un “*persona nueva*” que no busca el ideal griego de la “*eudaimonía*” (la dicha), ni se cree justificado por la “*arete*” (la virtud) y el “*soberano bien*” griego.

Pablo de Tarso dice al respecto: “*Hablamos, sin embargo, entre los perfectos, una sabiduría que no es de este siglo, ni de los principios de este siglo, que quedan desvanecidos: sino que*

enseñamos una sabiduría divina, misteriosa, escondida, predestinada por Dios antes de los siglos para nuestra gloria; que no conoció ninguno de los principios de este siglo” (1Cor 2, 6-8).

Aquí se refleja muy bien que la sabiduría cristiana no tiene nada en común con las filosofías paganas más que el nombre. Ella es de otro orden sobrenatural. Las categorías de la antigua sabiduría (dicha, virtud, bien) no son transportables en su dimensión nueva. Se trata de algo distinto; es otro lenguaje. Las sabidurías paganas siempre eran más o menos una acomodación, un arte de resignarse a la condición humana. Por consiguiente, el cristianismo no es una ética en el sentido heleno.

3.3.- LA “INTELIGENCIA” EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

3.3.1- EL “CORAZÓN”: ORIGEN DE LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”

La palabra hebrea “*leb*” se traduce normalmente por “corazón”, siendo uno de los vocablos antropológicos más frecuentes en el Antiguo Testamento y siempre relacionado directamente con la persona razonante.

La mayoría de los textos atribuyen al “corazón” funciones intelectuales y racionales, es decir, lo que nosotros asignamos a la cabeza y al cerebro: “*El corazón del inteligente busca ciencia*” (Prov 15, 14); “*El corazón del sabio hace grande su boca*” (Prov 16,23); “*Hay que contar nuestros días, y que esto nos enseñe a conseguir un corazón sabio*” (Sal 90, 12).

Estos textos ponen de manifiesto que la abundancia de conocimiento procede de un “*oír que sabe aprender*”. Por ello, la sabiduría de Salomón consiste en no pedir una larga vida, riqueza o la vida de sus enemigos, sino “*un corazón capaz de oír*” (1Re 3, 9-12). El “corazón” es sabio e instruido

precisamente en cuando dispuesto a oír: “*El corazón del inteligente consigue conocimiento, el oído del sabio lo busca*” (Prov 18, 15).

En tales contextos, “corazón” puede traducirse por “razón”. Este matiz es muy importante, pues el judaísmo bíblico nos da las claves de la espiritualidad: “*conocer a Dios con los ojos del corazón y no de la razón*”. El que quiere entenderlo intelectualmente nunca comprenderá su misterio. El que lo quiera comprender abiertamente con “*los ojos del corazón*”, experimentará su “*amor*” y su humanidad.

Pero el pensamiento bíblico también asocia la libertad humana con los pensamientos fabricados en su “corazón” que, por naturaleza, siempre piensa y se inclina al mal: “*Viendo Yahvéh cuanto había crecido la maldad del hombre sobre la tierra, y como todos sus pensamientos y deseos sólo y siempre tendían al mal...*” (Gn 5, 5); “*Los deseos del corazón humano, desde la adolescencia, tienden al mal*” (Gn 8, 21). Por consiguiente, la “inteligencia” es un acto que procede de la libertad del “corazón”, de una acción, de una elección, de una disposición del mismo “corazón” que deposita su confianza en Dios.

En consecuencia, el “corazón” bíblico, que simbólicamente representa los sentimientos y las emociones del interior de las personas, abarca todo lo que nosotros atribuimos a la “inteligencia”: capacidad cognoscitiva, razón, comprensión, ciencia, conciencia, memoria, saber, meditar, juzgar, orientar y sabiduría.

Todo ello es necesario para gustar a Dios dentro del “corazón”, dentro de nosotros mismos. Sólo experimentando a Dios podemos conocerlo (en primer lugar) para después entenderlo (en segundo lugar). Como buen conocedor de Dios, san Agustín de Hipona decía: “*cree (con el corazón) para que entiendas (con la razón), y entiende (con la razón) para que creas (en el corazón)*”.

Dios está en el “*corazón de cada persona*” y sólo hay que abrirle las puertas para que actúe y veamos la vida y los problemas vitales como los ve Él: con serenidad, “*amor*” y reconciliación. La persona está llamada a evolucionar y cambiar su conciencia moral desde la fe. La vida es la mejor escuela para alcanzar este objetivo, pues nos enseña su lección a diario: aprender a vivir, aprender de los errores y transformar el “*corazón*” (conversión) para cambiar, humanizar y evolucionar.

3.4.- LA “INTELIGENCIA” EN EL NUEVO TESTAMENTO

3.4.1.- LA FE ABRE LA “INTELIGENCIA” PARA COMPRENDER A DIOS

Nada más contrario a la teología bíblica de la fe y a su concepción de la “*inteligencia*”, que las dicotomías cartesianas entre la “*razón natural*” y la propia fe: el fideísmo. Según Descartes, la fe es el menester de la voluntad, no del “*espíritu*¹⁷”.

En el Nuevo Testamento la fe (llamada “*pistis*”) continúa lo que el Antiguo Testamento llama la “*inteligencia*” y conocimiento de Dios. Según el Evangelio de Juan, la “*pistis*” es el acto esencial de la persona: “*El que cree en Él no es juzgado; el que no cree, ya está juzgado, porque no creyó en el nombre del Unigénito Hijo de Dios. Y el juicio consiste en que vino la luz al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas*” (Jn 3, 18-19).

Por tanto, en el Nuevo Testamento la fe es también una “*inteligencia*”, un conocimiento. En el Evangelio de Juan, por ejemplo, va unida la fe con el conocimiento: “*Nosotros hemos creído y sabemos que tú eres el Santo de Dios*” (Jn 6, 69); “*Y nosotros hemos conocido y creído*” (1Jn 4, 16).

¹⁷ DESCARTES, R.; “*Reglas para la dirección del Espíritu*”, III, A.T., X, p. 370.

Para el evangelista Mateo, la fe como “*inteligencia espiritual*” (sobrenatural) es una acción que nace en los secretos del “*corazón*”, en la fuente del “*Ser*” que define su esencia y existencia. Pregunta Jesús: “*¿Crees tú esto?*” (Jn 11, 26), “*¿Creéis que puedo yo hacer esto? Respondiéronle: Sí Señor. Entonces toco sus ojos diciendo: hágase en vosotros según vuestra fe*” (Mt 9, 28).

Para Pablo de Tarso la fe es “*inteligencia*” del misterio de Cristo: “*Al leerlo podréis daros cuenta del conocimiento que tengo del misterio de Cristo*” (Ef 3, 4). El “*mysterion*” es inteligible e inagotable para la deleitación del “*espíritu*”. Aunque su contemplación nunca llega al fondo de Cristo, sin embargo, goza de Él eternamente.

3.4.2.- LA “*PERSONA-INTELIGENCIA*” EN PABLO DE TARSO

El Apóstol Pablo completa su visión antropológica con la consideración de la “*persona-inteligencia*” (*nous*). No se trata, como piensan los griegos, de una especie de órgano superior que es la sede de la “*inteligencia*”, del conocimiento y de la voluntad de la persona; sino de toda la persona considerada como una dimensión concreta de su vivir¹⁸ bajo tres perspectivas:

1.- La “*persona-inteligencia*” es su cualidad intelectual. Se trata de la persona como sujeto consciente, como el “*yo*” que “*sabe*”, que “*comprende*”, que “*decide*” (Fil 4, 7; 1Cor 14, 14-19; Rom 14, 5). En este caso es sinónimo de “*persona interior*” (óeso *ántropos*).

2.- Desde la perspectiva creyente, la “*inteligencia*” aparece como un “*plan*” de Dios y un conocer proyectado por la

¹⁸ GONZÁLEZ RUÍZ, J. M.; “*La Dignidad de la Persona según san Pablo*”, Instituto Social León XIII, Madrid, 1956, p. 99.

voluntad hacia la *praxis*. La persona posee “*un nous de Cristo*” (1Cor 1, 16), tiene su “*inteligencia*” iluminada por la gracia de Dios y puede, bajo su guía, trazar planes válidos para que la persona los lleve a la acción.

Por el contrario, los paganos que rechazan la manifestación de Dios en su conciencia o a través de la naturaleza, han incurrido en un “*nous descalificado*” (*adoximos vous*), es decir, su “*inteligencia*” ha quedado entenebrecida, dando entrada a errores sobre la divinidad, e inhabilitada para trazar un “*plan*” moralmente válido.

3.- Ahora bien, Pablo, consciente de sus principios, coloca a la “*persona-inteligencia*” dentro del marco de su salvación. La “*persona-inteligencia*” es lo que hoy llamariamos la razón y la voluntad humana.

En la carta a los Romanos queda patente: “*Yo soy un hombre carnal, vendido a la tiranía del pecado; verdaderamente lo que yo hago no lo comprendo, pues no hago lo que quiero, sino que hago lo que odio. Ahora bien, si hago lo que no quiero, estoy de acuerdo con la ley en que ella es buena; en realidad, no soy yo el que realiza la acción, sino el Pecado que habita en mí. Pues yo sé que en mí no reside bien alguno, quiero decir en mi carne; en efecto, querer el bien está a mi alcance, pero no así el llevarlo a cabo; ya que yo, por una parte, dejo de hacer el bien que quiero, y por otra realizo el mal que no quiero. Así, pues si yo hago lo que no quiero, no soy yo el que realiza la acción, sino el Pecado que reside en mí. Descubro, pues, esta ley: cuando quiero hacer el bien, se pone a mi alcance el mal. Pues yo realmente me complazco en la ley de Dios desde el punto de vista del hombre interior; pero advierto otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi razón y me encadena a la ley del Pecado, que está en mis miembros*

” (Rom 7, 14-23).

El Apóstol, con una fuerte experiencia de Dios tras su conversión en Damasco, llega a la convicción de que el mal nace de la razón vinculada a la propia naturaleza humana. Hacer

el bien nace de la “*espiritualidad*” que surge de la vivencia de Dios en el “*corazón*”, en su “*persona-inteligencia*”.

3.4.3.- LA “SABIDURÍA DE CONCIENCIA” EN PABLO DE TARSO

Para Pablo de Tarso “*débil de conciencia*” (1Cor 8, 7) es aquel que se deja influir por la conducta de las personas y el entorno que le rodea. Como Apóstol vivió una inestabilidad perpetua debido a esta “*debilidad*”. Estaba sometido a la persecución, a la turbación, al temor y a todas las pasiones que influían sobre sus actos. No era dueño de sí mismo.

Por el contrario, para el Apóstol “*sabio*” es aquel que “*sólo busca en su razón*” los motivos de su conducta. Completamente autónomo, no se pliega a las personas ni a los acontecimientos: es “*fuerte*”. En algunos momentos de su vida, Pablo fue “*fuerte en Cristo*”, lo que le dio sabiduría de vida y libertad de conciencia y acción.

La solución que plantea es sencilla: para obrar rectamente no basta seguir el dictado de la propia conciencia, aunque sea cierta y objetiva, sino incluso mirar a la conciencia del prójimo, aunque sea errónea.

En efecto, no hay que buscarla precisamente en la conciencia, sino más bien en la caridad (*amor*) como regla suprema de conducta. La moral helenística, por el contrario, enseña a vivir sólo siguiendo la voz de la propia conciencia (*sabiduría*) y relativiza la opinión de la persona. Para el Apóstol, la ley primordial no es ya nuestro propio interés, por muy elevado que pudiéramos concebirlo, sino el interés del prójimo.

Pero la libertad de conciencia (la protagonista del propio destino y de las propias decisiones) puede hacer caer a las personas hacia dos peligros: no cambiar al “*amor*” (ver la realidad sin “*amor*”) y caer en un relativismo egoísta: solo “*yo*” y no el bien del prójimo.

El bien del prójimo es lo que perseguimos, y no el nuestro; en esto no obedecemos a exigencias de fuera, sino a la presión del “*amor*”: ésta no instruye solamente sobre lo que es lícito o ventajoso, sino que hace buscar lo que es provechoso para los demás, lo que puede beneficiar al prójimo. Este es el sentido último de la “*inteligencia espiritual*” en Pablo de Tarso.

3.4.4.- LA “INTELIGENCIA” Y LAS VIRTUDES TEOLOGALES

Las virtudes teologales cristianas son espirituales y no psicológicas. Son del orden del “*pneuma*” (*espíritu*), y no de la “*psyche*” (relativa a “*sarx*” o carne). Un análisis psicológico nos permite distinguir lo espiritual de todo lo que no es:

1.- La fe (virtud teologal) no es una creencia que resulta de la psicología. El análisis psicológico puede afectar a todo el contexto de la fe y a todo lo que no es. Como ya hemos visto, la fe es una “*inteligencia espiritual*” (*sunesis pneumatiјé*) (Col 1, 9), un conocimiento sobrenatural que es dado por el “*espíritu*” (*pneuma*) de Dios.

2.- La caridad no es un “*amor*” afectivo, ni una filantropía que se explique por motivos psicológicos o humanitarios; tampoco un sentimiento, una afección, ni una pasión. Más bien es de otro orden: “*espiritual*” y sobrenatural.

3.- La esperanza nada tiene que ver con un optimismo natural o un temperamento feliz. También ella es una virtud sobrenatural porque es “*espiritual*”. Puede subsistir a pesar de los naufragios y del abandono humano; “*De profundis clamavi ad te domine*” (“*A ti clamo, Señor, desde lo profundo*”) (Sal 129, 1).

Los grandes escritores con fuerte experiencia de Dios no se han equivocado nunca. Siempre han distinguido lo que pertenece a lo psicológico (carnal, biológico, orgánico) de lo “*espiritual*”. Esta diferenciación ha sido el principio de toda “*espiritualidad*”

y mística de judíos, cristianos y musulmanes; así como del resto de religiones serias.

Toda la obra de san Juan de la Cruz y Teresa de Ávila se ha dirigido a dejar claro esta distinción entre el mundo afectivo del “*espiritual*” en unión con el “*espíritu de Dios*”, como veremos al final de este ensayo.

**4.- POR EL “*ESPIRITU DE DIOS*”
SE ALCANZA LA “*ESPIRITUALIDAD*”**

4.1- EL “AMOR DE DIOS”: PRINCIPIO DE LA “ESPIRITUALIDAD”

La “*inteligencia espiritual*” proviene del contexto bíblico de la palabra “*espíritu*”. Los significados que hoy se asocian a este vocablo en el lenguaje corriente plantean un problema. En la actualidad, el “*espíritu*” se define como oposición a lo corpóreo, al instinto, a la forma exterior de las cosas y a otras realidades análogas.

Sólo en el marco del acontecer que parte de Dios se puede hablar del “*espíritu*” desde un punto de vista teológico: este discurso teológico adquiere su univocidad a partir del hecho de que Dios ofrece la salvación presente, es decir, un proyecto de vida basado en el “*amor*” y el perdón, los fundamentos para que la vida encaje y tenga un sentido personal y práctico hacia los demás.

Para ello, debemos salir de nuestro escondite y aceptar dicha salvación (estabilidad personal y emocional) como un regalo del “*espíritu de Dios*” que remueve el interior de la persona. Dios da a todas las personas la vida, el soplo vital en toda circunstancia. La autodonación de Dios en el “*espíritu*” es directamente experimentable para todos aquellos que son afectados por ella.

Pero la donación amorosa de Dios encuentra su expresión especial y central en el hecho de que, en el Evangelio, Él llama a todas las personas a “*Ser hijos suyos*”, para que así conformen su voluntad a la voluntad divina, para que se renueven en su “*espíritu vivificante*”. De este modo, el “*espíritu de Dios*” sólo es acogido, reconocido y correspondido de un modo consciente por aquellos para quienes su acción es el fundamento de su querer y de su obrar, para los que “*andan según el espíritu*” (Gal 5, 15).

La característica fundamental de la manifestación del “*espíritu de Dios*” no es la vivencia de un poder superior, sino más bien

la conformidad de aquellos que son tocados por Él con su justicia y bondad; tal como se ha revelado a Moisés y los Profetas (para los judíos), en Jesucristo (para los cristianos), en Mahoma (para los musulmanes), y en aquellos que sigue revelándose a diario con su expresión de “*amor*”.

La presencia viva de Dios nos abre al otro y para el otro, pertenece necesariamente a la experiencia del “*espíritu*”. Es por ello que en la teología de Pablo de Tarso el “*espíritu*” toma las dos formas concretas siguientes: por un lado, los dones espirituales¹⁹ (1Cor 12) que se miden por el “*amor*” (1Cor 13); y por otro, el comportamiento de la “*persona nueva*” como fruto del “*espíritu*” (Gal 5, 22) como consecuencia del “*amor*”.

4.2.- EL “ESPÍRITU DE DIOS” EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

4.2.1.- EL “ESPÍRITU DE DIOS” COMO SOPLO DE VIDA: EL “RUAH”

Se llama “*espíritu de Dios*” (Filón de Alejandría lo denomina “*Espíritu Divino*”) y “*espíritu Santo*” (como lo denominaba la literatura rabínica hebrea y neotestamentaria cristiana) al “*espíritu*” de la persona que procede de Dios, pero, sobre todo, una entidad extrahumana que actúa de un modo autónomo y que realiza la obra de Dios sobre la tierra: perfeccionando la creación (Sab 1, 7; 12, 1) y proclamando la profecía inspirada por el “*espíritu de Dios*” como fuente de diálogo entre Él y las personas (Eclo 48, 12).

Hasta la época helenística (hasta el 313 a.C.), el Pueblo de Israel utiliza la palabra hebrea “*ruah*” para designar, en primer lugar, el hecho sorprendente de que se mueva lo inaprehensible: el “*aire*”. Pero lo que llama la atención no es tanto este

¹⁹ Los dones del espíritu son gracias especiales que otorga Dios a través del “*Espíritu Santo*” para fortalecer la vida de las personas creyentes: sabiduría, entendimiento, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios.

movimiento mismo, cuanto el dinamismo que en Él se manifiesta. El significado fundamental podríamos decir que es “*soplo*”, “*viento*”, es decir, un “*soplo de vida*” como consecuencia del influjo directo de Dios (Gn 8, 1; Am 4, 13; Is 40, 7; Sal 104,4).

Así pues, al hablar de la persona, el Antiguo Testamento bíblico no utiliza expresiones abstractas que clasifican con toda exactitud distintas facultades de la persona, sino más bien describe a la persona tal como aparece y tal como se comporta con su prójimo. Por eso, en el caso de “*ruah*”, el “*soplo vital*” es la expresión de la dinámica del comportamiento humano.

La diferencia con respecto al concepto de “*corazón*”, que tiene afinidad con el de “*espíritu*” y guarda cierto paralelismo con él (Ex 35, 31), hay que formularla a partir del modo distinto con que ambos se manifiestan: el “*corazón*” reside en la persona, ha sido creado también por Dios, pero no tiene las características de un don que entra y vuelve a salir de él como ocurre con el “*soplo*” fugaz del “*espíritu*”.

Si el “*corazón*” designa el querer, la decisión y la valentía; el “*espíritu*” indica la tendencia de la energía vital, la salida de sí mismo entendida como acción y también como éxtasis experiencial.

4.2.2.- EL “*RUAH*” COMO “*ENERGÍA VITAL*”

“*Ruah*” es expresión de la “*energía vital*” tanto individual (Jue 15, 19) como colectiva (Num 16, 22) de la que carecen los ídolos (Jer 10, 14), pero no Dios. En el interior de los ídolos de madera o de piedra no hay “*ruah*”, es decir, nada de “*aliento*” ni “*fuerza vital*” que haga posible un despertar y levantarse (Hab 2, 19; Jer 10, 14). Sólo cuando Dios mete el “*ruah*” como “*aliento*” en el “*corazón*” de la persona, se vivifican los cuerpos (Ez 37, 6.8-10).

Pero “ruah” no significa el “aire” como tal, sino el “aire” en movimiento que Dios utiliza como instrumento vivificante y bendición vital y personal. Por consiguiente, “ruah” indica casi siempre un fenómeno poderoso que depende de la disposición de Dios, el cual da este “viento” que es “fuerza de vida” creadora (Job 34, 14ss.; Sal 104, 29ss.). Es Él quien introduce el “ruah” en el interior de la persona (Zac 12, 1) y determina la duración de su misma vida (Gen 6, 3).

Por otra parte, el “ruah” de Dios no llega nunca a concebirse como la cualidad más elevada de la persona que la distingue del mundo animal. Más bien, dado que el “soplo” viene de Dios y el “espíritu” de la persona es un don de Dios, el “espíritu” es esencialmente algo divino. Este poder divino (Is 31, 3) está presente en todas partes y del que no podemos huir (Sal 139, 7).

En cuanto tal “fuerza dinámica” irrumpre en la persona (Jue 14, 6; 1Sam 16, 13), la reviste (Jue 6, 34), reposa sobre ella (2Re 2, 9; Is 11, 2), la impulsa (Jue 13, 25); todo esto caracteriza la influencia energética de Dios en su obrar amoroso que rebasa las posibilidades humanas.

4.2.3.- EL “RUAH” COMO “FUERZA DE VOLUNTAD”

Hemos visto que el “ruah” humano se manifiesta en el hecho de que expresa el fuerte “soplar del viento” y la actividad vivificante y autorizante de Dios. Pero “ruah” no sólo es apropiado para representar movimientos anímicos, sino incluso para ser vehículo de acciones energéticas de la voluntad humana (Esd 1, 5).

Fuerza y libertad de la voluntad humana dependen de la actividad de la energía de Dios²⁰. El que una persona sea viviente en cuanto “espíritu”, quiera lo bueno u obre con

²⁰ WOLFF, H.W.; “Antropología del Antiguo Testamento”, Sigueme, Salamanca, 2001d, p. 60.

autoridad, no le viene de sí mismo, sino del “*aliento*” de Dios que transforma el ánimo y la voluntad de la persona.

4.3.- EL “ESPÍRITU DE DIOS” EN EL NUEVO TESTAMENTO

4.3.1.- EL “ESPÍRITU DE DIOS” COMO “PNEUMA”

El Nuevo Testamento cristiano se escribió en lengua griega. Los evangelistas tradujeron el “*ruah*” veterotestamentario por la raíz griega “*pnew*”, de la que se deriva el concepto neotestamentario de “*espíritu*” (alma). Entre las expresiones que se derivan de dicho vocablo traducido del hebreo, encontramos las siguientes:

1.- “*Pneo*” significa “*soplar, insuflar*” (referido al viento y al aire en general, y también a los instrumentos musicales); “*repirar*” (también en el sentido de estar vivo); “*exhalar*” un aroma o algo semejante (también se dice del fuego: echar chispas); “*irradiar ira*”, “*valentía*”; pero también “*bondad*” (todo lo cual se concibe probablemente como llevado por el elemento aire).

2.- “*Pnoē*” se traduce por “*soplo, soprido, aliento, inspiración de una divinidad, exhalación y vaho*”.

3.- “*Ekpnéo*” significa “*exhalar, expirar, cesar de respirar (tanto en el sentido de morir como, como en el de perder el aliento), dejar de soplar*”.

4.- “*Pneúma*” es la expresión más común en el Nuevo Testamento para designar el “*espíritu*”, e indica lo que resulta de esta acción: el aire en movimiento como una sustancia especial que adquiere un poder efectivo a través de este movimiento. El significado primario de “*pneuma*” es pues, “*viento*”, “*soplo inspirado por Dios*”.

Según esta terminología, la persona puede participar de la naturaleza espiritual o “*neumática*” de Dios en Cristo, que es el

“*espíritu vivificante*”, el que tiene el poder de dar la vida porque es “*neuma*” y participa, por tanto, del poder creador de Dios. Pablo de Tarso lo deja claro: La persona será “*neumática*” o espiritual, llegará a ser un “*neuma*” con Cristo (1Cor 6, 17). De esta manera, la naturaleza humana será del mismo orden que la de Dios en Cristo Jesús. “*Ser en el neuma*” (vida espiritual) o ser él mismo “*neuma*”, al igual que Dios en Cristo Jesús.

El “*espíritu*” se asienta en el propio organismo físico de la persona para ir depositando en él un germen invisible pero eficaz. Si la persona es cuerpo y “*espíritu*” (alma), por naturaleza también es espiritual porque es “*espíritu*” invadido e impulsado por lo divino, la fuerza directriz que impulsa a la persona.

El vocablo “*pneuma*” aparece con fuerza en el Evangelio de Juan, el cual relata que Jesús dijo a Nicodemo: “*El viento de donde quiere sopla, y oyes su sonido, mas no sabes de dónde viene, de donde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu*” (Jn 3, 8). Así como el viento es invisible y, sin embargo, se ven y se sienten claramente sus efectos, así obra el “*espíritu*” de Dios en el “*corazón*” humano. El poder regenerador que ningún ojo humano puede ver, engendra una vida nueva en el interior; crea un nuevo ser conforme a la imagen de Dios. Aunque la obra del “*espíritu*” es silenciosa e imperceptible, sus efectos son manifiestos. Cuando el “*corazón*” ha sido renovado por el “*espíritu*” de Dios, el hecho se manifiesta en la vida.

En la literatura Apostólica posterior (a partir de la muerte de Jesús), el “*espíritu de Dios*” será traducido como “*alma humana*”, una palabra que proviene del vocablo latino “*ánima*”, que significa “*lo que anima*”, en el sentido de aquello que fortalece a la persona y le da su fuerza vital: vivificación.

4.4.- “EL ESPÍRITU DE DIOS” EN PABLO DE TARSO

4.4.1.- “SOMA-PNEUMATIKOS” EN PABLO DE TARSO

Para Pablo de Tarso, el concepto de “*espíritu*” está esencialmente opuesto al de “*carne*” (cuerpo) (Rom 8, 2-13; Gal 5, 17). En efecto, la noción de “*sars*” o “*carne*” en Pablo juega un papel decisivo en su antropología. Jamás tiene el alcance que le da la filosofía griega: la esencia corporal, es decir, el propio cuerpo en cuánto substancia biológica.

Para Pablo “*carne*” no designa solamente la esencia material, sino que se aplica a toda persona inmersa en el vivir terrenal bajo tres fundamentos teológico-metafísicos²¹:

A.- Al principio de su apostolado, la palabra “*carne*” tiene un sentido análogo a “*cuerpo*”: el “*Ser humano*” corporal viviente (Gal 4, 13; 2Cor 12, 7; 2Cor 4, 11; 1Cor 5, 5).

B.- Partiendo de este significado, la expresión paulina se va diferenciando cada vez más de la inicial. “*Carne*” va adquiriendo una más concreta significación: el “*Ser humano*” en su debilidad y caducidad, en contraste con Dios y su “*Ser-Espíritu*” (Gal 1, 16; 1Cor 15, 50; Rom 9, 7-8).

C.- Aplicando más esta noción de “*persona-carne*” al terreno “*ético-religioso*”, Pablo emplea una fórmula en la que se contiene una buena dosis de su teología de la salvación: “*en carne*”. En efecto, el “*Ser*” de una persona no se determina por algo constitutivo de la esencia o por lo que en sí tiene, sino por un ambiente dentro del cual se mueve y que demarca su horizonte, es decir, las posibilidades de su hacer y de su recibir.

Por consiguiente, “*carne*” es la realidad humana en su debilidad, su caducidad, su limitación: todo ello en contraste con la realidad de Dios y de su “*Ser-Espíritu*”. Pero “*carne*” no define solamente al Ser Humano en sí mismo, sino toda la esfera de lo humano, todo lo que en el mundo creado toca de

²¹ IBIDEM, p.p. 229-234.

cerca o de lejos a la persona, todo lo que lleva su impronta o la huella de su dominio, todo lo que es humanizado por la persona²².

Así pues, “en carne” se mueve el “vivir” (Gal 2, 20; fil 1, 22), el “caminar” (2Cor 10, 3) del “Ser humano” en general. Por tanto, “vivir” o “caminar en la carne” significa simplemente “vivir como persona la propia vida” en un ambiente y atmósfera del quehacer vital.

Por el contrario, el “espíritu” es más bien una creación de Dios: habita en nosotros como “espíritu de Dios” (Romo 8, 9; 1Cor 6, 19); actúa en nosotros como una fuerza. Por eso estar “en Él” equivale a estar en el ámbito de acción en la que “habita el espíritu” (Rom 8, 9). Para Pablo “tener el espíritu” no quiere decir otra cosa sino el “espíritu” mismo que clama en el “corazón” de los creyentes (Gal 4, 6), pues el “espíritu” es la fuerza que proclama este clamor.

La antítesis entre “espíritu” y “carne” (cuerpo) se manifiesta en la contraposición entre la persona y su modo de “Ser”, por un lado; Dios y su acción, por el otro (Gal 3, 2-5, Fl 3,3). Por eso el “espíritu” debe optar entre construir la propia vida sobre las acciones que dependen de nosotros mismos o sobre el mensaje de la fe, es decir, sobre lo que Dios lleva a cabo en nosotros y por nosotros.

Por consiguiente, en la teología de Pablo hay una oposición radical entre, por una parte “estar en la carne”, y, por otra, “estar en el Espíritu” (Rom. 8, 9); “estar en Cristo” (Fl 16) o “estar en la fe” (Gal 2, 20).

Para el Apóstol no “estar en el Espíritu” se relaciona directamente con las “obras de la carne”, es decir, con los defectos propios de la naturaleza humana: “son manifiestas: fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, magia, odios,

²² LOPEZ ASENSIO, A.; “La esencia Existente (metafísica)”, p. 28.

discordias, celos, resentimientos, discusiones, sectas, envidias, borracheras, orgías y cosas por el estilo” (Gal 5, 19-21).

Pero enfrente de la “*esfera de la carne*” está la “*esfera del Espíritu*”: “*El fruto del espíritu es amor, gozo, paz, magnanimitad, servicio, bondad, fe, mansedumbre, continencia...*” (Gal 5, 22-23).

En definitiva, la “*inteligencia espiritual*” consiste en la ruptura personal y existencial de todo lo que implique “*no amor*” para caminar por una vida conforme a los postulados del “*amor*” que consisten, entre otras actitudes humanas, en pensar bien, oír bien, ver bien y hablar bien. Ello sólo es posible si hay un cambio interior fruto de un encuentro y experiencia personal con Dios, el cual toca el “*corazón*”, seduce la “*inteligencia*” y transforma la totalidad de la persona.

4.4.2.- LA IMPORTANCIA DE “SER EN DIOS”

Pablo de Tarso es el primero en tratar en sus cartas el tema de la “*espiritualidad*” como experiencia de fe en Dios. Tras su conversión, el Apóstol sigue creyendo en el Dios de Israel (Dios Padre), pero también en Jesucristo como Hijo de Dios porque ha sido resucitado de entre los muertos por el mismo poder de Dios.

Para Pablo, la persona, por “*ser en cristo*”, es un “*neuma*”, un ser invadido por lo sobrenatural gracias a la instalación en él del mismo “*Espíritu Santo*”: el “*espíritu de Dios*”. La persona será plenamente persona espiritual cuando llegue a ser verdaderamente “*en Cristo*”.

Veamos a continuación como articula el Apóstol esta experiencia teológica para comprender mejor la génesis de su “*espiritualidad*”, síntesis viva de lo que será a partir de entonces la “*espiritualidad*” cristiana hasta nuestros días.

4.4.3.- CRISTO VIVIENDO EN NOSOTROS

El primer texto en que Pablo de Tarso habla de un “vivir de Cristo en la persona” se halla en la segunda carta a los habitantes de Corinto: “*Pero llevamos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros. En mil maneras somos atribulados, pero no nos abatimos; en perplejidades, no nos desconcertamos; perseguidos, pero no abandonados; abatidos, no nos anonadamos; llevando siempre en el cuerpo la nekrosis de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Pues, efectivamente, siempre nosotros, mientras vivimos, estamos entregados a la muerte por motivo de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal, de suerte que en nosotros obra la muerte: en vosotros, la vida*” (2Cor 4, 7-12).

Pablo lleva también en su cuerpo la “nekrosis” de Jesús, ese permanente “estar-a-la-muerte”; pero, al mismo tiempo, la vida de Jesús, esa vida victoriosa que acabó con la muerte, también impera en la persona de Pablo liberándolo constantemente de peligros mortales. El Apóstol, y como él todo cristiano, refleja en sí el “*morir al no amor (pecado)*” y el “*vivir para Cristo*” en una vida que ha sido transformada al “*amor*”, y todo gracias a que Cristo ha sido causa eficiente de ello con su poderosa resurrección.

4.4.4.- REVESTIRSE DE CRISTO

4.4.4.1.- **Revestidos de Cristo: revestidos al “amor”**

Pablo de Tarso no deja de repetir que los cristianos son personas “*revestidas de Cristo*”: “*Todos cuantos habéis sido bautizados en Cristo os habéis vestido de Cristo*” (Gal 3, 27).

Siempre explica su pensamiento con bastante claridad. La nueva fe en Cristo es un rasero que a todos iguala: se acabaron las castas, las desigualdades, las diferencias, los privilegios de

elección: “*Ya no hay judío ni griego, esclavo ni libre, macho ni hembra. Todos sois uno en Cristo Jesús*” (Gal 3, 28).

“*Vestirse de Cristo*” es representar a Cristo, reproducirlo en el nuevo estado de vida. Quizá la metáfora, en último término, se refiere a la costumbre litúrgica del bautismo por inmersión de los primeros tiempos del cristianismo. El catecúmeno se despojaba de su vieja vestidura al entrar en la piscina bautismal, y salía de ella vestido con la túnica blanca del neófito fortalecido y renovado personal y espiritualmente. La “*persona en Cristo*” es una “*persona nueva*” que sustituye a la “*persona vieja*”.

En la Epístola a los Efesios, Pablo repite la misma fórmula, concretando aún más su contenido: “*Dejando, pues, vuestra antigua conducta, despojaos del hombre viejo, viciado por la corrupción del error; renovaos en vuestro espíritu y vestíos del hombre nuevo, creado según Dios en justicia y santidad verdaderas*” (Ef 4, 22-23).

Esta desvestición se refiere siempre a la deposición de los pecados (el “*no amor*”): “*Pero ahora despojaos también de todas estas cosas: ira, indignación, maldad, maledicencia y torpe lenguaje*” (Col 3, 8). Para Pablo, despojarse de todas esas faltas de “*amor*” es, en definitiva, despojarse del “*hombre viejo*”. La vestición de la “*persona nueva*” es la adopción de una nueva moral, cuyo único y supremo modelo es Jesús de Nazareth como persona humana, amorosa y vencedora de la muerte y de la maldad.

4.4.4.2.- Las consecuencias de revestirse de Cristo

En un pasaje de la Epístola a los Romanos, Pablo resume toda la moral cristiana insistiendo, una vez más, en esta teología del revestimiento de Cristo: “*Y ya conocéis el tiempo, y que ya es hora de levantaros del sueño, pues nuestra salud está ahora más cercana que cuando empezamos a creer. La noche va muy*

avanzada y se acerca ya el día. Despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas y vistámonos de las armas de la luz. Andemos decentemente y como de día, no viviendo en comilonas y borracheras, no en amancebamientos y libertinaje, no en querellas y envidias; antes vestíos del Señor Jesucristo y no os deis a la carne para satisfacer sus concupiscencias”

(Rom 13, 11-14)

“*Vestirse de Cristo*” es, pues, instalar en el propio “*Ser*” toda la luminosidad de “*vivir en Cristo*”. Pero el “*vivir de Cristo*” que incorpora la persona espiritual a la propia vida, es, en concreto, el ejercicio de las virtudes aportadas por Él como modelo ejemplar.

Cuando Pablo enumera estas virtudes cambia de registro según las circunstancias, pero como subsuelo de todas ellas subraya fuertemente el “*amor*”: “*Vosotros, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, revestíos de entrañas de misericordia, de bondad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia, si uno tiene una queja contra otro; como el propio Señor os perdonó, así también vosotros. Y por encima de todas estas disposiciones revestíos de la caridad, a saber, del vínculo de la perfección*”

(Col 3, 12-14).

Por consiguiente, “*estar revestido de Cristo*” equivale matemáticamente a esta otra fórmula: “*estar revestido del amor*”. Esto es importante, ya que la persona espiritual está llena e impregnada de Dios y, como tal, revestida de “*amor*”, del “*amor*” que Dios insufla y llena en el “*corazón*” de las personas y modifica su proyecto de vida como “*una persona nueva*”.

Dicho de otra manera; la “*persona nueva*” se ha convertido en “*persona espiritual*” por la acción de Dios que ha operado en ella. A partir de entonces, no debe perpetuarse en los vicios, miserias y maldades de la condición humana, sino más bien lo contrario, debe caminar en el “*espíritu de Dios*”, en las buenas

obras con un interior abierto y humano. No sólo hay que ser buenas personas, sino también hijos de Dios.

Podemos resumir que “*vivir en Cristo y en Dios*” es la razón de ser de la “*espiritualidad*” humana. Fuera de esta relación amorosa no es posible la “*inteligencia espiritual*”, sino más bien el sensacionalismo existencial y emocional al que tantas veces hemos aludido con anterioridad.

4.5.- EL CONCEPTO DE “CUERPO-ESPÍRITU” EN LA PERSONA

4.5.1.- LA PERSONA COMO CUERPO Y “ESPÍRITU”

El “*ruah*” del judaísmo tradicional, entendido como el “*espíritu*” insuflado por Dios a la persona como “*fuerza vital*”, es una realidad que, junto al cuerpo, se considera como un todo unitario de la persona.

La mentalidad hebrea considera que la muerte no es una separación del alma y el cuerpo, ya que el alma no se opone al cuerpo. Si la persona es un “*napas*” o “*espíritu viviente*” y vive como “*napas*” (la persona no sólo tiene un alma sino que es un alma); también es un cuerpo o “*nefesch*”, que después se tradujo con las palabras griegas: “*sisis*” o “*soma*” (corporeidad). La persona es creada por Dios como cuerpo y “*alma viviente*” a la vez (Gen 2, 7).

El mundo bíblico no entiende que un cuerpo no contenga un alma, ya que un “*espíritu viviente*” tiene que convivir con todo su cuerpo e integridad corporal. Si desaparece el alma no queda el cuerpo; no queda nada sino polvo. Tan verdad es decir: “*somos cuerpo*”, como decir: “*somos espíritu*”. El hebreo emplea indistintamente (para designar a la persona) los términos alma y cuerpo, ambas se refieren a una sola y misma realidad: la persona viva en este mundo y en el venidero²³.

²³ LOPEZ ASENSIO, A.; “*La esencia Existente (metafísica)*”, p. 26

Esta concepción es asumida por el cristianismo nacido del judaísmo. En la teología de Pablo de Tarso queda patente que el cuerpo o “*soma*” no es una estructura humana exterior al “*Yo*” real de la persona donde reside el “*espíritu*” o alma, sino que caracteriza esencialmente a ese “*Yo*”, es decir, al “*Ser*” (cuerpo y alma) en su totalidad como unidad personal. Ya no es exacto decir: la persona tiene un “*soma*”, sino: la persona es “*soma*²⁴” porque también es alma.

4.5.2.- EL DUALISMO “CUERPO-ESPÍRITU” EN LA ÉPOCA HELENÍSTICA

El tradicional concepto hebreo de unidad personal cuerpo-alma que acabamos de ver, va a cambiar bajo el dominio griego en la tierra de Israel (a partir del 332 a.C.). El dualismo griego va influir en la teología bíblica, de tal manera, que la concepción de “*espíritu*” se va a contraponer a lo corpóreo, es decir, la noción de cuerpo o “*soma*” como “*forma*” constituida y concreta será independiente del “*espíritu*” o alma. Dicho de otro modo, hay una separación entre cuerpo y alma, una dualidad que asumirá el cristianismo hasta nuestros días.

La palabra cuerpo sugiere a nuestra mentalidad occidental moderna la idea de una envoltura material en la que radica el “*espíritu*” (el alma). La idea de cuerpo también gira en torno a la antropología cartesiana, según la cual las personas son “*espíritu*”, siendo el cuerpo un mero envase extrínseco donde aquél esta contenido²⁵.

Ambas posturas parten de la misma perspectiva: el cuerpo es la esencia material, el envase, el soporte. El “*espíritu*” es lo otro: lo que anima la vida, el ser activo y determinante del vivir humano. Por consiguiente, para el mundo griego la noción de

²⁴ IBIDEM, p. 85.

²⁵ LOPEZ ASENSIO, A.; “*La esencia Existente (metafísica)*”, p. 25.

cuerpo o “*soma*” (como “*forma*” constituida y concreta) es independiente del “*espíritu-alma*”, que es su contenido.

Este dualismo metafísico tiene también su proyección en la esfera moral. El cuerpo (animado por el alma inferior) es intrínsecamente malo y está en perpetua oposición con el alma superior. La victoria de la persona consiste en la completa supresión del cuerpo y en la preeminencia pura, absoluta y eterna del alma (*espíritu*).

5.- LA FE COMO SOPORTE DE LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”

5.1.- SIN FE EN DIOS NO HAY “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”

La increencia y el laicismo actuales no hacen sino rechazar a Dios para que cada uno construya su propia religión idolátrica a medida. La razón ampara los nuevos conceptos religiosos de las personas, pero una razón sin fe se convierte en ciega, egoísta y con prejuicios; actitudes que potencian los defectos propios de la condición humana contrarios al “*amor*”, contrarios a Dios que es “*amor*”, contrarios a la vida espiritual, a la vida interior.

Hoy en día se nos invita a creer en la diosa razón, como si ella fuera la auténtica solución a nuestros problemas. Pero las personas tendemos a razonar mal, muchas veces llevados por nuestros intereses personales y nuestras emociones cargadas de prejuicios, odios, rencores, venganzas y soberbias.

Solo la fe en Dios nos ayuda a razonar bien, a mirar las cosas como las ve Dios, a pensar cómo piensa Dios, a escuchar como escucha Dios. Si vemos nuestro mundo y la realidad desde nuestra perspectiva, seguiremos caminando en la oscura esclavitud que nos lleva a creernos los mejores, infalibles, perfectos y, por consiguiente, a creernos dioses cerrados al “*amor*”. El gran pecado es creer que esa conducta es la correcta; la justificamos y defendemos porque creemos que es lo verdadero.

En un mundo cada vez más secularizado, en el que el laicismo creciente se está imponiendo, muchos cristianos son perseguidos y rechazados por manifestar su fe. A lo largo de la historia, infinidad de cristianos han sido pisoteados por manifestarla. ¿Somos tan valientes como ellos en la vida cotidiana: nuestro trabajo, relaciones sociales y familiares? ¿Cuándo tenemos ocasión de defender aquello en lo que creemos?

Las personas con “*espiritualidad*” religiosa tienen que ser coherentes y dar testimonio sin miedo “*al qué dirán*”. Hay

situaciones que se presentan diariamente en las que se exige valentía, aunque eso implique que seamos excluidos de círculos personales, ridiculizados, señalados y relacionados con pensamientos arcaicos. Se dice, aunque sin fundamento, que el incrédulo es racionalmente progresista, el creyente un conservador al que no interesa su opinión. El creyente debe ser valiente y dar testimonio con su ejemplo de vida y de fe aunque sea a contracorriente.

Por último destacar que la fe hace libre a la persona porque le ayuda a aceptar o rechazar a Dios después de intentar conocerlo o entenderlo. No creer hace que las personas sean esclavas de sí mismas porque se cierran al conocimiento de Dios. La búsqueda de la “*inteligencia espiritual*” favorece que la persona busque “*a Dios*” como origen del sentido último de la vida, y “*en Dios*” como estabilizador emocional, afectivo y sensorial.

Muchas de las depresiones, complejos, traumas, trastornos y desórdenes afectivos son un buen pretexto para encontrar en la “*espiritualidad religiosa*” la necesaria serenidad y paz interior que ayude a superar la angustia, la ansiedad y los miedos; así como entender la muerte física y personal, el sufrimiento y los problemas, confusiones, desorientaciones, preocupaciones y dificultades personales por muy duras que parezcan.

5.2.- LOS CAMINOS DE LA FE EN EL ANTIGUO TESTAMENTO BÍBLICO

5.2.1.- LA REVELACIÓN DE DIOS: ORIGEN DE LA FE

Los pueblos semitas que vivían alrededor del Israel bíblico condicionaron la vida y la fe del Pueblo hebreo: el Pueblo de Dios. A veces, muchos relatos de la Biblia tienen una fuerte dependencia, incluso literaria, de mitos y tradiciones de esos pueblos, especialmente de babilonios, egipcios, cananeos y fenicios. Entonces, uno se pregunta: ¿dónde está la autoridad de la Ley de Dios? ¿Dónde está la revelación y la fe?

En la Biblia hay también errores científicos: la creación en seis días, el geocentrismo, etc. Cuando la gente sencilla y creyente busca en la Biblia valores espirituales, se encuentra con cosas que le escandaliza porque no tiene una fe bien formada, sólida y profunda. Le falta cultura religiosa para interpretar correctamente estos relatos.

Se preguntan: ¿dónde están los valores espirituales de la Biblia? En ella se encuentra el odio al enemigo (recordemos, por ejemplo, el caso del “*herem*” (el anatema o exterminio de los vencidos: Dt 7, 1-2), escándalos como la poligamia (Gn 4, 19; Gn 16, 1-4; 1 Sam 1, 2-17; 1Re 11, 3), los abusos sexuales (Ex 22, 22-24) o incluso los combates de Dios bajo el título: “*el Dios de los Ejércitos*” (Sal 84, 8; Is 51,15; Zac 4, 6).

La gran tentación de los israelitas fue abandonar a Dios en algunos momentos de su historia porque fue un Pueblo de dura cerviz. Si Israel tuvo a Dios fue a pesar de Israel, no como un fruto espontáneo de su naturaleza religiosa, sino como algo que se le impuso desde fuera.

Entonces, ¿dónde está la revelación?, ¿dónde está la autoridad divina de la Ley y dónde está la “*espiritualidad*” en la Biblia?, ¿Cómo se puede hablar de derecho divino positivo, si vemos de donde vienen sus tradiciones y relatos?, ¿Cuáles son las señales de una intervención trascendente, es decir, algo que supere la historia y el acontecer humano?

Esto solo se explica mediante el principio que los teólogos llamamos “*revelación*”. Hacerse “*ver*” implica tener un conocimiento contemplativo, no externo. La contemplación se describe como si Dios hablase, como si dialogase, como si se le viese la cara, el rostro. Dios no tiene cara ni rostro, sino que se vive como experiencia en el “*corazón*”. Dios se deja “*ver*” de muchas maneras: por su justicia, por su “*amor*”, por su potencia, por su misericordia, por su clemencia y, sin embargo, no es nada externo, no es nada visible, ni sensible.

Abraham, Moisés y los Profetas experimentaron a Dios, no lo vieron. A Dios no lo ha visto nadie jamás. Dios no solamente se revelaba, sino que se hizo “*ver en el corazón*” y se dejó “*conocer*”. Estos personajes bíblicos experimentaron y luego, según esta experiencia, se produjo en ellos un principio dinámico que les hizo formular las relaciones personales con Dios, lo que fue Dios, lo que fueron los seres humanos, lo que fue el mundo. Todos recibieron la misión de comunicar la fe y la “*revelación*” que recibieron de Dios.

Por eso, el problema de la “*revelación*” no estuvo en el material que tomaron del exterior, sino en los elementos específicos del Pueblo hebreo. Lo peculiar, lo exclusivo, lo típico de Israel no vino de una comunidad anónima, sujeta a fluctuaciones de la historia, sino de unas personas que nosotros llamamos inspiradas por Dios.

Otro dato original es el monoteísmo como raíz de una moralidad religiosa sin parangón. Este monoteísmo tuvo tal fuerza, tal potencia, que fue unificando todas las tradiciones externas y modificando su significado teológico en los diferentes relatos bíblicos. Ha tenido tal dinamismo y originalidad estos relatos, que han influido a lo largo de la historia en occidente, hasta tal punto, que los que hoy predicaban que son ateos o que son indiferentes (agnósticos), están viviendo de los valores y principios bíblicos que han llegado a ellos a través de la Biblia.

5.3.- LOS CAMINOS DE LA FE EN EL NUEVO TESTAMENTO

5.3.1.- LA FE EN LOS EVANGELIOS SINÓPTICOS

Tanto el judaísmo, como las primeras comunidades cristianas dan mucha importancia a la confianza en Dios, a la realización de su voluntad y a la santificación de la vida cotidiana. Si el judaísmo lo hace a partir del cumplimiento de la Torá y la Ley

de Moisés; el cristianismo a través de la figura y enseñanzas de Jesús de Nazareth.

Los evangelios de Mateo, Marcos y Lucas usan el término griego “*pistis-pisteúo*” para dar continuidad al concepto de fe judía: confiar, fiarse de Dios, experimentar y saborear a Dios por los sentidos, conocer a Dios a través de “*los ojos del corazón*” y no de la razón²⁶. Por tanto, la “*pistis*” es una relación entre Dios que da y la persona que recibe. Esta visión se contrapone a la del mundo greco-latino, más preocupado por conocer a Dios racionalmente.

Muy a menudo encontramos en las paráolas milagrosas de Jesús de Nazareth alusiones a la fe del enfermo o de los que le rodean (Mc 2, 5; 5, 34; Mt 8, 10). Se alude a la confianza en la misión de Jesús y en su poder para salvar a aquel que lo necesita. Estas acciones salvíficas están al servicio de su misión y quieren corroborar una fe preexistente.

La fe neotestamentaria es un “*contar-con-Dios*” que no se da por satisfecho con lo dado y con lo hecho. No hay que olvidar que todo llamamiento y toda afirmación de Jesús implican la fe, la confianza, el conocimiento, la decisión, la obediencia y la entrega. Sin estas actitudes, la persona no abre su “*corazón*” a su mensaje y, sin mensaje, no hay fe posible.

5.3.2.- LA FE EN PABLO DE TARSO

Pablo de Tarso continuamente hace alusión a la fe, entendida como un movimiento interior de la persona hacia Dios, una relación vital con Él, un acontecimiento salvífico, “*La justicia de Dios*” (Rom 2, 22), una “*carrera para alcanzar a Cristo, que primero lo ha alcanzado*” (Flp 3, 12), un “*corre hacia la meta, para lograr el premio de la suprema vocación de Dios en*

²⁶ VÉASE EL CAPÍTULO: (3.4.1.- LA FE ABRE LA “INTELIGENCIA” PARA COMPRENDER A DIOS).

Cristo Jesús” (Flp 3, 14), “*Un vivir en la fe del Hijo de Dios que me amó y se dio a sí mismo por mí*” (Gal 2, 20). Así como un inicio por medio del “*Espíritu Santo*” para alcanzar la perfección de Cristo, el Señor (Gal 3, 3, Ef 4, 13). Para el Apóstol, la fe es vida y “*el vivir es Cristo*” (Flp 1, 21).

Los escritos paulinos describen el modo pagano de vivir con las expresiones “*según la carne*” (Rom 8,4), “*al modo humano*” (1Cor 3,3). Por el contrario propone: “*caminar en Cristo*” (Col 2, 6), vivir “*según el espíritu*” (Rom 8, 4), “*en espíritu*” (Gal 5, 16), “*según el amor*” (Rom 14, 15), “*en el amor*” (Ef 5, 2, “*como hijos de la luz*” (Ef 5, 8).

Como el anuncio de Jesucristo tiene por finalidad que la persona abandone una vida egoísta y desordenada (Gal 5, 16) por una “*vida nueva*” (Rom 6, 4). Sólo pertenece a ella la cuestión sobre “*cómo debéis comportaros para agradar a Dios*” (1Tes 4, 1), que se repite de muy diversas formas en las invitaciones paulinas.

Pablo parte de que la persona, bajo la ley del judaísmo y del paganismo “*no creyente*”, está presa del “*yo*” y no puede cumplir la voluntad de Dios. Con la “*fe en Cristo*” se le promete -como regalo divino (Ef 2, 1ss.)- la liberación de su esclavitud ególatra que impera en el “*corazón*”.

Con la liberación puede ya servir a Dios y al prójimo (Rom 7, 6). No obstante, es preciso exhortarle una y otra vez a que viva en esta nueva realidad, pues, aún como creyente, vive todavía “*en la carne*” (2Cor 10, 2) y permanece expuesta a la tentación de andar “*según la carne*” (1Cor 3, 3), es decir, obrar egoístamente y confundido en cualquier momento.

5.3.3.- LA FE EN EL EVANGELIO DE JUAN

Los escritos del evangelista Juan describen las dos posibilidades de la existencia humana: la vida en la fe y la vida en la incredulidad. Expresiones como “*caminar en la verdad*”

o “en la luz” y “caminar en las tinieblas” no expresan una conducta moral o inmoral, sino la orientación hacia Dios o hacia la propia autosuficiencia. Dicho de otra manera, “Caminar en la luz” significa: estar vuelto hacia Dios por la fe en Jesucristo (Jn 12,35ss.); y “caminar en tinieblas” significa: estar cerrado a Dios.

La persona que se cierra a Dios no camina la verdadera “vida” (Jn 12, 35). En cambio Jesús ha venido “como luz del mundo” para que todos los Seres Humanos encuentren la verdadera “vida” (Jn 8, 12) cuando escuchan la Palabra de Dios y oyen su llamada en el interior y la siguen.

El “caminar en la luz” o “Caminar en la verdad” tiene un aspecto ético donde la “vida” está orientada por el “mandamiento del amor” (1Jn 2, 6; 2Jn 6), como fue la de Jesús (Jn 13, 14; 1Jn 4, 11-19). Se trata, por tanto, de la entrega total a Dios, al prójimo y al mundo.

El “caminar en tinieblas” designa paralelamente una forma de comportamiento que no corresponde con la comunión con Dios (1Jn 1, 6), y no está determinado por el “amor” sino por el egoísmo, la venganza y el odio (1Jn 2, 11).

Por consiguiente, para Juan fe y conocimiento (Jn 6, 69), conocimiento y fe (Jn 17, 8; 1Jn 4, 6) no son procesos diferentes y separados entre sí, sino orientados desde diferentes puntos de vista: sólo la fe que acepta el testimonio de Jesucristo conoce para “camina en la luz”; y viceversa: el que conoce “camina en la verdad” (Jesucristo) y se orienta hacia la fe.

En la teología de Juan existe también una estrecha relación entre fe y vida. El que cree en Jesucristo no perecerá, sino que tendrá la “vida eterna” (Jn 3, 16-18; 11, 25) no sólo aquí y ahora, sino también en el futuro escatológico.

5.4.- ACTITUDES PARA CAMINAR EN LA FE

5.4.1.- “VER” COMO CAMINO HACIA LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”

5.4.1.1.- “Ver” en el Antiguo Testamento

En el Israel bíblico, Dios se manifiesta, se descubre, se muestra o se revela a través de la palabra hebrea “*hórama*”, es decir, a través de la visión. Por eso el que “*ve*” y a la vez “*oye*” es animado o enviado por Dios (Gn 15, 1; 46, 2), fenómeno muy relacionado con el movimiento profético.

Los profetas son designados como videntes (1Cro 21, 9; 2Cro 9, 29) bajo una doble referencia: por una parte designan la visión (*hórama*), o sea, lo que aparece en la visión (Ex 3, 3; Dn 7, 1); y por otra expresan también el efecto producido en los que “*ven*” y son animados, escogidos, agraciados o presas de espanto (Gn 15,1; Dn 7, 13). En esas visiones proféticas lo primero que se busca es la revelación de Dios mediante su palabra y una impresión visual.

El judaísmo tardío también utiliza el término “*hórama*” no sólo con el uso corriente de visión, sino también como reconocer, alcanzar conocimiento y también “*ver a Dios*”.

Como resumen podemos decir que, en el Antiguo Testamento, Dios “*ve*” y contempla a la persona. Él “*ve*” lo injusto (Lam 3, 34-36), la muerte del profeta (2Cro 24, 22); la necesidad de los suyos (Ex 3, 7). También contempla la fidelidad (Sal 101, 6), la fe (Jer 5, 3), pone los ojos sobre los pecadores (Am 9, 8) y ve el “*corazón*” de las personas (1Sam 16, 7).

5.4.1.2.- “Ver” en el Nuevo Testamento

Al igual que en el Antiguo Testamento²⁷, en el Nuevo la

²⁷ VÉASE EL CAPÍTULO: (5.2.1.- LA REVELACIÓN BÍBLICA COMO EXPERIENCIA DE DIOS).

“*inteligencia espiritual*” está relacionada con la palabra “*ver*” (“*hórao*” en griego), que no sólo es percibir por medio de los ojos, sino también a través de los sentidos; por eso, debe entenderse como un “*mirar espiritual*”:

A.- El “*ver*” es superficial, una visualización rápida, sin prestar atención y sin captar la intensidad de la imagen que nos muestra a los otros o la misma naturaleza.

B.- “*Mirar*” es conectar y comprender a las personas que nos comunican su vida, sus problemas y sus emociones.

C.- “*Mirar con el corazón*” es percibir la realidad desde el “*amor*” sin odios, venganzas, egoísmos y prejuicios. Los padres miran con pasión a sus hijos con los “*ojos del corazón*”, por eso les cuesta ver sus defectos y, aunque los comprenden y admiten, los relativizan.

Cuando intentamos “*ver a Dios con los ojos de la razón*”, no lo comprendemos verdaderamente. Es un error alimentar la “*inteligencia espiritual*” desde el panteísmo, es decir, “*ver*” a Dios en la naturaleza y en el cosmos. Dios no está en estas realidades. Dios es un “*Ser*” personal que se deja “*ver en el corazón*” para que nos acercamos con humildad y fe.

“*Ver*” favorece la fe (Jn 2, 11; 20,8), lleva al conocimiento (Jn 14, 9) y a la percepción interior: “*veo que tú eres un profeta*” (Jn 4, 19). Para el evangelista Juan, el “*ver*” es, en síntesis, un encuentro existencial con Jesús de Nazareth que espera que “*se crea sin haber visto*” (Jn 20, 29) como le dijo a Tomás en el cenáculo.

Por consiguiente, la percepción espiritual como función del “*mirar*” tiene el sentido de “*conocer*” (Lc 23, 8), “*prestar atención*” o “*fijarse en...*” (Mc 13, 33; Flp 3, 2). El “*mirar espiritual*” es a la vez una experiencia (Lc 2, 26), casi como el captar y experimentar el “*amor*” de Dios (1 Jn 3, 1).

5.4.1.3.- Saber “mirar” nos acerca a la “inteligencia espiritual”

No es lo mismo “ver” que “mirar”. Aunque ambas formas no se contraponen en la percepción de la realidad, sin embargo, tienen matices diferentes que conviene conocer para entender su importante influencia en el mundo de la “inteligencia espiritual”.

Las personas entienden que “ver”, contemplar y admirar una puesta de sol, un paisaje idílico, una pinacoteca, el patrimonio histórico-artístico, un musical u obra de teatro, etc., son formas de adquirir la “inteligencia espiritual”. Como ya hemos explicado al inicio de este ensayo²⁸, el “ver” algo bello forma parte de la “inteligencia emocional o existencial”, pero nada tiene que ver con la “espiritual”.

Aunque el “ver” impacta y commueve las emociones, no es algo que perdure en el tiempo o transforme a la persona. Por el contrario, “mirar” es conocer desde el interior del “corazón”²⁹ a modo bíblico, es decir, un “mirar con amor” que hace que no se perciba la realidad de fuera hacia dentro con su mirada, sino desde lo profundo del “corazón” hacia fuera. Esto sólo es posible desde una “inteligencia espiritual” vinculada a Dios, que cambia la forma de “Ser” y capta la realidad con los “ojos del amor”.

La “inteligencia espiritual” también nos permite reconocer el rostro de Dios cuando “miramos” bien y sin prejuicios al que sufre, al que no piensa como nosotros, al que cree de manera de diferente, al “no creyente”, al que ofende, al que roba, al que violenta, al vengativo, al que odia, al egoísta, al vulnerable, al

²⁸ VÉASE EL CAPÍTULO: (1.3.- LOS ARGUMENTOS DE LA “INTELIGENCIA EXISTENCIAL”).

²⁹ VÉASE EL CAPÍTULO: (3.3.1- EL “CORAZÓN”: ORIGEN DE LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”).

que no piensa como nosotros, etc. Aunque nos apartamos porque no confiamos en estas personas, es humano aprender a “mirarlos” con respeto y “*amor*”.

Podemos distinguir tres formas distintas de “*mirar con los ojos del corazón*” para conectar con Dios y con la auténtica “*inteligencia espiritual*”:

A.- Aquellas personas comprometidas con el “*amor*” de Dios. La fe de hombres y mujeres sencillos que quieren caminar a su lado para alejarse del egoísmo, la soberbia y la maldad humana. Las personas necesitan andar por el camino de Dios para poder iluminar a los demás.

B.- Aquellas personas desmotivadas y con dudas, cuya fe da altibajos y les cuesta aceptar a Dios. Cuando no les interesa, se olvidan de Dios porque les compromete a hacer cosas que no les apetece realizar: como perdonar, ayudar, querer, no juzgar, no pensar mal, etc. Todo esto es difícil de cumplir porque piensan que ataca su libertad y forma de “*Ser*”. Muchas de estas personas no tienen fe, sino una devoción o religiosidad popular basada más en la superstición para obtener suerte y salud, que en un verdadero proyecto de vida que se sustente en Dios.

C.- Aquellas personas que viven la “*presencia ignorada de Dios*”. El sufrimiento, la pobreza, la resignación ante las injusticias, la violencia de todo tipo, los abusos de poder, las enfermedades y epidemias, incluso la muerte, etc.; estas experiencias les hace perder toda esperanza de vida en Dios y su Iglesia, de la que se alejan.

En la confrontación con Dios, las personas aprendemos a preguntar cuál es el significado de esta fe, hacia donde va y cuál es su objetivo. El fin último de la fe es el Dios que transforma a las personas y les hace caer en la cuenta de que el “*amor*” es la razón de ser y existir.

Por último quiero recordar que, a pesar de las dificultades que nos separan de Dios, siempre nos invita a caminar firmes en la

fe, en el buen camino y hacia la buena dirección. Confiar en Dios humaniza el “corazón” y consigue proyectos de vida que nos hacen tomar en serio el presente para abrirnos a un futuro mejor. El “amor” de Dios está presente en este compromiso transformador y regenerador.

5.4.2.- “ESCUCHAR” COMO CAMINO HACIA LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”

5.4.2.1.- El “*escuchar*” en el ambiente bíblico

En el Antiguo Testamento bíblico el verbo hebreo “*sama*” significa “oír” tanto el fenómeno de la percepción acústico-sensitiva, como la aceptación espiritual, es decir, el “*escuchar atento*” una manifestación, noticia o mensaje de Dios o de las personas.

La audición tiene muchísima más importancia en la revelación bíblica que en el mundo griego clásico o en el helenístico, porque Dios sale al encuentro de la persona con su palabra, teniendo éste como tarea el “*escucharla*”.

Dos ejemplos pueden aclarar este hecho: Dios se reveló a Moisés en la zarza ardiendo (Ex 3, 1ss.), y al profeta Isaías cuando fue llamado en una visión en el Templo de Jerusalén (Is 6, 1ss.). La misión que les encomendó la percibieron por la palabra, que tenía que “*escucharse*” y seguirse. Pero tanto aquí como en todas partes, la tarea divina y la misión profética iban unidas en el “*ver*” y en el “*oír*”.

La tendencia a “*escuchar*” la Ley se afianzó -en el judaísmo tardío- en el culto sabático sujeto al de los sacrificios que tenían lugar en el Templo de Jerusalén. La sinagoga se convirtió en el centro de la comunidad judía más allá de las fronteras de Israel. La recitación del credo hebreo, el “*Semá*” (Dt 6, 4-9; 11, 13-21; Num 15, 37-41) resultaba para el judío piadoso una obligación que emanaba de la exigencia de vivir y de confesar su fe. Para el judío es muy importante recitar con sus propios labios todos

los días este credo, profesión de fe que conjuga el hablar y el oír: “*Escucha, Israel...*” (Dt 6, 4y ss.).

Aunque cualquier miembro de la comunidad estaba autorizado a leer la Ley en el culto sinagogal, era el rabino quien tenía la autoridad para comentarla. Estos comentarios se transmitían al principio oralmente, fijándose más tarde por escrito (a partir del siglo II d.C.) en la Misná y el Talmud (literatura rabínica). De esta forma el “*escuchar*” fue ganando en el judaísmo mayor importancia.

El Nuevo Testamento cristiano tradujo el verbo hebreo “*sama*” por el griego “*akooúo*”, no sólo con el mismo significado acústico-sensitivo, sino además como “*escuchar*” a Dios.

5.4.2.2.-La sociedad no sabe “escuchar”

En nuestra sociedad, la gente “*oye*” pero no “*escucha*”. La clase política “*oye*” los discursos del contrario, pero no “*escucha*” sus propuestas porque la ideología y los intereses electorales se lo impiden. Lo mismo sucede en los ambientes de trabajo, donde los juicios y prejuicios hacen que no se “*escuchen*” las necesidades de los compañeros. No digamos en los grupos de amistad, donde no se presta atención a los que se ignoran porque impulsos, obsesiones, manías o prejuicios. También en el seno de las familias ocurre algo parecido cuando están divididos sus miembros y dejan de hablarse.

Si analizamos las instituciones públicas, las malas relaciones por intereses políticos hacen que no se pongan de acuerdo en el beneficio del bien común, ni “*escuchan*” las demandas ciudadanas por sus particulares luchas de poder y utilidad electoral. También en el orden mundial encontramos el mismo bloqueo de sordos. Los conflictos entre países, los intereses comerciales, la hegemonía territorial, farmacéutica y armamentística hacen que sus representantes no se “*escuchen*” unos a otros en las convenciones y comisiones internacionales.

La sociedad no debe “oír” tanto y “escuchar” más. El diálogo se hace estéril cuando las personas no “escuchan” para ponerse de acuerdo. Si no somos capaces de “escuchar” al que vemos delante con sus defectos, mal podremos “escuchar” en oración a Dios al que no vemos.

5.4.2.3.- Saber “escuchar” nos acerca a la “inteligencia espiritual”

No es lo mismo “oír” que “escuchar”. Muchas personas (creyentes e incrédulos) no “oyen” a Dios como se debe; tampoco están abiertas a conocerlo en su palabra.

Pero cuando lo “oyen” a través del sufrimiento humano, las enfermedades, las injusticias sociales, los enfermos, los refugiados, los pobres, los vulnerables, los olvidados y despreciados de la sociedad, etc., Dios pasa desapercibido porque el centro de atención está en el propio “ego”, así como en otras realidades y dioses particulares.

A través de la “inteligencia espiritual” la persona “escucha” a Dios. Y cuando lo “escucha”, deja que cale y actúe dentro del interior y en la conciencia. Esta actitud hace que el mensaje de Dios penetre con actitud abierta. En cualquier caso, es bueno “escuchar” a Dios en el interior para mejorar como personas y abrirnos a una verdadera “inteligencia espiritual”: una vida de fe, “amor”, bondad, respeto y aceptación del otro. No se puede ser creyente “a solas”, sino al lado de Dios.

Dios no pretende llevar a nadie al huerto, comer el coco, imponer normas, doctrina o ideología; sino que las personas sean como son. Dios quiere que seas tú mismo, y que a tus ideas y forma de “Ser” le apliques “amor”.

Cuando a tus razonamientos, valores, principios e ideología le aplicas “amor”, cambia la forma de entenderte y de entender el mundo que te rodea. En las creencias religiosas no hay normas, sino formas de pensar, sentir y “Ser”.

6.- ACTITUDES QUE FAVORECEN LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”

6.1.- EL “AMOR”: ÚNICO CAMINO HACIA LA “ESPIRITUALIDAD”

6.1.1.- EL “AMOR” NOS UNE A DIOS Y AL PRÓJIMO

Dios es “*amor*” y lo profundamente humano de la persona consiste en la llamada de Dios a unirse con Él. Sólo respondiendo al “*amor*”, la persona se convierte en hijo de Dios, y la unión de ambos en comunión y en propia promoción³⁰.

La primera referencia bíblica sobre la rebelión de las personas contra las personas la encontramos en el relato de Caín y Abel (Gn 4, 3-15). Este enfrentamiento define muy bien una locución latina que utilizó el filósofo inglés Thomas Hobbes: “*Homo homini lupus est*” (el hombre un lobo para el hombre).

En este relato, Dios siente predilección por los humildes (Abel) y desdeña las grandezas terrenas (Caín). El camino hacia el bien pasa por la humildad, el camino que vencerá al pecado pasa por la sencillez. Sólo los humildes y sencillos de “*corazón*” pueden “*ver*” y comprender los misterios de Dios, que son los misterios del bien frente al mal. La condición humana sigue teniendo las mismas miserias, defectos y conductas maléficas y egoístas hace miles de años, una constante en la historia de la humanidad.

Pero esta actitud maléfica del Ser Humano (impulsado por el egoísmo, la soberbia y la venganza) se opone al doble mandamiento: “*el amor a Dios y al prójimo*” (Gn 20, 3; Mt 22, 40). El odio y desprecio entre las personas, los juicios y prejuicios, el crimen, la guerra, la violencia de género y vicaria; los conflictos personales, interpersonales y familiares; así como todo lo negativo que subyace de la propia condición y naturaleza humana son fruto y consecuencia del pecado

³⁰ MELQUIADES, A.; “*San Juan de la Cruz: maestro de la espiritualidad*”, Ed. Temas de hoy, Madrid, 1996, p. 21.

entendido como todo aquello que supone “*no amar*” a Dios, a uno mismo, al prójimo y a la propia naturaleza.

En vista de lo que Dios tolera en nuestro tiempo y de lo que las personas dicen y hacen en su nombre, ante la crueldad, las guerras, el hambre y la violación de los derechos humanos, muchos creen no poder hablar ya más del “*amor*” de Dios.

Y sin embargo, Dios habla porque su “*amor*” corresponde a nuestro “*amor*” entendido como al más lejano: el enemigo. Si la fe no es activa en el “*amor*”, no es fe. Y el “*amor*” que no se nutre del perdón hacia el prójimo se pierde en un humanismo que, como Ley o moral, se olvida de la palabra de Dios.

El “*amor*” al prójimo en la Biblia no tiene su fundamento en un ideal humanístico y altruista, sino que es siempre consecuencia de la relación entre Dios y las personas. Gracias a esta conexión se favorece la relación entre la persona y su prójimo.

6.1.2.- POR EL “AMOR” CAMINAMOS EN LA LUZ ESPIRITUAL

Dios es la luz espiritual que alumbría el camino de nuestras tinieblas y oscuridades personales. Muchas personas quieren caminar con Dios para dejar atrás la oscuridad interior de la vida que se vincula con las propias cegueras y sufrimientos.

La fe en Dios implica caminar y estar en “*luz espiritual*”. Caminar en la oscuridad interior genera desánimo y tristeza: nosotros somos nuestros propios enemigos porque no sabemos vivir la sencillez de la vida, verla desde una perspectiva de “*amor*” como proyecto vital y espiritual. Este “*amor*” no se alimenta desde la autosuficiencia personal, sino confiando en Dios.

La “*inteligencia espiritual*” se convierte en el mejor símbolo que expresa una conducta llena de “*amor*”. Si Dios es “*luz espiritual*”, también es “*amor*” igualmente. Y no habrá vida

humana auténtica si no se descubre en ella una prolongación de ese “*amor*”, que es la misma esencia divina.

Por ello, quien “*ama*” a su hermano, mora en la “*luz espiritual*”. En cambio, “*el que dice que está en la luz y aborrece a su hermano, se halla en realidad en las tinieblas*” (1Jn 10, 11-12), es decir, en la ausencia y lejanía de Dios. Nadie es conocedor de la esencia del otro Ser Humano si no lo “*ama*” de veras; sentir empatía no es “*amar*”, sino conectar y sentir afinidad.

Los “*no creyentes*” utilizan la palabra empatía. No se trata de empatía, no es ponerse en el lugar del otro, sino “*amar*” al otro para aceptarlo como es. Hace poco escuche una conferencia en la que la ponente decía que la madre tiene empatía hacia el bebé que lleva en sus entrañas. Una madre no siente empatía, sino “*amor*” con mayúsculas desde el mismo momento que acepta su maternidad.

En esta misma línea conviene destacar que en los libros de texto de filosofía y ética nunca aparecen las palabras “*amor*” y perdón; tampoco son pronunciadas en el aula, ni en sus conferencias y libros. Se habla más bien de “*empatía*” hacia las personas en un contexto de ética social y personal.

Los filósofos no enseñan a “*amar*”, sino a respetar. El respeto es importante, pero no suficiente, pues el respeto sin “*amor*” está vacío y no acepta en su integridad. El verdadero “*amor*” nace de dentro hacia afuera, una visión que va más allá que el simple hecho de ponerse en el lugar del otro.

Cada día es preciso orientarse de nuevo hacia la “*espiritualidad*”. El que pierde todo contacto con Dios ya no es capaz de vivir como creyente o en humanismo, ni transformar el pequeño-gran mundo que le rodea. ¿Cómo puede el que está en la sombra o en penumbra convertirse en luz del mundo? La fe en Dios nos ilumina para alumbrar no sólo la oscuridad de nuestra propia vida, sino también la del mundo y la de los demás haciéndonos testigos firmes del “*amor*” de Dios.

6.1.3.- LA AUSENCIA DE “AMOR” NOS ALEJA DE LA “ESPIRITUALIDAD”

6.1.3.1.- Sin “*amor*” nos alejamos de Dios

Las personas que se alejan de la vida espiritual y no tienen comuniación alguna con Dios, se encierran en sí mismos en un infierno existencial.

Este abismo es para ellas: la guerra, vivir en un matrimonio desecho, la violencia de género y vicaria, la violación de los derechos humanos y las conciencias, las intrigas llenas de odio por parte del ambiente social e interpersonal, sentirse solo, etc.

También las cárceles, los campos de trabajo y de concentración, las incómodas, los penosos contratos laborales y salarios basura, las situaciones perjudiciales para la salud, el tráfico de armas, el tráfico de seres humanos, la explotación de niños, el enriquecimiento de las farmacéuticas, el *bullying*, el *mobbing*, los casos de corrupción política que buscan la impunidad para enriquecerse injustamente con tratos de favor y el dinero de los contribuyentes, incluso podemos añadir la pandemia de Covid19 donde murieron miles de personas llenas de vida, etc.

Entonces, las personas no cuentan sino consigo mismas para dejar de “*Ser*” juguetes de todos los poderes y fuerzas malignas que traen consigo: destrucción de la relación interhumana, destrucción del mundo del trabajo, aniquilación del derecho, de la justicia, de la honradez en la ética personal y social, el vaciamiento del sentido de la existencia y la carencia total del “*amor*”, como dijo Jean Paul Sartre³¹.

En resumen, las personas se complican la vida porque en el proyecto vital falta “*amor*”, ilusión y alegría. Cuando se desentienden de Dios, se hallan lejos de su “*amor*” y, por consiguiente, ya están sometidos y viviendo en el infierno, en

³¹ SARTRE, J.P.; “*A puerta cerrada*”, 1944, p. 176.

su propio vacío existencial. En efecto, si Dios es “*amor*”, una vida sin Dios esta avocada a vivir en el infierno vital y espiritual presente y futuro.

La verdad del “*amor*” de Dios no es que no ocurran cosas en nuestras vidas (enfermedades, catástrofes, conflictos, sufrimiento, traumas, etc.) sino la promesa de que estará a nuestro lado cuando sucedan para entenderlas y superarlas.

6.1.3.2.- Sin “*amor*” no hay “*inteligencia espiritual*”

Hoy se entiende por pecado todo pensamiento, palabra u obra contraria al “*amor*”, es decir, el “*no amor*” (el pecado). ¿En qué circunstancia se plasma esta falta de “*amor*”?

A.- Cuando no respetamos y amamos nuestro propio cuerpo y nuestro mundo interior (el alma). El equilibrio personal se consigue cuando las personas, además de cuidar la “*dimensión corporal*”, desarrollan también la “*dimensión espiritual*”, es decir, la propia intimidad.

B.- Cuando rompemos con Dios y nos creemos autosuficientes; cuando le retamos a que se someta a nuestra voluntad para que las cosas salgan como nosotros queremos.

C.- Cuando dejamos de “*amar*” y somos insensibles hacia el prójimo. Muchas veces nuestra soberbia hace que seamos duros e indiferentes ante el dolor de nuestros semejantes, convirtiéndonos en la causa de su sufrimiento. Una relación que debería estar marcada por el respeto y la igualdad, se rompe para occasionar desigualdad, dolor, angustia, marginación, violencia de todo tipo, odio, venganza, desprecio, etc.

D.- Cuando no amamos el bien común y lo que nos rodea, incluso manteniendo un dominio tiránico de la naturaleza: recursos naturales, residuos y contaminación, tala de árboles, calentamiento global, etc.

Pero nunca hay conciencia de pecado (conciencia de que “*no hay amor*”), si no hay conciencia religiosa. La vida

aparentemente intachable de las personas se justifica a sí misma, camuflando su impiedad en los prejuicios y el enjuiciamiento soberbio hacia los demás: la propia falta de “*amor*” sobrepasa todos los límites.

Las personas piadosas reclaman fácilmente a Dios en su favor, en lugar de dejarse liberar en favor de los demás. La falta de fe consiste en no echar mano de la libertad que se nos ha dado, en dejarnos arrastrar por la holgazanería y en no querer darnos cuenta de que debemos dejar que actúe cuando hay falta de humanidad o necesidad vital de ella.

En definitiva, la “*inteligencia espiritual*” hace que el creyente sea más feliz, no plenamente feliz, sino un poco más feliz porque le abre al “*amor*”, a ver las dificultades, los enemigos, la familia y la propia vida desde otra perspectiva y con esperanza hacia adelante. Sólo el “*amor*” nos hace conectar con la esencia de la vida y viajar dentro de nosotros mismos. Sólo el “*amor*” da la serenidad y la paz interior necesaria para entender lo que nos pasa y superar muchas dificultades afectivas como la soledad, el miedo (origen de la ansiedad) y cualquier forma de expresión del sufrimiento humano.

Para el cristianismo, Dios se hizo hombre en Jesús de Nazareth para dignificar al Ser Humano por medio del “*amor*”; se hizo hombre para que la persona pueda “*Ser Dios*”. ¿Cómo puede ser que sea Dios? No tenemos el poder y la misericordia de Dios, pero de alguna manera somos de Dios porque podemos “*amar*” como Él. Cuando amamos así, somos semejantes a Dios.

6.1.3.3.- Sin “*amor*” no hay compromiso

Sólo el “*amor*” nos abre a una mirada que no es sólo personal, sino profundamente social y comunitaria. Nos invita a comprometernos con los más desfavorecidos, a luchar por la justicia y por la dignidad de cada persona. Esta es la esencia de

la misión cristiana: un “*amor*” que no se queda en palabras, sino que se hace acción, que se compromete con la realidad de los que más sufren. La fe nos muestra que el “*amor*” de Dios no es selectivo ni exclusivo, sino que abarca a todos, especialmente a los que son rechazados y excluidos.

El “*amor*” abre a una espiritualidad misionera que llama a salir de nosotros mismos y a ir al encuentro de los que están en las periferias, de aquellos a quienes el mundo considera insignificantes; que trasciende fronteras, que no se limita a un grupo o a una cultura, sino que es universal.

Una mirada a Dios invita a creer que, a pesar de todas las dificultades y de todas las injusticias, su “*amor*” sigue presente en el mundo y sigue transformando “*corazones*”. Y esta misión no se realiza en grandes discursos o en proyectos grandiosos, sino en el gesto humilde de quienes saben verlo en lo pequeño, en lo frágil, en lo sencillo.

Por tanto, la misión cristiana es una misión de ternura y de compasión. Es una misión que lleva a abrazar a los que sufren y a caminar junto a los que están solos. Porque en el rostro de cada persona necesitada, de cada Ser Humano que sufre, está el rostro de Dios. Esta es la universalidad del Evangelio: un “*amor*” que se entrega sin reservas, un “*amor*” que se abaja para encontrarse con el otro, un “*amor*” que transforma porque se hace cercano, sensible y tangible.

6.2.- EL “*SERVICIO AL PRÓJIMO*”: COMO “*INTELIGENCIA ESPIRITUAL*”

6.2.1.- “*SERVIR*” EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Las lenguas clásicas y las modernas designan la palabra “*servicio*” y sus derivados como una actividad impuesta por otra persona o voluntariamente aceptada, cuyo provecho o utilidad redunda en beneficio de la persona o cosa a la que se sirve. El servicio no excluye la recompensa, sino que aspira

conscientemente a ella o, en todo caso, la recompensa puede seguirse del servicio.

El Israel bíblico emplea la palabra hebrea “’abad” en el sentido de “servir a Dios” y al prójimo. A través de este “servicio divino”, la persona queda liberada del dominio del pecado (el “no amor”), sólo así adquiere la verdadera libertad. Esta concepción teológica se encuentra en numerosos relatos. El más significativo es cuando Moisés exige al Faraón que libere a los israelitas “para que sirva a Dios” (Ex 4, 23; 7, 26) en el culto, igual que lo hacían el resto de pueblos antiguos circundantes.

No obstante, es característico del mundo bíblico el hecho de que el verdadero “servicio a Dios” no se realice a través de un culto ejecutado con exactitud conforme a unas reglas, sino a través de la obediencia a la “voz del Señor”.

6.2.2.- “SERVIR” EN EL NUEVO TESTAMENTO

En el Nuevo Testamento cristiano se suelen utilizar tres grupos de palabras griegas para significar el “servicio”:

- “Leitourgéo” designa originariamente el servicio voluntario en la comunidad política y, a partir de aquí, designa más tarde el ministerio cultural del sacerdote.
- “Laireúo” el acento se pone al principio en el ministerio cultural, y luego el vocablo pasa a designar la actitud interior de la persona religiosa.
- “Diakonéo” y sus derivados, de acuerdo con su significado originario, se emplea por lo general para expresar la ayuda personal (y no sólo físico-material) a las otras personas. “Diakonéo” adquiere su significado a partir de la persona de Jesús de Nazareth y de su evangelio (Mc 10, 45). Se convierte en un término característico con el que se designa la actividad del “amor” al hermano y al prójimo (que procede del “amor de Dios”), así como la realización de la “koinonía” o comunidad.

El servicio de Jesús a las personas y a sus discípulos es una muestra del “*amor*” de Dios que se realiza en el “*servicio*”: “*Yo estoy entre vosotros como quien sirve*” (Lc 22, 27), y “*este hombre no ha venido a que le sirvan, sino a servir*” (Mt 20, 28).

Pero la enseñanza más grande de Jesús a sus discípulos se hace patente cuando dice: “*el más grande entre vosotros que se haga último y servidor de todos*” (Lc 22, 26; Mt 20, 26). El don que cada uno haya recibido ha de ponerlo al servicio de los otros (1Pe 4, 10), es decir, el que da de comer al hambriento, alberga al que no tiene hospedaje, viste al desnudo, visita al enfermo o al prisionero (Mt 25, 35ss.).

6.2.3.- EL “SERVICIO” NOS VINCULA A LA “INTELIGIENCIA ESPIRITUAL”

La palabra “*servir*” caracteriza originariamente en nuestras lenguas una relación de dependencia con respecto a una persona de rango superior, en la que los propios deseos o intereses son subordinados a los del otro; las fuerzas y las capacidades propias son puestas a su disposición y empleadas en su provecho.

El hecho de que el vocablo griego “*diakonéo*” se convierta en un término predilecto del Nuevo Testamento, muestra una tendencia consciente y voluntaria a poner de relieve que: el principal signo de la existencia cristiana es el “*servicio reciproco*”, el vivir para el otro, el darle la primacía. Puesto que Jesús dio su vida por los demás, el “*servicio*” incluye siempre la renuncia, la humildad y el sacrificio. La persona mira más a la compasión y al sentimiento agradecido que al reconocimiento y la recompensa.

Para el cristianismo y para todas las religiones mayoritarias del mundo, el “*amor al prójimo*” es la expresión más alta porque proviene de Dios, la razón de “*Ser*” de todo creyente. El “*servicio*” como “*amor*” debe ser uno de los pilares

fundamentales de la “*inteligencia espiritual*”, pues para alcanzarla, se debe tener en cuenta las palabras de Jesús: “*Si alguno quiere ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos*” (Mc 9, 35); “*El que quiera entre vosotros llegar a ser grande, será vuestro servidor, y el que quiera entre vosotros ser el primero, será vuestro siervo*” (Mt 20, 26-27).

Pero esta acción “*diaconal*” como “*servicio*” no puede reducirse a una dimensión meramente “*interna*”, sino que ha de extenderse a todos, o mejor, a aquellos que están más necesitados de ella. Esta acción “*diaconal*” ha de ir acompañada del testimonio, pero también puede constituir por sí misma un testimonio. Así pues, la “*leitourgía*” del servicio a Dios, la “*diakonía*” del servicio al prójimo y la “*martyría*” en cuanto entrega y servicio de la propia vida personal están estrechamente unidos entre sí.

Para entender mejor el “*servicio*” como entrega y donación de “*amor*” hacia el prójimo, basta poner el ejemplo de las madres y los padres. La maternidad es una entrega total por “*amor*” a los hijos durante toda la vida, gratis, sin recibir nada a cambio. Ya pueden los hijos despreciarlos, no visitarlos, enviarles a una residencia porque molestan, incluso negarles; que los padres siempre estarán queriendo y sirviendo. Ya pueden los hijos fracasar, robar, matar o delinuir de mil formas, que los padres y madres seguirán donándose a sus hijos.

Por consiguiente, estar “*sirviendo*” continuamente a pesar de la dificultad, es el mejor ejemplo para comprender que “*servir con amor*” al prójimo, al enemigo, al rival, al que le tengo manía, etc., no sólo nos acerca a Dios a pesar de que no creamos, sino que nos hace partícipes de la “*inteligencia espiritual*” para demostrar grandeza de miras y un ejemplo de vida para los demás. Los creyentes tenemos una misión, una “*martyría*”: dar la vida por el prójimo con nuestro testimonio. Esta la única forma de que los “*no creyentes*” vean y descubran a Dios; Él habla a través del testimonio y de la forma de actuar de los creyentes.

Pero para demostrar que Dios habla a través de nosotros, es necesario que “*sirvamos*” aunque implique sacrificios y renuncias por “*amor*”: suficiente con una sonrisa aunque no se tenga ganas (el otro la puede necesitar y agradecer), no ser tan mal pensados, contrastar nuestros prejuicios para no despreciar a nadie, cuidar nuestro vocabulario para no herir y hacer sufrir, no calumniar, no proyectar mis preocupaciones y miserias para dejar de alarma a los demás, ser honrado y parecerlo; ser humilde (cercano y accesible), además de evitar la envidia, el odio, el orgullo, la venganza y la mentira.

También Dios habla cuando somos buenos enfermos y no nos aprovechamos de la enfermedad, buenos trabajadores y compañeros, no criticamos a la gente por detrás para envenenar, destruimos o sembramos discordia, cuando dejamos de ser generosos, cuando aparentamos lo que no somos y nos ponemos caretas, etc.

6.3.- LA ORACIÓN ENSEÑA A LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”

6.3.1.- LA ORACIÓN EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

El vocablo hebreo “*sa’al*”, que se traduce por “*exigir, desear, pedir*” (Dt 10, 12; Jue 5, 25; 1Sam 12,13; Job 31, 30), adquiere el significado de “*orar, implorar*”; y aparece ligado al agradecimiento a Dios por haber escuchado una plegaria (1Sam 1, 20; Sal 105, 40). También puede significar “*preguntar, informarse*” (Gn 24, 57).

Por los textos bíblicos descubrimos que la oración desempeña un papel decisivo, pues lo característico y esencial del Pueblo de Israel es la relación con su Dios. De aquí que toda su historia esté penetrada y sostenida por la oración como la forma de hablar y dirigirse a Él. En todos los puntos importantes de esa historia de salvación aparece la persona en diálogo permanente con Dios.

Por tanto, la oración veterotestamentaria se caracteriza porque va dirigida a Dios y se ha revelado como tal a su Pueblo (1Re 8, 22ss; 2Re 19, 15). Por eso los israelitas oran siempre a un Dios que no es mudo (Gn 18, 22-33) y escucha sus oraciones cuando están en sintonía con su voluntad (Sal 17, 6ss.).

La oración también juega un importante papel en la religiosidad del judaísmo tardío. La ortodoxia de los fariseos empieza a reglamentar la piedad devocional. Esto no sólo afecta a las oraciones empleadas en el culto sinagógico (entre las cuales se encuentra el “*Semá Israel*” (Dt 6, 4ss.) y las 18 plegarias del “*Smone Esre*” que se remonta a una época anterior), sino también a la oración privada (llevan filacterias o “*tefilim*” en el brazo izquierdo y en la frente). En este último período, existe una notable uniformidad entre las plegarias tradicionales en uso entre los rabinos. La oración lleva también la impronta de la idea de mérito que impregna toda la religiosidad posterior, especialmente en tiempos de Jesús de Nazareth (a partir del siglo I de nuestra Era).

6.3.2.- LA ORACIÓN EN EL NUEVO TESTAMENTO

El vocablo griego del Nuevo Testamento “*proseúchomai*” (que traduce el hebreo “*Sa ’al*”) designa la oración en el sentido más amplio y expresa toda manera de entrar en contacto con Dios. También es frecuente “*aitéo*” que significa “*suplicar, pedir*”.

El Evangelio de Mateo declara como regla fundamental en el Reino de Dios que predica Jesús de Nazareth, que la oración es escuchada: “*el que pide, recibe*” (Mt 7, 8). La invitación a orar y la promesa unida a ella “*pedid y se os dará*” se apoyan en esta norma fundamental.

Mateo también pone de manifiesto que Dios es un Padre que “*ama*” a los suyos más que a los padres de la tierra “*aman*” a sus hijos y, puesto que les “*ama*”, no puede dejar de escuchar sus súplicas para dar lo que necesitan (Mt 7, 9-11).

El fundamento último de esta certeza que tiene el que ora es que será escuchado desde la bondad y el “*amor*” paternal que Dios da a través de Jesús. Aquí también está contenida implícitamente otra certidumbre: Dios es un Dios vivo que “*ve*”, “*escucha*” y tiene buen “*corazón*”.

La oración neotestamentaria se dirige tanto a Dios como a Jesús, a quien se le llama “*Kyrios*” (Señor). Con ello queda bien claro que la auténtica oración no ha de entenderse como un monólogo, sino como un diálogo en el que el orante aprende también a escuchar en silencio la palabra y el mandato de Jesús. Por consiguiente, la oración es también algo muy personal y concreto, un auténtico diálogo con Dios o con Jesucristo.

6.3.3.- LA ORACIÓN NOS UNE A LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”

La oración es una necesidad de diálogo interior y una respuesta humilde y sincera de la persona con Dios. La oración no es un momento, es un camino. Nos ayuda a descubrir poco a poco quien es Dios, su misterio, sus valores, su propuesta, sus sentimientos y el “*amor*” con que nos busca y acoge.

Por la oración la persona entra en relación directa con Dios, es decir, “*cree*”. De aquí que la oración y la fe tengan los mismos presupuestos: sólo son posibles porque Dios, abandonando su soledad y su ocultación, rompiendo su silencio, revela a la persona su “*Ser*” mismo y su voluntad que le habla.

La persona sólo puede entrar en relación con Dios porque Dios entra en relación con ella y le transmite de antemano su palabra. En la oración la persona se sitúa ante la llamada y el ofrecimiento de Dios. Por eso la oración es, en último término, la respuesta de la persona a la palabra de Dios.

Por tanto, la oración no se apoya en nosotros mismos, sino en el “*espíritu de Dios*” que está presente y endereza nuestra

oración. En el fondo, la oración, al igual que la fe, es don de Dios y obra de su “*Espíritu Santo*”. Siempre que una oración sube hasta Dios, allí está presente el “*Espíritu Santo*” que baja en su ayuda. Por la oración subimos los problemas a Dios, para que Dios baje a los problemas.

En efecto, la oración no sólo ayuda a entablar amistad con Dios y conocer su misterio de “*amor*”, sino que también nos sitúa en la vida real para ver los problemas particulares y la realidad que nos rodea –incluso al prójimo- con los ojos de Dios y bajo su perspectiva de “*amor*”. Por la oración escuchamos a Dios y nos escuchamos tal y como Dios nos ve y nos sueña.

Ser orante hoy es vivir el seguimiento de Dios con todas las consecuencias. Ser orante es abrirnos a la “*inteligencia espiritual*” que vive, experimenta y saborea a Dios. No se puede “*Ser espiritual*” si no hay oración. No se puede “*Ser espiritual*” si no hay sintonía con Dios en la oración. No se puede “*Ser espiritual*” si no hay diálogo con Dios en oración. Por la oración Dios no sólo actúa y nos enseña a escuchar nuestro interior para conocernos mejor, sino también que descubrimos lo que quiere de nosotros y de los demás. La “*inteligencia espiritual*” se desarrolla en la oración.

6.4.- EL SUFRIMIENTO FAVORECE LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”

6.4.1.- EL SUFRIMIENTO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

El pueblo de Israel entendía el sufrimiento como “*un estar afectado*”, de forma que la valoración de este “*estar afectado*” debe expresarse en conceptos adicionales: sentirse mal, encontrarse en una situación difícil, padecer, etc. Estas emociones provocan no sólo un sufrimiento físico, sino también espiritual porque se vinculan al pecado (el no “*amor*”).

En los textos sagrados aparecen con frecuencia los gritos del sufrimiento: lutos, derrotas y calamidades que dan origen al género literario de las lamentaciones bíblicas, especialmente las de Jeremías (Jer 1; 5).

Profetas y sabios deshechos por el sufrimiento, pero sostenidos por la fe, descubren su valor purificador (Jer 9, 6), educativo (Dt 8, 5) y reconciliador como efecto benevolente y pedagógico de Dios (2Mac 6, 12-17).

6.4.2.- EL SUFRIMIENTO EN EL NUEVO TESTAMENTO

Jesús de Nazareth sufrió una agonía, un combate en medio de la angustia y el miedo en su pasión y muerte (Mc 14, 33 ss.; Lc 22, 44), es decir, la pasión contra todo el sufrimiento humano posible, desde la traición de Judas en el Huerto de los Olivos, hasta sentirse abandonado por Dios (Mt 27, 46).

La pasión de Jesús no significa la liberación “*del Ser humano*”, sino la liberación “*para el Ser humano*”. Su sufrimiento fue para Él prueba, en Él aprendió la obediencia (Heb 5, 8). Como probado por el sufrimiento, Jesús es modelo y ejemplo. Su sufrimiento contiene la exigencia de seguirle en el sufrir para entenderlo y asumirlo en la vida cotidiana, como lo hizo Él.

Pero Jesús no sólo experimentó el sufrimiento humano en su pasión y muerte, sino también padeció los poderes e influencia de Satanás; además de la enfermedad y muerte de los que le rodeaban. En todas estas ocasiones, su mensaje culmina en el “*amor*” al prójimo (Mc 12, 31).

Este “*amor*” también se pone como ejemplo en la narración del buen samaritano (Lc 10, 25-37), convirtiéndose en la norma que sirvió de criterio para todos sus seguidores y discípulos. De ahí se deduce que la contemplación resignada es imposible, y de ahí también que la comunidad cristiana primitiva hubiera conocido la necesidad de preocuparse, con todas sus fuerzas, por los que sufren y los vulnerables.

6.4.3.- EL “SER” Y LA “NADA” COMO VACÍO EXISTENCIAL

A las personas se les ha planteado siempre, al lado de la palabra “Ser”, la palabra “*nada*”. En realidad, de la “*nada*” no se puede hablar. Pero como la persona no puede decir las cosas sin hablar de ella, el concepto de “*nada*” existe. El concepto “*nada*”, etimológicamente viene de “*res nata*” (no hay cosa nacida).

Las personas piensan en la “*nada*” porque en virtud de su razón pueden decir “*no*” a las cosas que se les ofrece. De modo que si piensa el “*no-Ser*” personal, piensa la “*nada*”. El animal no piensa; siente lo que “*es*”, pero no lo que “*no es*”. Es un concepto inventado por las personas. En la filosofía moderna la palabra “*nada*” ha cobrado una importancia capital porque se ha convertido casi en una obsesión.

Racionalmente no puede explicarse el paso del “*Ser*” a la “*nada*”, ni a la inversa. Sin embargo, todo lo que nace muere o perece de alguna manera; todo tiene un tránsito. No es que se reduzca a “*nada*”, sino que se transforma en otra cosa. Pero la Sagradas Escrituras dicen que Dios creó el mundo de la “*nada*” (Gn 1,1) y que puede ser aniquilado. Crear el mundo de la “*nada*” quiere decir, no tomar una cosa de la “*nada*” porque la “*nada*” no es cosa, sino poner “*Ser*” donde nada había. El haber sido, es la forma más segura de “*Ser*”.

A este concepto no se puede llegar lógicamente. De la “*nada*” no puede decirse “*nada*”, porque cualquier predicado supondría algo. Si decimos tal o cual cosa ya deja de ser “*nada*”, ya es algo. Si las personas no tuvieran otras vías de conocimiento que la vía lógica, “*nada*” significaría simplemente el puro concepto negativo “*no-ser*”. Pero existen otras vías de conocimiento por los sentimientos, por las intuiciones, y porque una emoción total nos hace patente la “*nada*”. Esta patentización de la “*nada*” produce la angustia y ansiedad existencial: el “*tedium vitae*” (el tedio de la vida). El hecho de que esto ocurra y de que

se le preste tanta atención, indica que las personas tienen miedos y están sufriendo.

Tras este sentimiento total de oscuridad parece como si el “*Ser*” huyese, se nos escapase y quedase sorprendido en la “*nada*”. Todo queda uniformado como “*una silenciosa niebla*” que iguala montes y valles, y en este vacío sentimos angustia por “*nada*”. La “*nada*” está ahí, revelándose en este sentimiento o temple de ánimo: “*la angustia hace patente la nada*”. Pero, ¡Ahí de los que piensan que son algo!; cuanto tienen que aprender de la vida.

6.4.4.- VISIÓN CREYENTE DEL SUFRIMIENTO HUMANO

El sufrimiento en sentido bíblico -ya sea el de Job, el de Jesús de Nazareth crucificado, o los padecimientos de Pablo de Tarso (2Cor 6, 5.5)- afecta al cuerpo-alma, es decir, a lo corpóreo y a la “*inteligencia espiritual*” (el mundo interior). Una reducción del concepto del sufrimiento a lo meramente corporal es algo demasiado superficial, y tampoco se adecúa al sufrimiento en sentido bíblico.

Conviene recordar las palabras de Jesús de Nazareth cuando dijo que “*Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y me siga*” (Mt 16, 24; Mc 8, 34; Lc 9,23). Lo que vincula a los creyentes no es tanto el modo y la manera del sufrimiento, sino el “*modo como se lleva*” el sufrimiento que se impone personalmente a las personas.

Para el cristianismo, Dios envió a Jesús al mundo de los impíos, incrédulos y ateos para sufrir con ellos en su alejamiento de la fe. Solo así Dios se hizo solidario con todas y cada una de las personas que sufren por cualquier causa, sea corporal o espiritual.

Pero la gran pregunta es ¿Por qué Dios permite que suframos? ¿Por qué existe el sufrimiento y el mal en el mundo? Contestar

a estas dos preguntas echando mano de una reacción atea acaso comprensible, o recurriendo a una teodicea racional, significaría buscar una respuesta fuera de la Ley de Moisés (para el judío), de la pasión de Jesús (para el cristiano), de la misericordia de Alá (para el musulmán) o en la “*bodichita*” de Buda (para el budismo). Pero precisamente en ella se advierte que Dios no está fuera de nuestro sufrimiento, sino que se sitúa dentro del mismo sufrimiento humano.

La fe de cristianos, judíos y musulmanes no se dirige a un Dios que está por encima de todas las cosas, sino más bien se con un Dios que está ahí con las personas y su sufrimiento. Así pues, la defensa de un Dios totalmente instalado en el cielo e insensible al sufrimiento humano es inexacta. Para las tres religiones del libro la fe personal se manifiesta palpablemente en ese Dios que se solidariza en el mundo con el que sufre (Mt 25, 40.45).

Los creyentes se plantean estas preguntas: ¿Cómo es posible que Dios ame a las personas si les deja sufrir? Esta pregunta se resuelve con otra pregunta: ¿Cómo puede Dios amarnos tanto que se solidariza con nuestro sufrimiento? Tan sorprendente pregunta tiene una respuesta concluyente: lo cierto es que no es el sufrimiento de la persona, sino el “*amor*” de Dios lo enigmático a esta cuestión. Tenemos la garantía de que está a nuestro lado en el sufrir, lo que nos permite entenderlo y asumirlo para sufrir menos, sufrir mejor.

Hoy la humanidad sufre hambre, violencia, enfermedad, epidemias, guerras, la privación de libertad, etc. Con el sufrimiento que genera todo esto al Ser Humano, surge para los creyentes la misión de liberar ese dolor físico y espiritual. Dios protesta por todas estas acciones que nacen de las personas y que, en aras de su libertad e intereses, generan mucho daño y mal en el mundo. Dios exige a los creyentes intervenir más allá del ámbito privado y religioso, y luchar contra cualquier forma de sufrimiento e injusticia social y personal que genera el egoísmo del Ser Humano. Este llamamiento también lo hace a

los “*no creyentes*” pues el mal no tiene justificación alguna en nuestra sociedad por culpa de la maldad humana.

Lo único que da sentido a la vida es “*amar*” en el sufrimiento, “*amar*” al sufrimiento; “*amar*” en la dificultad. Sólo el “*amor*” da la sabiduría necesaria para mejorar como persona y dar sentido al sufrir y al problema que lo genera. Lo importante no verlo como un castigo divino sino como una oportunidad, una experiencia que nos acerca a Dios y favorece la “*inteligencia espiritual*”, un sentido profundo a la existencia humana. El sufrimiento deja de ser sufrimiento cuando encontramos en él un sentido, como suele ser el “*amor*” o el propio sacrificio. La vida no es inútil, sino una oportunidad.

6.5.- LA MUERTE ENSEÑA A LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”

6.5.1.- LA MUERTE EN EL ANTIGO TESTAMENTO

El antiguo Israel bíblico utiliza el vocablo “*máwet*” para expresar la muerte como fin definitivo de la persona (2Sam 12, 15ss.). “*Todos hemos de morir, somos agua derramada en tierra, que no se puede recoger*” (2Sam 14, 14). La persona toma la tierra y se convierte de nuevo en polvo (Gn 3, 19). Frente a la muerte física, la Biblia también describe el estado de muerte existencial, que se describe como una situación de “*silencio*” (Sal 31, 18; 94, 17; 115, 17) y de “*olvido*” (Sal, 88, 13), es decir, de soledad y ausencia de “*amor*”.

El tiempo de la persona es limitado porque ha nacido para morir (Gen 3, 19-22). Los textos bíblicos nos dicen que los muertos o “*refaim*” (ser débil) sobreviven, ya que la muerte significa la pérdida de la vida, pero no necesariamente el cese de toda forma de existencia, dado que la vida es más que la existencia terrenal³².

³² RUIZ DE LA PEÑA, J.L.; Op. Cit. “*La otra dimensión*”, p. 75.

Esta situación de vida “*post mortem*” se desarrolla en el “*Sheol*³³”, el lugar que designa las profundidades de la tierra³⁴, lo profundo, lo subterráneo (Dt 32, 12; Is 14, 9); un lugar sin retorno (Job 7, 9-10; 10, 21; 16, 22) donde los muertos experimentan su existencia en otra dimensión. Para ir a él tienen que descender (Gn 37, 35; 42, 38; Num 16, 30-33; Is 14, 15), de ahí que a los muertos se les designe también con el tópico bíblico de “*los que bajan a la fosa*” (Sal 28, 1; 30, 4; 88, 5; 143, 7).

6.5.2.- MUERTE Y SALVACIÓN EN EL NUEVO TESTAMENTO

Jesús de Nazareth ha resucitado para una vida eterna (Heb 7, 16), es decir, que ha arrebatado el poder a la muerte y al diablo (Heb 2, 14) para convertirse, con el poder de Dios, en Señor de muertos y vivos (Rom 14, 9).

En efecto, Jesús toma sobre sí lo más inhumano de las personas en su muerte en cruz, para descender después al reino de los muertos (al “*sheol*” judío y el infierno cristiano) y llenarlo todo (Ef 1, 20-23). Con ello, recibe el poder sobre todos los seres en el momento que vence a la muerte -en ese reino del mal- con su resurrección a la vida.

³³ Para algunos, la palabra “*Sheol*” puede provenir del verbo hebreo “*Schaal*” (requerir, interrogar), por lo que sería un lugar del requerimiento, es decir, del juicio o el punto de partida de los oráculos de los difuntos. Otra hipótesis lo hace derivar de “*Schol*” (el país del Oeste), el lugar donde se pone el sol que representa la entrada en el mundo inferior. También hay quien opina que deriva de “*Schaah*” (ser desierto), por lo que sería la tierra sin vida. Sin embargo la terminología más parecida al sentido bíblico del término es la de “*Schohal*” (ser profundo) un mundo subterráneo, algo parecido al “*Hades*” griego o el “*Arallu*” asirio-babilónico.

³⁴ Todos los que morían descendían al “*Sheol*”, donde existía una igualdad absoluta para todos. Cuando Job deseaba haber muerto al nacer, añoraba: “ahora, muerto, descansaría, dormiría y reposaría con los reyes y los grandes de la tierra que se construyen mausoleos, con los príncipes ricos en oro y que llenan de plata sus moradas. Allí no perturban ya los impíos con sus perversidades, allí descansan los que codiciosos se afanaron, allí están en paz los esclavos, allí no oyen ya la voz del capataz, allí son iguales grandes y pequeños y el esclavo no está sometido al amo” (Job 3, 13-19).

El cristianismo cree en un Dios personal, Jesucristo, nos salva porque ha vencido al mal y a la muerte, llenándonos de esperanza presente y futura. Este convencimiento nos ayuda a seguir el mismo itinerario vital para alcanzar la salvación: vencer a la muerte existencial y al pecado (el “*no amor*”) y resucitar a una vida nueva para construir el reino del bien y del “*amor*” (el reino de Dios).

6.5.3.- VISIÓN CREYENTE DE LA MUERTE

Todos tenemos miedo a la muerte. El miedo a morir nos perturba y angustia. Consciente de ello, la sociedad quiere evitar que no tengamos contacto con la muerte. Los velatorios son más cortos y deshumanizados. Vestir al difunto es cosa de la funeraria. Los funerales se prefieren reducidos. La inhumación lo más corta posible. La visita a los cementerios una vez al año por Todos los Santos. Aunque reconocemos que la muerte es un negocio, sin embargo, agradecemos el servicio de funerarias para no implicarnos en los preparativos para pensar sólo en la vida.

La “*inteligencia espiritual*” no sólo ayuda a superar mejor el duelo de la muerte con la esperanza de que los difuntos están en una vida mejor, sino que nos prepara para el último trance cuando llegue la nuestra. En ese crítico momento, la “*inteligencia espiritual*” nos enseña la gran lección de la vida: “*nacemos para morir y morimos para vivir*”. Pero en realidad lo correcto es decir que “*nacemos para amar y morimos para ser amados por Dios*”. Todas las religiones del mundo creen que hay vida después de la muerte.

En la lápida funeraria de mi familia hay escrito un epitafio de Pablo de Tarso que dice: “*Si vivimos, vivimos en el Señor; si morimos, morimos en el Señor; vivos o muertos somos del Señor*” (Rom 14, 8). Este es el recordatorio que tiene que dar sentido a la vida, pues sabemos que Dios nos acompaña tanto en la vida como en la muerte. El judaísmo defiende que Dios es

Señor tanto de la vida como de la muerte. El cristianismo cree en lo mismo, porque la muerte ha sido vencida con la resurrección de Jesús de Nazareth.

Muchos “*no creyentes*” y “*agnósticos*” ignoran y viven al margen de Dios mientras sus vidas van todo bien y gozan de buena salud. En el momento que sufren una enfermedad crónica grave o una discapacidad física congénita o como consecuencia de un accidente, utilizan a Dios y le piden el milagro de la sanidad.

Este egoísmo personal también se pone de manifiesto cuando se entra a quirófano o cuando se intuye la muerte. En esos últimos momentos quieren que se rece por ellos, incluso una misa funeral “*por si acaso*” Dios existe y hay cielo. La condición humana no tiene remedio; desde que nacemos hasta que morimos el egoísmo y el orgullo nos acompañan hasta la misma muerte.

Para muchos cristianos, hablar del fuego eterno en las profundidades del infierno donde reside el demonio y sus colaboradores, es escandaloso. Para ellos, hablar del castigo eterno del infierno contradice el mensaje sobre el Dios del “*amor*”.

¿Tiene que desaparecer entonces de la predicación el tema del infierno como algo acristiano y que está por debajo de la religión, para poder mantener el mensaje del “*amor*” de Dios? Quien piense así deberá primero poner en claro que el mensaje del “*amor*” de Dios no puede desvirtuar la realidad de Dios: éste es y sigue siendo el Dios Santo.

En el mensaje de Jesús también se descubre algo muy importante: se trata de la salvación temporal y eterna. La aceptación o rechazo del mensaje de Jesús tiene consecuencias temporales y futuras, desemboca en la alegría del reino de Dios o en el alejamiento de Él. La meta de la vida se puede ganar o malograr en el sentido último y más profundo. Jesucristo, como hijo de Dios, puede describir la seriedad última de la decisión

hablando de las “*tinieblas exteriores, donde serán los alaridos y el rechinar de dientes*” (Mt 8, 12). El infierno es la exclusión definitiva a la salvación y comunión con Dios y con Cristo.

Pero este alejamiento de la salvación, ese no tener comunión alguna con Dios, ¿comienza sólo con la muerte o el juicio? ¿No habrá que decir más bien que donde domina el alejamiento de Dios, donde quiera que se le abandona, donde dominan la incredulidad y el pecado (el “*no amor*”), allí se encuentran las personas encerradas dentro del infierno? ¿Es ahí justamente donde se les juzgará? (Jn 3, 18). ¿Acaso podemos encontrar la posibilidad de hablar del infierno de modo acomodado a nuestra sensibilidad moderna?

El infierno no sólo es un estado de “*falta de vida y amor*” después de la muerte, sino también una vida sin salvación y esperanza en nuestra existencia humana: el “*no Ser*”, el “*no amor*”. Aunque este modo de hablar es frecuentemente figurado, algo acertado hay en él, pues desde el punto de vista bíblico el infierno no es únicamente algo que pertenece al futuro (o al más allá), sino que expresa la experiencia de una realidad alejada y alienada de Dios, en la que falta el sentido de vida, la alegría de vivir, la gracia, la bondad y hasta la belleza de la vida.

7.- ACTITUDES QUE PERJUDICAN LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”

7.1.- SIN “CAMBIO EXISTENCIAL” NO HAY “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”

7.1.1.- LA CONVESIÓN EN EL JUDAÍSMO BÍBLICO

La Biblia utiliza variada terminología para expresar la conversión personal desde una visión teológico-religiosa:

- “*Hatah*” (tropezar, pecar) se recoge en el libro de los Proverbios: “*No vale afán sin reflexión: quien apremia el paso, tropieza*” (Prov 19, 2).
- “*Hatah*” también significa “equivocarse, errar”. Podríamos decir que, los pecados son, en realidad, errores que nos desorientan; son tropiezos que nos hacen más difícil el camino. Pero lo importante es seguir a Dios; porque hasta el justo cae siete veces dice la Biblia (Prov 24, 16). Seguro que Dios los mira así, no como faltas de “*amor*” terribles que se van anotando en una minuciosa lista, sino como los tropiezos del niño que su Padre contempla con ternura. Un Padre que se apresura a levantarnos y acogernos en su abrazo, como así hizo con el hijo pródigo (Lc 15, 11-32).
- El sustantivo “*teshuvá*” indica “vuelta, cambio de dirección (una rotación de 180 grados), inversión del camino”. El movimiento profético (del 1000 al 332 a.C.) centra su mensaje en la persona que deja de ser espectadora y pasa a ser actora de su propio cambio interior. La persona se pone de pie y se pregunta: ¿qué estoy haciendo en este estado?
- “*Shuv*” significa más bien “responder”. La persona responde a Dios convirtiéndose con Él, por Él y en Él; es lo que los griegos llaman *metanoeo*” (*metanoia*) o cambio de opinión y reflexión.

Para el profeta Oseas, la conversión de las personas pone de manifiesto la ternura de Dios cuando exclama: “*vuelve, Israel, al Señor tu Dios, porque has tropezado en tu iniquidad. Preparad las palabras que debéis decir y volveos al Señor y*

decidle: aleja toda iniquidad; acepta lo que está bien y te ofreceremos el fruto de nuestros labios” (Os 14, 2-3).

El profeta Ezequiel presenta un pequeño catálogo de virtudes altruistas relacionadas con el binomio caridad-comportamiento: “*El que sea justo y haga juicio y justicia, no banquete por los montes y no alce sus ojos a los ídolos de la casa de Israel, no manche a la mujer de su prójimo... y no oprima a nadie, y devuelva al deudor su prenda, no robe y dé pan al hambriento y vestido al desnudo, no dé a logro ni reciba a usura, retraiiga su mano del mal y haga juicio de verdad entre hombre y hombre, camine en mis mandatos y guarde mis leyes obrando rectamente, ése es justo, vivirá, dice Yahvé*” (Ez 18, 5-9). Es interesante observar que ya hace su aparición la virtud positiva de la caridad: dar pan al hambriento y vestido al desnudo.

También el Salmista dice al respecto: “*se recordarán y volverán al Señor todos los confines de la tierra, se postrarán delante de él todas las familias de los pueblos*” (Sal 22, 28). El autor del libro de las Lamentaciones invita a que “*examinemos nuestra conducta y escrutemosla, volvamos al Señor*” (Lam 3, 40).

Incluso rabí Aquiba (martirizado por los romanos en el año 135 de la Era cristiana) afirma que la mano derecha de Dios está siempre tendida para acoger cada día a los arrepentidos, y dice: “*volved, hijos del hombre*” (Sal 90, 3).

Los judíos tienen unas fiestas estrechamente relacionadas con la conversión personal y colectiva³⁵: la fiesta del “*Rosh-ha Sahná*” (Año Nuevo) y el “*Yom Kippur*” (Día de la expiación de los pecados):

³⁵ LOPEZ ASENSIO, A.; Op. Cit. “*La judería de Calatayud*”, p. 271 y 281.

- En la fiesta del “*Rosh-ha Shaná*” o año nuevo se hace el “*Tashlich*” (que significa “arrojar”). Se busca la orilla de un río y se lee al profeta Miqueas: “*El volverá a tener misericordia de nosotros y aplastará nuestros pecados. Tu arrojarás al fondo del mar todos nuestros pecados*” (Mq 7, 19). A continuación se arrojan simbólicamente los propios pecados al agua para que se purifiquen.

A la fiesta también se la conoce como el “*Día del Juicio*”, ya que tanto hombres como mujeres serán convocados el día del juicio final para que Dios los examine del “*amor*”. El toque del “*Shofar*” (cuerno de carnero sagrado) tiene el poder, como dice el Talmud, de hacer que Dios se levante del trono de la justicia para sentarse en el de la misericordia.

- El día del *Kippur*” está consagrado íntegramente al ayuno. En este día Dios perdona todos los pecados cometidos contra él (pecados personales) y contra los demás (pecados sociales o colectivos). El perdón se hace efectivo si la persona se reconcilia consigo misma, y con el prójimo a quien ofendió.

7.1.2.- LA CONVERSIÓN COMO “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”

La teología de la conversión-reconciliación del Antiguo Testamento es asumida y predicada por Jesús de Nazareth, que lo plasma en infinidad de paráboles.

Gracias al mensaje evangélico, el cristiano es consciente que por el bautismo y su renovación constante durante toda la vida, se adhiere a Jesucristo y se convierte –como dice Pablo de Tarso- en templo del “*Espíritu Santo*” (1 Cor 6, 19). Gracias al bautismo, el cristiano continuamente está en proceso de conversión, es decir, muere al pecado y vive para Dios en Cristo Jesús (Rom 6, 11), vive de la vida misma de Jesucristo (Gal 2, 20). La transformación así realizada es radical: nos despojarnos de nuestra condición de personas viejas por el “*no amor*”, para

revestirnos de personas nuevas (Rom 6, 6), nuevas criaturas a imagen de Dios (Gal 6, 15).

El que se distrae, se sale de la ruta, se equivoca y tropieza, debe levantarse y volver de nuevo al camino de la vida. Nos espera el abrazo, la ternura, la cercanía, el “*amor*” y los abrazos de Dios.

Pero para que esto suceda la persona debe convertirse al Dios, que no es otra cosa que volverse, dar media vuelta vital y existencial (un giro de 180 grados) y descubrir que Él nos acompaña en esa metamorfosis.

Por eso, la conversión no es hacer cosas, sino volvernos a un Dios personal que está deseando que todos nos giremos para cambiar y dar la espalda al “*no amor*”.

7.2.- EL PECADO NOS SEPARA DE LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”

7.2.1.- EL PECADO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

En el hebreo bíblico hay varias expresiones para designar el pecado; desde “*jet*” que se aplica a una infracción menor, hasta “*pesha*” y “*mered*” que designan actos de rebelión contra la divinidad, o también “*reshā*” como acto deliberadamente malvado.

Por consiguiente, el pecado en la Biblia viene a ser una realidad sumamente concreta que se genera cuando las personas abandonan o rompen con Dios, con lo que ello supone: violencias, rapiñas, juicios con prejuicios, mentiras, adulterios, perjurios, homicidios, usura, derechos atropellados, egoísmos, venganzas, odios, desprecios, prejuicios, envidias, traumas, etc.; en una palabra, toda clase de desórdenes individuales y sociales. De cualquier manera, es presentado como una violación de la palabra y del mandato de Dios (1 Sam 15, 23 ss.; Sal 78), así como una falta y manera de causar daño.

Para comprender mejor el significado de pecado, debemos tener en cuenta las siguientes palabras sinónimas que utiliza a menudo la Biblia: falta, infidelidad, desobediencia, abandono, perfidia, fraude, mentira, injusticia, injuria, violencia, iniquidad, perversidad, desorden, trasgresión, desviación, perdición, negativa, rebelión, impiedad, idolatría, adulterio, prostitución, mancha y abominación.

En la época de los Patriarcas y los Jueces se considera pecado cualquier transgresión o falta contra Dios y sus mandamientos, contra lo que Dios exige a las personas, un atentado contra la relación de ambos³⁶, una desobediencia, una ofensa, una ruptura del pacto entre Él y Moisés en el Sinaí: “*Tú serás mi pueblo, yo seré tu Dios*” (Ex 34, 10-28).

Pero el Pueblo de Israel toma verdadera conciencia del pecado en la época profético-monárquica (del 1000 al 332 a.C.), concepto vinculado también al de justicia y salvación personal. En este sentido, los profetas llaman pecado a todo lo que la persona hace contra la voluntad de Dios. Por el contrario, justicia es todo comportamiento que mantiene la relación con Dios. El movimiento profético³⁷ incide en la necesidad de practicar las buenas obras que Dios recomienda, requisito para que la vida esté colmada de sus bendiciones.

También hay que destacar el parentesco que existe entre el pecado y la muerte. Ambas realidades se sitúan en el estrato personal, donde nace la decisión libre de las personas de elegir el camino de Dios (vida) o seguir por el camino del pecado (muerte). La opción de ir contra Dios (pecado), lleva implícita una recusación de la vida que es don de Dios (muerte). Pecado y

³⁶ Para comprender mejor el significado de pecado, debemos tener en cuenta las siguientes palabras sinónimas que utiliza a menudo la Biblia hebrea: falta, infidelidad, desobediencia, abandono, perfidia, fraude, mentira, injusticia, injuria, violencia, iniquidad, perversidad, desorden, transgresión, desviación, perdición, negativa, rebelión, impiedad, idolatría, adulterio, prostitución, mancha, abominación.

³⁷ AUZOU, G.; Op. Cit. “*La palabra de Dios*”, p. 223.

muerte son dos aspectos de esa única realidad que es el misterio del mal³⁸.

En definitiva, el pecado de las personas no sólo atenta contra los derechos de Dios, sino que también le hiere en el “corazón” y, como consecuencia de ello, afecta a los que Dios “ama”. Para paliar esta situación, los israelitas podían expiar sus pecados mediante el sacrificio y holocausto de un animal. La expiación de los pecados no era un castigo, sino un acontecimiento salvífico.

7.2.2.- EL PECADO EN EL NUEVO TESTAMENTO

Mientras que en el Antiguo Testamento el pecado se concibe como una transgresión de las normas religiosas o una negación de la realidad de Dios, así como una ruptura con las personas y con la sociedad; en el Nuevo Testamento cristiano se entiende como una falta de fe, una infidelidad a Dios y al “amor” que representa, es decir, todo lo que implique “no amor”.

Los cuatro evangelios denuncian el pecado donde quiera que se halle, incluso en aquellos que se creen justos porque observan las prescripciones de una ley exterior. Porque el pecado está en el interior del “corazón”, de donde “*salen los pensamientos malos, las fornicaciones, los hurtos, los homicidios, los adulterios, las codicias, las maldades, el fraude, la impureza, la envidia, la blasfemia, la altivez, la insensatez: cosas todas que salen de dentro y mancha al hombre*” (Mc 7, 21 ss.).

³⁸ El profeta Ezequiel presenta un pequeño catálogo de virtudes altruistas relacionadas con el binomio caridad-comportamiento: “*El que sea justo y haga juicio y justicia, no banquete por los montes y no alce sus ojos a los ídolos de la casa de Israel, no manche a la mujer de su prójimo... y no oprima a nadie, y devuelva al deudor su prenda, no robe y dé pan al hambriento y vestido al desnudo, no dé a logro ni reciba a usura, retraiaga su mano del mal y haga juicio de verdad entre hombre y hombre, camine en mis mandatos y guarde mis leyes obrando rectamente, ése es justo, vivirá, dice Yahvé*” (Ez 18, 5-9). Es interesante observar que ya hace su aparición la virtud positiva de la caridad: dar pan al hambriento y vestido al desnudo.

Los evangelios sinópticos (Marcos, Mateo y Lucas) revelan que sólo el Hijo de Dios, Jesucristo, nos ha liberado del pecado por el “*amor*” y la entrega demostrada en la pasión, cruz, muerte y resurrección.

En muchas parábolas Jesús de Nazareth se sienta en la mesa con los pecadores, a los que muestra su perdón y el compromiso de que comiencen de nuevo

En la parábola del hijo pródigo manifiesta el perdón y la misericordia de Dios Padre para todos los pecadores (Lc 15, 11-32). Aquí se pone de manifiesto que el pecado es una ofensa hacia Dios, así como lo absurdo que es no concebir su perdón si no hay un arrepentimiento y retorno del pecador. Fuera de este contexto no se entiende perdón alguno. El padre perdona desde el principio, pero el perdón no afecta eficazmente al pecado del hijo pródigo, sino en su retorno a la casa del padre. En esta misma línea se dirige la parábola del fariseo y el publicano (Lc 18, 9-14)

Para Pablo de Tarso todo lo que no se realiza a partir de la fe en Jesucristo es pecado (Rom 14, 23). Las cartas del Apóstol dejan claras cuatro afirmaciones acerca del pecado:

A.- Todas las personas están bajo el poder del pecado dominante, del cual sólo cabe la liberación por la acción reparadora y única de Dios en Jesucristo.

B.- La llamada a los cristianos a perseverar en la fe en Dios, en vez de serlo del pecado, para luego caminar en el “*espíritu*”, en Cristo Jesús.

C.- Pecado es todo lo que no se realiza a partir de la fe y, por tanto, no vinculados a Cristo (Rom 14, 23). Pecado es la voluntad y el poder de todos aquellos que están contra Jesús como Hijo de Dios.

D.- La grandeza de la actuación de la gracia de Dios frente al pecado y, al mismo tiempo, la responsabilidad de las personas ante su fe y su modo de obrar.

De la confluencia de estas cuatro líneas de actuación, Pablo de Tarso invita a imitar el “*amor*” de Cristo:

“Vivid en el amor como Cristo os amó y se entregó por nosotros como oblación y víctima de suave aroma. La fornicación, y toda impureza o codicia ni siquiera se mencione entre vosotros, como concierne a los santos. Lo mismo que la grosería, las necesidades o las chocarrerías, cosas que no están bien; sino más bien, acciones de gracias. Porque tened entendido que ningún fornicario o impuro o codicioso —que es ser idólatra— participará en la herencia del reino de Cristo y de Dios. Que nadie os engañe con vanas razones, pues por eso viene la cólera de Dios sobre los rebeldes. No tengáis parte con ellos. Porque en otro tiempo fuisteis tinieblas; mas ahora sois luz en el Señor. Vivid como hijos de la luz; pues el fruto de la luz consiste en toda bondad, justicia y verdad... Así pues, mirad atentamente cómo vivís; que no sea como imprudentes, sino como prudentes; aprovechando bien el tiempo presente, porque los días son malos. Por tanto, no seáis insensatos, sino comprended cuál es la voluntad del Señor. No os embriaguéis con vino, que es causa de libertinaje: llenaos más bien del Espíritu...” (Ef 5, 1-18).

7.2.3.- EL PECADO ALEJA DE LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”

El concepto de pecado apenas puede ser utilizado hoy sin dar inmediatamente una explicación. Su comprensión originaria, determinada religiosamente, parte siempre de la relación responsable (comunitaria o individual) de la persona con Dios. El pecado es la ruptura de relación con Dios. Así todos los pecados particulares pueden entenderse como un síntoma del único pecado, que consiste en una vida sin Dios, en la incredulidad, en la falta de esperanza y en un comportamiento basado en el “*no amor*” que niega el propio “*amor*”.

De ahí que, tanto el sentimiento de la falta de sentido de la vida, de la fatalidad de la historia, de la duda de sí mismo, del egoísmo del “*corazón*” humano, del sentimiento de venganza que impera en la conciencia personal, de la misma culpa concreta, etc., han de ser referidas a la única raíz del alejamiento de Dios.

Las primeras narraciones bíblicas sobre la caída de Adán y Eva (Gn 3), el diluvio universal (Gn 6-9) y la torre de Babel (Gn 11) son las afirmaciones fundamentales sobre el pecado. Ellas dejan entrever, al mismo tiempo, la superación del pecado por la misericordia y el perdón de Dios.

Cuando la persona se coloca como norma por más que sepa que comete faltas y que está sometida a fallos e impulsos fatales; es entonces cuando tiende a explicar todo psicológica o sociológicamente. En efecto, en el ámbito psicológico se ve determinado por la enfermedad, el sufrimiento, la frustración, la angustia, el fracaso y la muerte. En el campo sociopolítico corresponde a eso la incapacidad para dominar los conflictos sociales y para realizar la libertad y la paz, la imposición rigurosa del poder (la mayor parte de las veces motivada por ideologías), y el miedo ante la autoaniquilación de la humanidad. Todas las ideologías y religiones buscan caminos para convivir con el mal y superarlo con una actitud y unos esfuerzos adecuados.

La reconciliación es el motor de la historia. Sin perdón no avanzan las sociedades, las relaciones interpersonales y la propia existencia. Si queremos tener siempre la razón, que nadie nos cuestione, si el orgullo nos esclaviza, será difícil superar el concepto de pecado mediante la reconciliación. Si no hay conciencia religiosa, tampoco hay conciencia de pecado.

Es preciso reconocer nuestros errores, nuestras faltas de “*amor*” y miserias humanas para poder reconciliarnos, cambiar existencialmente y vivir según la “*inteligencia espiritual*”. Veamos a continuación los beneficios que comporta reconocer

nuestras limitaciones y faltas de “*amor*”, así como la necesidad de perdonar.

7.3.- SIN “RECONCILIACIÓN” NO HAY “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”

7.3.1.- EL PERDÓN EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

La Biblia da mucha importancia a la hermandad como signo identificativo de la condición humana. Muchos de sus textos enseñan que el principal mandato que Dios es el que se recoge en el decálogo de los Diez Mandamientos de la Ley de Moisés: “*No te vengarán, ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo; más amarás a tu prójimo como a ti mismo*” (Lev 19, 17 ss.), incluso al extranjero (Lev 19, 34), al enemigo (Ex 23, 4ss.; Prov 25, 21ss.).

Los rabinos han sacado de esta Ley bíblica numerosas reglas de conducta. La más importante es que el pecado no es perdonado por Dios, si la persona primero no ha pedido perdón a quien ha ofendido en una desavenencia o pleito. El Talmud exige que se llamen testigos y que se intente la conciliación. Si el agraviado murió antes de que se le pidiese perdón, es preciso ir a la tumba del difunto y pedirle disculpas allí mismo (*Yoma 45c*).

Otro pasaje del Talmud dice: “*si uno ha sospechado injustamente de otro, debe conciliarlo; más; debe bendecirlo*” (Ver 31b). El agraviado está moralmente obligado a perdonar a una persona arrepentida de su acto. Sin embargo, no es necesario intentar la conciliación más de tres veces.

En el Antiguo Testamento, el “*amor*” se proyecta hacia el otro hasta llegar a una solidaridad completa (Dt 15, 12-18; 23, 16ss.). La Biblia nos invita, en todo momento, a superar nuestro orgullo y egoísmo como tentación peligrosa de infidelidad al “*amor*” que Dios nos tiene.

7.3.2.- EL PERDÓN EN EL NUEVO TESTAMENTO

El Nuevo Testamento sigue la misma línea teológica y argumental que el Antiguo. Jesús de Nazareth dice a sus discípulos: “*por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda*” (Mt 5, 23-24). Esta enseñanza indica que es fundamental resolver los desacuerdos y conflictos con el prójimo, antes de buscar el perdón y la comunión con Dios.

Este pasaje evangélico nos da la clave del perdón: Jesús enseña que la reconciliación con el hermano es un requisito para la correcta relación con Dios, requisito indispensable para vivir la “*inteligencia espiritual*” tanto del que ofende, como del ofendido. El perdón interior o la confesión ante un sacerdote no se logra si la persona no pide perdón a la agraviada (antes o después del arrepentimiento), así como un abandono total de malas acciones e intenciones que den por resultado un cambio integral y radical de la mentalidad y del modo de vivir.

No basta con lamentar el acto pecaminoso y desistir de él, sino que es preciso resolver firmemente no volver a cometerlo. La intención no es sólo pedir perdón, sino reconciliarse, lo que implica una restauración de la relación con nosotros mismos, con la persona ofendida y con Dios.

7.3.3.- LA “RECONCILIACIÓN” Y EL “PERDÓN” COMO VALOR BÍBLICO

Además del mandato singular del “*amor*” al prójimo, en la Ley de “*Santidad bíblica*” (recogida en la literatura sapiencial), Dios rechaza “*sembrar discordia entre hermanos*” (Prov 6, 19), ya que las personas tienen que vivir reconciliadas si quieren obtener la bendición de Dios (Sal 133). Las personas se destruyen si no superan el odio y la venganza.

Cuando guardamos rencor a alguien o tenemos un resentimiento hacia otra persona, somos nosotros los únicos perjudicados, los únicos lastimados que nos causamos daño. La falta de perdón es capaz de enfermarnos, envenenarnos, hacernos sufrir y volvemos hacia la maldad. Cuando uno odia a su enemigo, pasa a depender de él. Aunque no quiera, se ata a él, queda sujeto a la tortura de su recuerdo y al suplicio de su presencia. Toda persona se equivoca si no progresá en la superación del odio y la venganza.

Las personas que se desprecian a sí mismas, se dejan caer, se envilecen y juzgan su vida sin sentido, huyen de sí mismas. La estimación exagerada y el desprecio a uno mismo andan a menudo juntos. Ambos son fruto de la soledad de las gentes autónomas, abandonadas a sí mismas. Ellas ignoran que son amadas, que son útiles y responsables. Falta diálogo con la Palabra de Dios y con los demás, nuestro prójimo. Solamente el que sabe que es tomado en serio, es capaz de aceptarse a sí mismo seriamente.

Quien sigue por este camino se perderá en el laberinto de sus afectos y relaciones interpersonales negativas. Las personas estamos llamadas a la hermandad, no sólo con nuestros semejantes, sino con toda la humanidad y todos los pueblos de la tierra. Dios deja muy claro cuál debe ser la dirección de las personas con nuestros semejantes: el “*amor*” y el perdón es el objetivo.

Como personas amadas y aceptadas por Dios, somos llamados a dar una respuesta y a “*Ser*” responsables. El “*amor*” al prójimo y al enemigo es nuestra razón de “*Ser*”, el verdadero sentido de la “*espiritualidad*” humana. Sólo así podrá ser una realidad el “*reino de amor*” que tanto anuncia Jesús de Nazareth. Ese reino es una sociedad más justa, solidaria, humana y amable. Sólo el “*amor*” y no la autosuficiencia puede hacerlo. Dios tiende la mano para alcanzar juntos en este objetivo.

7.3.4.- SIN “PERDÓN” NO HAY “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”

Sin perdón no hay “*espiritualidad*”. Los “*no creyentes*” tienen como objetivo último perdonar dentro de su humanismo. Pero ésta orientación les resulta difícil de conseguir si no hay previamente una transformación interior que descubra la reconciliación como valor supremo y nuclear de sus vidas.

Sólo el “*amor*” suscita deseos renovados de reconciliarse consigo mismo, con los demás y con Dios, requisitos indispensables para ser perdonados por Dios. Él no perdona si previamente no hay arrepentimiento personal y se pide perdón a la persona ofendida. El creyente asimila y reconoce tres verdades fundamentales: el “*amor*” a Dios, el “*amor*” al prójimo como a uno mismo, y el perdón en todas sus formas y circunstancias.

Pero ¿para qué perdonar? Jesús de Nazareth enseñó a sus discípulos que debían perdonar. Para que no olvidaran esta obligación, les dejó inmortalizado en el Padrenuestro: “*Perdónanos nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden*” (Lc 11, 4). También en la siguiente recomendación: “*Porque si vosotros perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestros Padre celestial: pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras ofensas*” (Mt 6, 14-15).

A pesar del énfasis que puso Jesús en su cumplimiento, perdonar es lo que más cuesta a las personas, tal vez porque tenemos una idea equivocada sobre el perdón.

Uno de los mayores errores consiste en creer que cuando uno perdoná le hace un favor a su enemigo. En realidad cuando uno perdoná se hace un favor a sí mismo. La misma experiencia nos enseña que cuando guardamos rencor a alguien, o tenemos un resentimiento hacia otra persona, somos nosotros los únicos que nos perjudicamos, sufrimos y causamos daños. Es

indudable que nuestro enemigo estaría feliz si se enterara del daño que su recuerdo provoca en nosotros.

¿Cuántas veces hemos pensado que el que perdona pierde? En realidad el que perdona gana, porque perdonar es quitarse uno mismo una espina dolorosa capaz de herir toda una vida. El odio causa mayor daño a quien lo tiene que a quien lo recibe. Y el que se niega a perdonar sufre mucho más que aquel a quien se le niega el perdón. Cuando uno odia a su enemigo, pasa a depender de él. Aunque no quiera, se ata a él. Queda sujeto a la tortura de su recuerdo y al suplicio de su presencia. En cambio, cuando logra perdonar, rompe los lazos que lo atan, liberándose y dejando de padecer.

Por eso, cuando Jesús pidió que se perdone a los demás, no lo dijo pensando en ellos, sino en uno mismo. Porque dentro del proyecto de Jesús está que sus seguidores sean gente sana, y que puedan vivir la vida en plenitud. Él mismo lo dijo: “*Yo, he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia*” (Jn 10, 10).

¿Perdonar es justificar? Cuando uno perdona reconoce que el otro ha obrado mal, que ha cometido un hecho más o menos grave pero aun así, y a pesar de todo, decide perdonarlo para preservar su propia salud y su bienestar interior. Por consiguiente, perdonar no es disculpar, es perdonar para asumir una higiénica actitud de vida que produce, a la larga, efectos benéficos y saludables para nuestra salud mental, personal y emocional.

¿Perdonar implica perdonar? Muchas veces tenemos la errónea idea de que perdonar implica olvidar. No es así. Jesús nunca pidió a nadie que olvidara las ofensas recibidas. Sería ciertamente mucho más fácil perdonar si hubiera olvido (como sería mucho más fácil la bondad humana si no hubiera tentaciones). Pero el hecho de que uno no olvide, no significa que no perdone. Porque uno puede recordar espontáneamente los recuerdos más dolorosos y dañinos, y no por eso sufrir el

desgaste interior propio de quien guarda un doloroso rencor. A veces conviene no olvidar, para evitar volver a ser herido. Porque quien perdona y olvida, olvida lo que perdona.

¿Perdonar es restaurar? También creemos que perdonar significa volver forzosamente la cosas a como estaban antes del enojo. Que si uno perdonó a un amigo, debe devolverle la amistad, que si uno perdonó a alguien con quien convivía, debe aceptarlo nuevamente con él; que si uno perdonó a un ser querido, debe volver a sentir cariño por él. Pero eso no es necesariamente así. No siempre se puede devolver toda la confianza a quien nos defraudó, aun cuando se le perdone. No siempre se puede volver a sentir aprecio o estima por quien nos ha ofendido, ni reanudar la amistad con quien nos ha agraviado. A veces resulta una imprudencia restituir la confianza a quien nos ha engañado un vez, aunque le haya perdonado. El perdón no implica reponer sentimientos ni afectos; eso nunca lo sugirió Jesucristo. Tampoco el perdón me impide que yo reclame la restitución de los derechos violados por el ofensor, o la reparación de la injusticia que él cometió, o el digno castigo que él se merece, siempre que yo no busque en ello la venganza personal, sino la justicia.

¿Perdonar es aceptar disculpas? Sería falso creer que, para perdonar a alguien, tengo que esperar a que él se arrepienta y me pida perdón. Cuando Dios perdona, no lo hace para sanarse Él, sino para sanarnos a nosotros del pecado y devolvernos su amistad; por eso hace falta que estemos arrepentidos y pidamos disculpas. Pero cuando perdonamos lo hacemos para librarnos de las secuelas que le dejó la violencia o el desprecio vivido. Y para eso no hace falta que el otro se arrepienta. Basta con que uno quiera perdonar.

Entonces, si perdonar no es favorecer al enemigo, ni justificar su conducta, ni olvidar su agravio, ni restaurar su amistad, ni esperar sus disculpas, ¿qué es el perdón? El perdón es ante todo una decisión. No está subordinado a nada, ni depende de que el otro cumpla ciertos requisitos. Uno perdona simplemente

porque quiere hacerlo o por convicciones religiosas.

El evangelio de Marcos cuenta que Jesús, hablando un día de la oración, dijo: “*cuando se pongan de pie para rezar, perdonen si tienen algo contra alguien*” (Mc 11, 12). No nos hemos cansado de decir en este ensayo que Dios da mucha importancia al “*amor*” y al perdón. Por ello, no se entiende que un creyente no esté habituado a perdonar, aunque le complique muchas veces la vida, pues lo que impulsa a la naturaleza humana es todo lo contrario: venganza, odio, saldar cuentas, perdonar pero no olvidar, “*arrieros somos y en el camino nos encontraremos*”, etc.

¿Y cómo puede uno saber que ya ha perdonado? Siguiendo ciertos consejos del Nuevo Testamento, podemos descubrir algunas pautas:

A.- Cuando ya no se desea el mal al otro, según las palabras de Jesús: “*Amén a sus enemigos, haced el bien a quienes odien, bendecid a quienes os maldigan*” (Lc 6, 27-28).

B.- Cuando se ha renunciado la venganza, tal como lo enseña Pablo de Tarso: “*No devolváis a nadie el mal por el mal; no os venguéis de nadie*” (Rom 12, 17.19).

C.- Cuando uno es capaz de ayudar a su ofensor si lo ve pasar necesidad, como también dice Pablo de Tarso: “*Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber; haciendo esto amontonarás carbones encendidos sobre su cabeza*” (Rom 12, 10).

En resumen, perdonar es como soltar de la mano, una brasa que nos quema, que tomamos en algún momento de la vida y que nos perjudica. En cambio, la falta de perdón es capaz de enfermarnos, intoxicarnos y volvernos malas personas. Por eso es muy acertado el consejo de san Agustín: “*Si un hombre malo te ofende, perdónalo, para que no haya dos hombres malos*”.

Con la ayuda, diálogo y confianza en Dios podemos conseguir que pedir disculpas y perdonar forme parte de nuestro proyecto

de vida y de nuestra forma de ser coherentes como creyentes. El enemigo es un buen pretexto para acercarnos al “*amor*” misericordioso de Dios y descubrir el valor de su Plan reconciliador.

7.4.- EL ORGULLO DIFICULTA LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”

El libro del Cantar de los Cantares comienza con el famoso verso: “*vanitas vanitatum, omnia vanitas*” (vanidad de vanidades, todo vanidad). La vanidad u orgullo es consustancial al Ser Humano, pues adolece muchas veces de humildad personal y social.

7.4.1.- LA HUMILDAD EN LA TRADICIÓN BÍBLICA

7.4.1.1.- La humildad en el Antiguo Testamento

El término hebreo “*anî*” y “*anaw*” es muy utilizado en los textos veterotestamentarios para designar al “*indefenso*” que no tiene ningún derecho (Sal 9), así como al “*oprimido*” al que se explota, se extorsiona y se maldice (Sal 10).

Pero Dios toma partido en favor del “*anî*” (Ex 22, 24; Dt 24, 14ss.). Dado que es “*el Dios de los humildes*” (Sal 25, 9; Sal 149, 4), escucha y consuela a las personas que se compadecen (Is 29, 19, Job 36, 15), hasta que logra cambiar las circunstancias existentes y las pone a su favor (Is 26, 6; Sal 37, 11).

Así el vocablo “*anî*” (y todavía más “*anaw*”), además de designar a los pobres en sentido estricto, pasan a ser una auto-denominación religiosa de aquellos que, en una situación de necesidad, sólo buscan humildemente la ayuda de Dios o la han encontrado (Sal 40, 18; Sal 102, 1; Is 41, 17).

7.4.1.2.- La humildad en el Nuevo Testamento

Los términos hebreos que acabamos de ver, son traducidos al griego neotestamentario como “*prayós*” (manso, no violento), palabra que se aplica a la amabilidad respetuosa que una persona muestra hacia otra. También el vocablo “*tapeinós*” (mansedumbre, suave, bondadoso) subraya ante todo una actitud de subordinación, sea esta adoptada de un modo forzoso o voluntario. Los dos términos son utilizados sobre todo para expresar la fe en Dios, ya que Él mismo, a través de su intervención en la historia, humilla a los soberbios y arrogantes para escoger a los humildes.

Por el contrario, en la filosofía greco-helenística estos dos términos designan ideales sociales de virtud de alto rango. Para Aristóteles constituyen el punto medio entre dos extremos: la ira y la insensibilidad.

Pero la humildad no es una virtud en el sentido helenístico, sino un modo de comportarse y una posibilidad vital otorgados por Dios. Por eso no se reduce a ser una mera consecuencia del temperamento humano, sino que se manifiesta cuando las personas están unidas a Dios.

Ambos vocablos bíblicos son lo opuesto a la ira desenfrenada, a la severidad, a la violencia y a la autoafirmación. Son sobre todo comportamientos característicos de aquellos que tienen sentimientos nobles, es decir, del sabio (que conserva una serena mansedumbre incluso en medio de las injurias), del juez (que impone castigos moderados), del rey (que gobierna con benignidad) y también de los dioses (que se muestran benevolentes). Por eso ambos vocablos aparecen a menudo en las historias de los gobernantes y en los panegíricos de jefes y líderes.

El evangelista Mateo dice: “*Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os daré descanso. Llevad mi yugo sobre vosotros, y a prended de mí, que soy manso y humilde de*

Corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera” (Mt 11, 28-30). Aquí Dios es humilde ante las personas de “corazón”, es decir, delante de Dios, lo que equivale a decir totalmente necesitado de Él, además de poder llamar a sí a los que están rendidos y abrumados para prometerles el descanso existencial si le siguen.

Mateo también habla de humildad en este pasaje: “*Te doy gracias, Padre, porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a los pequeños (a los niños)*” (Mt 11, 25). En el contexto bíblico, Jesús expresa su gratitud al Padre por revelar sus secretos a los humildes y sencillos, en lugar de a los intelectualmente sofisticados o engreídos. El orgullo y el egoísmo cierran toda puerta al conocimiento de Dios y, por consiguiente, a la “*inteligencia espiritual*”.

En parecidos términos se vuelve a expresar Mateo cuando dice “*En aquel tiempo los discípulos vinieron a Jesús, diciendo: ¿Quién es el mayor en el reino de los cielos? Y llamando Jesús a un niño, lo puso en medio de ellos, y dijo: De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Así que, cualquiera que se humille como este niño, ese es el mayor en el reino de los cielos. Y cualquiera que reciba en mi nombre a un niño como este, a mí me recibe*

” (Mt 18, 1-5).

La exhortación a hacerse como niños no significa un hacerse más pequeño de lo que uno es, sino el saber puro (al igual que los niños) de quien se hace pequeño realmente. Así pues, la humildad consiste en saber lo poco que somos realmente delante de Dios y lo mucho que somos para Él.

7.4.1.3.- Sólo el humilde obtiene la “*inteligencia espiritual*”

Durante mucho tiempo, la humildad se ha confundido con el servilismo y la sumisión. En el mensaje bíblico no se entiende

como un comportamiento condescendiente y dócil. La humildad es contraria a la “*hybris*”, a la arrogancia, y por eso se hace odiosa para la ideología y forma de pensar de una inmensa mayoría de las personas.

Desde un punto de vista religioso, la humildad nace de la relación de la persona con Dios, es decir, cuando la persona se ve a sí misma y a los otros en manos de Dios y reconoce que no le toca a él juzgar sobre su propio rango y valor, es entonces cuando vive en la humildad.

Esta se distingue de la inmutabilidad filosófica cuando los acontecimientos y circunstancias son motivo de sufrimiento, anhelando una transformación de dichos acontecimientos. No obstante, esta transformación no se realiza por sus propias fuerzas, sino que ha de esperar también la acción e iniciativa de Dios. La persona que vive en la humildad ha renunciado a imponer sus exigencias a costa de los demás. Por consiguiente, ser humilde no significa caer en el quietismo, sino acabar con la mentalidad egocéntrica y dejar el futuro en manos de Dios.

¿Cómo se puede llegar a esta actitud? Si esta postura estuviese basada en una idiosincrasia de la persona, la carencia de ella no necesitaría la menor disculpa. Si se intenta ejercitar un comportamiento adecuado a ella, hay que hacer constar en seguida que este ejercicio puede, en el mejor de los casos, lograr unas formas externas. En cambio, la humildad entendida en el sentido bíblico es ante todo una actitud interior. Si se la considera como un fruto del “*espíritu de Dios*”, ello quiere decir que sólo puede desarrollarse sobre el terreno de la fe y sólo cuando la persona ha reconocido sus miserias y defectos delante de Dios. Este reconocimiento de “*sencillez de corazón*” es fundamental para alcanzar la “*inteligencia espiritual*”.

En efecto, desde la humildad que nace de la fe, el diálogo y la oración con Dios, la persona alcanza la necesaria “*inteligencia espiritual*” para profundizar en sus defectos, en el mal carácter, y en la conflictiva forma de “*Ser*” y actuar. Las limitaciones

personales ayudan a reconocer el propio interior y cambiar el genio temperamental soberbio y prepotente en reconciliación, compresión y humildad; un valor humano necesario para alcanzar la reconciliación personal y saber perdonar cuando erramos de pensamiento, palabra y obra.

Mediante la “*inteligencia espiritual*” la persona encuentra amparo y comprensión en Dios cuando quiere alcanzar estos objetivos. Además puede entender que no necesita justificarse a sí mismo ni pensar en términos de supremacía. Pero la existencia en la fe en Dios le hace libre, exento de envidia, no sólo para ver y aceptar el progreso de los demás, sino también para fomentar y alegrarse de su bien. Por otra parte, el Evangelio nos enseña que si los demás son o no agradecidos, no debe tener para nosotros la menor importancia.

La humildad religiosa no es otra cosa que un experimentar la sencillez de Dios como fruto del “*amor*” recibido. Esta experiencia no puede conformarse nunca con las circunstancias actuales de un modo fatalista, sino que sabe y espera que aquellas cambiarán. Como dice el Evangelio: Dios está al lado de los humillados, ensalza a los humildes y hace caer a los poderosos de sus tronos (Lc 1, 52-53). Así la humildad delante de Dios libra a la persona de sus ataduras existenciales y le hace libre para el prójimo.

8.- LA MÍSTICA INSPIRA LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”

La intención última de los principales místicos del siglo XVI, especialmente Teresa de Ávila y el san Juan de la Cruz, era construir a la persona desde el centro esencial y simplísimo de su “*Ser*”. La oración y “*espiritualidad*” de su propio conocimiento no fue un examen puramente filosófico, sino un encuentro con Dios en lo más íntimo de la persona.

Este propósito ha movido también a la mejor psicología de nuestro tiempo deseosa de conocer la “*inteligencia espiritual*” de estos santos del Siglo de Oro.

8.1.- TERESA DE ÁVILA: UNA MUJER ESPIRITUAL

8.1.1.- LA VIDA DE UNA SANTA

No nos interesan los datos biográficos que ella misma nos cuenta en el libro de su vida, sino la profundidad de la “*espiritualidad*” que nos describe en sus obras. Sus primeros 20 años como monja en el convento de la Encarnación de Ávila se reducen a un fondo de “*amor propio*”, que se resumen en estos puntos:

- **Su amor propio aún está vivo y la desasosiega:** “*cúlpabanme sin tener culpa hasta veces; yo lo llevaba con harta pena y imperfección*” (Vida, cap. 5, p. 27).
- **Se mezcla la vanidad en sus buenas obras:** “*era curiosa en cuanto hacía*” (Vida, cap. 5, p. 27).
- **Le halaga verse estimada por los demás:** “*Holgábame ser estimada*” (Vida, cap. 5, p. 27).
- **Tiene exterioridad de espíritu y distracción natural** (Vida, cap. 5, p. 27).
- **Tiene poca perspicacia espiritual:** “*Si el demonio se acometiera entonces descubiertamente, parecíame en ninguna manera tornara gravemente a pecar; mas fue tan sutil que mis determinaciones me aprovecharon poco*” (Vida, cap. 4, p. 25).

Pero los momentos de intimidad y oración supusieron el cambio espiritual de su vida. La oración es, a su entender, un trato de íntima amistad con la humanidad de Dios, es decir, “*estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama*” (Vida, cap. 8, p. 37).

8.2.- LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL” EN TERESA DE ÁVILA

La mayoría de los neurólogos y psiquiatras coinciden en encontrar en la madre Teresa síntomas de epilepsia como enfermedad predominante, filiada a desarreglos patológicos de su cuerpo y de su psique.

Sin embargo, un teólogo no puede aceptar estas hipótesis y ofrece una explicación desde la fe. Cree que en los místicos actúa la fuerza extrínseca y superior de Dios, el mismo que intuyen y experimentan en los momentos de iluminación divina. Y esa realidad es la que los “*no creyentes*”, por muy científicos que sean, no están en disposición de entender, descubrir, ni juzgar³⁹.

Aunque Teresa de Ávila estuvo enferma casi toda su vida (con intermitencias de paroxismo y de remisión), sin embargo, quiso sufrir, sufrir continuamente para lograr una purificación más perfecta, una perpetua crucificada.

8.3.- LA ORACIÓN MÍSTICA DE TERESA DE ÁVILA

8.3.1.- LA ORACIÓN EN SUS LIBROS

8.3.1.1.- La oración en el libro “*Camino de Perfección*”

En este libro quiere instruir a sus monjas “*escribiendo algunas cosas de oración*”. Pero en realidad su intención abraza toda la

³⁹ PABLO MAROTO de, D.; “*Santa Teresa de Jesús: Nueva biografía*”, Editorial de espiritualidad, Madrid, 2014, p. 138.

vida de las Descalzas, cuya “*regla de vida*”, resumida en “*orar día y noche meditando en la Ley del Señor*”, las hace vivir en constante disposición para rezar y contemplar cada momento en intimidad, recogimiento, quietud y sin poner trabas a la acción de Dios cuando viene. Esta será la esencia la “*espiritualidad*” y mística teresiana.

Por ello, la Santa dirá que “*en algunos libros de oración está escrito, adonde se ha de buscar a Dios. En especial lo que dice el glorioso San Agustín, que ni en las plazas, ni en los contentos, ni por ninguna parte que le buscaba le hallaba como dentro de sí*” (Vida, cap. 40, p. 361-362).

8.3.1.2.- La oración en el libro de “*Las Moradas*”

“*Las moradas*” es su libro de madurez. Ella plantea dos conceptos trascendentales: “*lo de fuera*” (está en contacto con lo sensible que nos rodea y será hermoso si está iluminado por la luz de dentro, feo y abominable si no lo está), y “*lo de dentro*” (hermoso, brillante y “*pertenece al orden de nuestro propio espíritu, que tiene a su vez otro centro, que es Dios*”). Este aspecto íntimo lo llama: “*Castillo Interior*”.

La madre Teresa nos invita a entrar hasta la última morada del castillo. Para darlo a conocer mejor, lo divide en siete moradas o dependencias⁴⁰:

1.- **Primera morada:** Son almas metidas en el mundo, que tienen deseos de oración y procuran hacer buenas obras. Les recomienda que no se distraigan y procuren soledad.

2.- **Segunda morada:** Son almas que tienen oración y alguna mortificación, pero se resisten a dejarlo todo, tienen tentaciones y ningún recogimiento. Su remedio son las buenas compañías y constancia en la oración.

⁴⁰ IBIDEM, P. 139.

3.- **Tercera morada:** Son almas virtuosas y de mucha oración; pero tienen un fondo de “*amor propio*” que se entremezcla con sus obras. Necesitan mucha humildad y ciega obediencia.

4.- **Cuarta morada:** Empiezan las oraciones sobrenaturales de recogimiento y quietud, cuya característica es la experiencia de Dios presente en el alma. El “*corazón*” comienza a “ensancharse”.

5.- **Quinta morada:** En esta morada el alma se une con Dios, que la inmuniza contra el pecado y las tentaciones del demonio.

6.- **Sexta morada:** Se ultima la unión del alma con Dios, desapareciendo del alma todo pecado. En esta fase se celebra el **desposorio**, que es cuando Dios da **arrobamientos**, es decir, que el alma “*sale de sí*” en un éxtasis luminoso y trascendente.

7.- **Séptima morada:** Es la última morada, la morada de Dios que aparece en el alma con todos los resplandores de la Trinidad. El alma está en íntima y estrecha común-unión con Dios.

8.4.- LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL” DE TERESA DE AVILA

8.4.1.- LA ORACIÓN MENTAL DE LA SANTA

Teresa de Ávila buscó en la oración una relación amorosa con Jesucristo. Este ejercicio de piedad lo hacía en soledad, en silencio y con ayuda de libros. También meditaba en comunidad cuando rezaba la lectura de las horas y en la misa diaria.

Por medio de la Oración progresaba en la vida espiritual. Fue descubriendo que el ejercicio de la oración, como relación y encuentro con Dios, era su centro vital, el medio para superar la mediocridad de una vida conventual. En sus escritos pudo llegar a concretar qué era para ella orar, meditar y contemplar: “*Que no es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar*

de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama” (Vida, 8, 5)

Nadie ora sin tener claro que Dios existe, que interviene en los acontecimientos históricos y que “*ama*” a las personas. Es un ejercicio de caridad porque es una “*relación de amor*”, una exigencia del orante, una respuesta al Dios que nos amó primero. Por eso la madre Teresa define la oración como “*tratar de amistad*”, es decir, trato amoroso, relación afectiva que se salva aun en las especulaciones y reflexiones del entendimiento sobre alguna verdad que se busca y que se encuentra. Es menos viable en la definición teresiana, pero se practica al aceptar que “*Dios nos ama*”: nos fiamos de Él⁴¹.

8.4.1.1.- La oración ascética

En esta práctica la persona ora, busca a Dios, pide, da gracias; es lo que se conoce como meditación: el entendimiento racional del que ora con Dios. Para conseguir esto, la santa invita al “*recogimiento*”. Es aquí donde entra la persona (se “*recoge*”) para dialogar con el Señor como dos enamorados (Camino de perfección V, cap. 28 y 29).

En esta interiorización de la oración, el “*diálogo*” no es siempre intercambio de palabras, sino que puede ser silencio contemplativo, admirativo, de acción de gracias, de aceptación de su voluntad, incluso una simple reflexión sobre los “*pasos*” de la pasión⁴².

8.4.1.2.- La oración mística

En este tipo de oración más profunda y seria, el “*Espíritu Santo*” ora en nosotros. Es un encuentro con Cristo con el que se entra en relación de “*amor*”.

⁴¹ IBIDEM, P. 345.

⁴² IBIDEM, p. 348.

Nos encontramos ante una oración “pasiva” porque es la que Dios induce en el orante, y la única que puede considerarse como específicamente cristiana. La persona no sabe orar como Dios quiere si él no nos ora. La oración con la que la persona se relaciona con Dios se inicia en su voluntad o querer, y con ella el orante busca a Dios.

8.4.2.- LAS EXPERIENCIAS MÍSTICAS Y SU DISCERNIMIENTO

8.4.2.1.- La mística de Teresa de Ávila

La auténtica experiencia de Dios en el proceso místico concluye, como regla general, en la imitación de Cristo crucificado. La mística no es para “gozar” de Dios en el sentido sensorial del término, sino para completar lo que falta a la pasión de Cristo crucificado. Por eso la madre Teresa expone luminosamente esta doctrina al final de las séptimas moradas, el momento de mayor plenitud de la vida espiritual y donde desarrolla la finalidad de la vida mística⁴³.

“Bien será, hermanas, deciros qué es el fin para que hace el Señor tantas mercedes en este mundo. Aunque en los efectos de ellas lo habréis entendido, si advertisteis en ello, os lo quiero tornar a decir aquí, porque no piense alguna que es para sólo regalar estas almas, que sería grande yerro; porque no nos puede su Majestad hacernosle mayor que es darnos vida que sea imitando a la que vivió su Hijo tan amado; y así tengo yo por cierto que son estas mercedes para fortalecer nuestra flaqueza para poderle imitar en el mucho padecer” (Moradas VII, 4, 4).

“¿Sabéis qué es ser espirituales de veras? Hacerse esclavos de Dios, a quien, señalados con su hierro que es el de la cruz, porque ya ellos le han dado su libertad, los pueda vender por

⁴³ IBIDEM, PP. 339-340.

esclavos de todo el mundo, como él lo fue, que no les hace ningún agravio ni pequeña merced; y si a esto no se determinan, no hayan miedo que aprovechen mucho, porque todo este edificio, como he dicho, es su cimiento humildad, y si no hay ésta muy de veras, aun por vuestro bien no querrá el Señor subirle muy alto, porque no dé todo en el suelo” (Moradas VII, 4, 8).

En estos textos se pone de manifiesto la profunda “espiritualidad” que refleja, y que la experiencia mística auténtica es una fuerza interior que ayuda a llevar la cruz acompañando al Crucificado. El cristiano santo, el místico auténtico es el que acompaña a Cristo al Calvario. Por eso mismo, no sólo sigue o imita a Cristo, sino que cumple su mismo destino.

La Santa siempre expresó un deseo de morir, ya desde niña, para “ver a Dios”. Curiosamente, al final de todas las experiencias místicas ya no desea morir, sino que se conforma con la voluntad de Dios y desea vivir para cumplir la misión apostólica que Dios le ha encomendado. Por una parte, dice en su famoso poema: “Vivo sin vivir en mí y tan alta vida espero, que muero porque no muero”; y eso mismo expresa en las sextas moradas (Moradas 6, 1).

Pero en otras ocasiones desea seguir viviendo, como si tuviese miedo a morir. Los lectores superficiales pueden achacar esta segunda actitud a su psicología ciclotímica (estado anímico variable), a su decrepitud senil, etc. Pero hay una razón más profunda. Por una parte, desea morir para estar con Cristo y descansar de los muchos trabajos de la vida en una actitud egoísta; pero prefiere seguir viviendo para extender el reino de Dios colaborando con Cristo e imitando su destino existencial (Moradas VI, 5, 6).

8.4.2.2.- Las experiencias místicas de Teresa de Ávila: las visiones

A.- Las visiones. La madre Teresa confiesa que nunca tuvo visiones “*corporales*” perceptibles con los ojos del cuerpo, sino imaginarias o como ella llama: “*Visión intelectual*”.

La Santa dice que con esta visión el alma no se preocupa por escuchar. Sin ningún trabajo de atención, encuentra en ella la verdad que asimila como un alimento; no tiene que hacer más que gozar⁴⁴: “*como uno que sin deprender, ni haber trabajado nada para saber leer, ni tampoco hubiese estudiado nada, hallase toda la ciencia sabida ya en sí, sin saber cómo, ni dónde, pues aun nunca había trabajado, aun para deprender el abecé. Esta comparación postrera me declara algo de este don celestial; porque se ve el alma en un punto sabia, y tan declarado el misterio de la Santísima Trinidad, y de otras cosas muy subidas, que no hay teólogo con quien no se atreviese a disputar la verdad de estas grandezas. Quédase tan espantada, que basta una merced de estas para tocar toda un alma*

Enseguida se advierte la estrecha relación que existe entre este modo de oír y la visión intelectual. En los dos casos, el entendimiento pronuncia su adhesión, tras una intuición inmediata. El alma sabe que es Jesucristo quien está allí, como también sabe que es Él quien pronuncia aquellas palabras interiores, tan bellas y tan sabias.

Veamos como Teresa de Ávila explica esta “*visión intelectual*” y el “*amor*” que experimenta el alma cuando realiza este tipo de visiones en la oración intelectual o mental⁴⁵: “*Tenía tan poca habilidad para con el entendimiento representar cosas, que, si no era lo que veía, no me aprovechaba nada de mi imaginación; como hacen otras personas, que pueden hacer representaciones adonde se recogen. Y sólo podía pensar en Cristo como hombre; mas es así, que jamás le pude*

⁴⁴ BERTAND, L.; “*Santa Teresa*”, Ediciones Mercurio, Madrid, 1927, p. 215.

⁴⁵ IBIDEM, P. 216.

representar en mí, por más que leía su hermosura, y vía imágenes, sino como quien está ciego y a escuras, que aunque habla con alguna persona, y ve que está en ella, porque sabe cierto que está allí, digo que entiende y cree que está allí, mas no la ve. De esta manera me acaecía a mí cuando pensaba en Nuestro Señor...”.

B.- Las visiones intelectuales como formas de oración. Otras veces son fenómenos auditivos, que se perciben con palabras del vocabulario humano pero no con los oídos, y el místico las oye en forma de hablas o locuciones y entiende su sentido aunque no las quiera oír. Suelen ser precepción de una verdad que, si son palabras proféticas, cumplen lo que significan.

Son “palabras” eficaces, como si la palabra de Dios no volviese a él vacía. A veces son palabras de reproches, como una corrección de la conducta del receptor. Otras veces incluyen también auténticas iluminaciones del entendimiento y descubrimiento de hechos futuros. Las palabras son consideradas como revelaciones que, con frecuencia, descubren las verdades de la realidad divina, del misterio de Dios, de Cristo, la Trinidad, la Virgen María, los santos, etc.

Estas visiones le fueron otorgadas en la oración o al comenzar el éxtasis. Cuando la Santa nos habla de las visiones imaginarias, añade⁴⁶: “*Para mí, las visiones de esta especie están dotadas de tal poder, cuando el Señor quiere descubrir el alma una gran parte de su gloria y de su majestad, que es imposible que ningún alma lo pueda soportar, a menos que no la ayude un socorro sobrenatural, dejándola en el arroabamiento y en el éxtasis. Y así la visión de esta divina presencia se pierde en el goce”.*

Las visiones intelectuales no son más que pruebas tangibles, por decirlo así, de la unión con Dios. El matrimonio espiritual, propiamente dicho, es otra cosa: “*En las otras gracias con que he dicho que Dios favorece el alma, los sentidos y las potencias*

⁴⁶ IBIDEM, P. 259.

son como las puertas por las que el alma entra en sus moradas... Pero en la realización de ese matrimonio espiritual, el Divino Maestro procede de muy distinto modo: el Señor aparece en el centro del alma, no por una visión imaginaria, sino por una visión intelectual, todavía más delicada que las precedentes, y de la misma manera que, sin entrar por la puerta, se apareció a los apóstoles, cuando les dijo estas palabras: “La paz sea con vosotros” (Jn 20, 21). Lo que dios, en el centro del alma comunica a esta, en un instante, es un gran secreto, un tan grande favor, la transporta a tan inexplicable placer, que yo no sé a qué compararlo. Lo que puedo decir, es, que Nuestro Señor quiere hacernos ver, en este instante, la grandeza de la gloria que hay en el cielo; y por este modo sublime no nos niega ninguna visión ni ningún goce espiritual. Lo que entiendo es que el espíritu del alma, como yo la llamo, se convierte en una cosa misma con Dios, que así nos hace conocer cuánto nos ama y así quiere que conozcan algunas almas, por un conocimiento experimental, hasta dónde llega su amor. Siendo su Majestad infinita, se digna unirse de tal modo con su criatura que ya no podrán separarse”.

8.4.2.3.- El éxtasis es el “vuelo del espíritu”

A.- Los éxtasis como forma más elevada de oración: Otros fenómenos son esencialmente somáticos, como los “éxtasis”, al que ella llama “el vuelo del espíritu” como forma más elevada de oración: el levantamiento del cuerpo, como pueden percibir los testigos presentes de los hechos.

Algunos fenómenos purifican la voluntad infundiendo en el receptor un grado de “amor” que, según algunos místicos, producen una “herida” no física, sino de orden espiritual. Aquí habría que recordar la famosa visión del ángel y el dardo que, figurativamente, hiere el “corazón” de santa Teresa y al que los especialistas le han dado un nombre original: transverberación. Este curioso fenómeno ha excitado la inspiración de los artistas,

pintores y escultores, y ha dado ocasión a los psicólogos y psiquiatras a muchas fantasías interpretativas.

B.- El “arrobamiento” es la “unión mística con Dios”, como ella misma describe de esta manera cuando hace oración y como consecuencia de caer en éxtasis⁴⁷: “*Estando ansí el alma buscando a Dios, siente con un deleite grandísimo y suave, casi desfallecer toda con una manera de desmayo, que le va faltando el huelgo y todas las fuerzas corporales; de manera que, si no es con mucha pena, no puede aún menear las manos; los ojos se le cierran sin quererlos cerrar; y si los tiene abiertos, no ve casi nada; ni si lee, acierta a decir letra, ni casi atina a conocerla bien: ve que hay letra, más, como el entendimiento no ayuda, no sabe leer, aunque quiera; oye, mas no entiende lo que oye. Ansí que de los sentidos no se aprovecha nada, sino es para no la acabar de dejar a su placer, y ansí antes la dañan. Hablar es por demás, que no atina a formar palabra, ni hay fuerza ya que atinare para poderla pronunciar; porque toda la fuerza exterior se pierde, y se aumenta en las del alma, para mejor poder gozar de su gloria. El deleite exterior que se siente es grande, y muy conocido...*”.

C.- Los efectos físicos de la elevación del cuerpo los describe así⁴⁸: “*En estos arrobamientos parece no anima el alma en el cuerpo, y aún se siente muy sentido, faltan de él el calo natural; base enfriando, aunque con grandísima suavidad y deleite. Aquí no hay remedio de resistir, que en la unión, como estamos en nuestra tierra, remedio hay; aunque con pena y fuerza resistirse puede casi siempre. Acá la más veces ningún remedio hay, sino que muchas, sin prevenir el pensamiento ni ayuda ninguna, viene un ímpetu tan acelerado y fuerte, que veis y sentís levantarse esta nube, o esta águila caudalosa y cogeros con sus alas. Y digo, que se entiende y veis os llevar, y no sabéis dónde; porque aunque es con deleite, la flaqueza de nuestro natural hace temer a los principios; y es menester ánima*

⁴⁷ IBIDEM, P. 164.

⁴⁸ IBIDEM, p. 244.

determinada y animosa, mucho más que para lo que queda dicho, para arriscarlo todo, venga lo que viniere, y dejarse en las manos de Dios, e ir adonde nos llevaren de grado, pues os llevan aunque os pese; y en tanto extremo, que muy muchas veces querría yo resistir, y pongo todas mis fuerzas, en especial algunas, que es en público, y otras hasta en secreto, temiendo ser engañada. Algunas podía algo con gran quebrantamiento; como quien pelea contra un jayan fuerte quedaba después cansada; otras era imposible, sino que me llevaba el alma y aun casi ordinario la cabeza tras ella, sin poderla tener, y algunas todo el cuerpo, hasta levantarle... ”. Esto último es lo que hoy se conoce como un fenómeno de levitación; caso muy raro y que, según parece, no ha sido nunca observado científicamente.

En efecto, en este “*arrobamiento*” la Santa experimenta como un aligeramiento de su cuerpo y una inexplicable sensación de ser empujada de abajo a arriba: “*De pronto mi cuerpo se volvía tan ligero que no pensaba nada: algunas veces hasta tal punto que no sentía que mis pies tocasen la tierra*”. Y más adelante: “*Es así que me parecía, cuando quería resistir que desde debajo de los pies me levantaban fuerzas tan grandes, que no sé cómo lo comparar*”.

D.- Otras manifestaciones físicas del cuerpo son descritas con minuciosidad⁴⁹: “*Pues cuando está en el arrobamiento el cuerpo queda como muerto, sin poder nada de sí muchas veces, y como le toma se queda siempre, si sentado, si las manos abiertas, si cerradas. Porque, aunque pocas veces se pierde el sentido, algunas me ha acaecido a mí perderle del todo, pocas y poco rato; mas lo ordinario es, que se turba, y aunque no puede hacer nada de sí cuanto a lo exterior, no deja de entender y oír como cosa de lejos. No digo que entiende y oye, cuando está en lo subido de él (digo subido, en los tiempos que se pierden las potencias, porque están muy unidas con Dios, que entonces no ve, ni oye, ni siente, a mi parecer); mas... este*

⁴⁹ IBIDEM, P. 241.

transformamiento del alma del todo en Dios, dura poco; mas eso que dura, ninguna potencia se siente ni sabe lo que pasa allí. No debe ser para que se entienda, mientras vivimos en la tierra, al menos no lo quiere Dios, que no debemos ser capaces para ello”. Este estado y los que preceden son en extremo dolorosos; es, dice la Teresa, un verdadero martirio; pero un martirio que quisiera uno estar sufriéndolo toda la vida.

E.- Mientras que el cuerpo y los sentidos son de este modo aniquilados, ¿qué le sucede al alma? Sus potencias quedan en suspenso, aunque no por completo, ni durante todo el tiempo que dura la oración. Se puede decir que ni la memoria, ni el entendimiento, ni la voluntad funcionan como de ordinario⁵⁰: “*se suspenden de manera, que en ninguna manera se entiende que obran...*”.

Y aquí es donde no se puede sostener, como lo hacen algunos psiquiatras, que al llegar a estos extremos el sujeto cae en la inconsciencia. Los sentidos funcionan, aunque de manera anormal, puesto que ellos perciben formas y sonidos que no pueden definir. La conciencia, lejos de estar abolida, está alumbrada por una claridad inefable.

El alma siente, pero ¿Qué es lo que siente? “*deshacese toda, hija, para ponerse más en mí; ya no es ella (el alma) la que vive, sino yo; como no puede comprender lo que entiende, es no entender entendiendo*”, es decir, que ella no comprende. Así el alma entiende, percibe. Percibe la presencia de Dios en ella, su unión con Él: “*¿Quién hubiere llegado a arroamiento lo entenderá bien: si no lo ha probado, parécele ha desatino*”.

Después de los éxtasis, Teresa no sólo se encuentra con el alma y la inteligencia engrandecida, desbordante de energía y de deseo de acción, sino que ella, la permanente enferma, no siente las molestias físicas. Después de los “*arroamientos*”, goza de un período más o menos largo de relativa salud.

⁵⁰ IBIDEM, P. 241.

Para un espíritu verdaderamente crítico que haya examinado cuidadosamente los estados de Santa Teresa y de cualquier otro místico de renombre, no es posible que coloque la cuestión fuera de la realidad de una causa exterior y objetiva de dichos estados. Negar a priori esta cuestión, pretendiendo explicarlo todo por la subconsciencia, no es explicar nada⁵¹.

He aquí la cima de la unión mística como “*inteligencia espiritual*”: el sentimiento apacible y permanente de la unión íntima con Dios; sentimiento del que el alma no se distrae, ni por sus ocupaciones ni por los aspectos exteriores. Cuanto impresiona en estas visiones, revelaciones, iluminaciones, éxtasis o “*arrobamientos*” de la Santa, experiencias altamente “*intelectuales*”. Por esta razón, no pueden ser comparados al psiquismo inferior del ensueño y de la alucinación.

8.4.3.- LA INFLUENCIA DE TERESA DE ÁVILA

Quien quiera ver y reflexionar, no tendrá más remedio que reconocer cómo la obra de Teresa de Ávila aparece en un momento preciso de la historia para cumplir un designio providencial.

En ese momento, el viejo mundo acaba de descubrir América. La fiebre de oro se ha apoderado de España, y de todas las naciones marítimas de Europa. Es el comienzo de una era de prosperidad material, hasta entonces desconocida. El éxito realmente prodigioso de haber descubierto y conquistado un nuevo mundo con medios ínfimos y rudimentarios, de haber ensanchado el viejo universo hasta el infinito, etc. Todo este cúmulo de circunstancias hizo que la persona se vanagloriase a sí misma, hasta el punto de creer que podía prescindir de Dios.

Es el momento en que el protestantismo y bien pronto el racionalismo, comenzaron el asalto al edificio católico. El enemigo se esfuerzo en sacar y consumir las fuentes de la alta

⁵¹ IBIDEM, P. 261.

espiritualidad. Será esto la mutilación inteligente del dogma, el aburguesamiento y la vulgaridad de la vida asociada a todas las influencias deprimentes a la sed de oro, al ansia de enriquecerse y de gozar, que será el signo característico en la era moderna⁵².

Es el momento en que aparece Teresa, para decir a estos gozadores e inventores de continentes: “*Vosotros buscáis un nuevo mundo. Yo conozco uno que es siempre nuevo, porque es eterno. ¡aventureros y conquistadores de las Américas!, yo intento una aventura más difícil, mas heroica que todas las vuestras. Al precio de mil sufrimientos, peores que los vuestros; al precio de una larga muerte anticipada, voy a conquistar ese mundo, siempre joven. ¡Atreveos a seguirme y veréis!... Y vosotros, los que negáis al autor de todo lo criado, yo os digo que le he visto, y que sin Él, que lo sostiene, vuestra bajo mundo, donde vivís vanamente, marcha a la locura y a la ruina...*”.

En un hipotético debate con los ateos, la Santa les diría: “*Dios existe, yo me lo encontré*”. Mejor: yo no lo busqué de manera explícita, lo asumí de la tradición de mi familia, y después Él me salió al encuentro en un frecuente “*sentimiento*” de su presencia, y me encomendó una tarea en su Iglesia y en la sociedad. Muchos ateos y agnósticos han llegado a la luz de la fe leyendo la verdad que ilumina muchas páginas de sus escritos: reconocen que en ellos resplandece la verdad suprema.

⁵² IBIDEM, p. 127.

9.- LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL” EN SAN JUAN DE LA CRUZ

9.1.- LA ESPIRITUALIDAD DE SAN JUAN DE LA CRUZ

San Juan de la Cruz distingue meditación de contemplación. La primera busca, la segunda halla, la primera rumia el manjar, la segunda lo gusta; una discurre y hace consideraciones, la otra se contenta con una simple vista; la una es como camino, la otra como término. De la meditación pasa la persona a la contemplación cuando la verdad buscada y hallada es aceptada y saboreada con júbilo y gozo⁵³.

El alma unida a Dios en la contemplación se hace un pensamiento, un deseo y una voluntad con Él. Por eso, en los místicos del siglo de oro, contemplación equivale con frecuencia a “*vida mística*”, y contemplativo a místico. La contemplación es el camino de la unión. Todo lo demás es un medio o envoltura.

9.2.- LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL” EN SU OBRA

9.2.1.- CAMINO ESPIRITUAL PARA UNIRSE A DIOS

9.2.1.1.- La unión con Dios por “*amor*”

Fray Juan de la Cruz lo vertebría todo desde la unión con Dios por “*amor*”, es maestro de “*espiritualidad*”, todo lo centra en Dios. Sólo tiene ojos para Él. Afirma que realidad, belleza, gracia, bondad, sabiduría y riqueza de las cosas no son nada en comparación con las de Dios. Detenerse definitivamente en ellas obstaculiza el camino que lleva a Dios. Pero al mismo tiempo, como experto en humanidad, sabe que la persona también encuentra en las cosas de la luz para desarrollar su persona y alcanzar su plenitud humana y su destino; en definitiva, para encontrarse consigo mismo con la paz, la

⁵³ MEQUIADES, A.; Op. Cit. “*San Juan de la Cruz: maestro de la espiritualidad*”, p. 29.

justicia, el “*amor*”, la felicidad y, a la vez, con Dios en sinceridad y limpieza de “*corazón*⁵⁴”.

En efecto, la unión de la persona con Dios por “*amor*” es la cumbre de la “*espiritualidad*” sanjuanista, en la que Dios “*ama*” y la persona acoge. La unión incluye todo lo que Dios es y hace por la persona y todo lo que la persona es y hace por Dios. Unión de “*amor*” quiere decir pasión de Dios por la persona y pasión de la persona por Dios. El núcleo de la unión es el “*amor*” de Dios a la persona y la disposición de ésta para colaborar.

Para Juan de la Cruz el motor de la vida es “*amar*” plenamente en completa correspondencia e igualdad. Se trata de relaciones de tú a tú. Como Dios es trascendente, la iniciativa parte siempre de Dios. Poner la “*espiritualidad*” en el “*amor*” es humanizarla esencialmente: ¿existe algo más divino y más humano que el “*amor*”? llega a decir el santo.

San Juan no hace teología académica; se contenta con repetir que Dios es “*amor*” y la persona se une a Él por “*amor*”. El “*amor*” es lo más importante de todo lo humano. Dios es “*amor*” y la persona ha sido creada a imagen y semejanza de Dios. Así, nuestros progresos espirituales se medirán por “*amor*”, y al atardecer de la vida nos examinarán del “*amor*”: tanto tienes de oración, tanto de “*amor*”. El “*amor*” pues se ve como la forma de perfección espiritual⁵⁵.

¿Es idóneo este planteamiento para la persona de hoy, apresada por el afán egoísta de las realidades terrenas, borracha de secularización, de tecnología, redes sociales e inteligencia artificial? ¿Podría el símbolo de la noche iluminar sus penas y alegrías? Juan de la Cruz recomienda el camino de la purificación para ayudar a la persona a alcanzar el

⁵⁴ IBIDEM, p. 126.

⁵⁵ IBIDEM, p.136.

conocimiento de Dios a través de la oración, eficaz método para transformar la vida al “*amor*” y al perdón.

9.2.1.2.- ¿Cómo llegar a la unión con Dios?

Para San Juan de la Cruz, el procedimiento para llegar a unirse a Dios tiene tres niveles⁵⁶:

1.- El nivel de principiantes se inicia bajando al centro de sí mismo, donde Dios se hace presente según la capacidad personal de cada uno. Dios es sólo atisbo buscado fuera de sí.

2.- El nivel de los aprovechados que vive eso mismo en la oscuridad de la fe, que purifica para llegar al Dios de la luz y el “*amor*” en el desposorio. Dios se encuentra en la oscuridad de la fe.

3.- En el estadio de los perfectos se alcanza la transformación en el matrimonio místico. Dios vive en la unión perfecta.

Cuando el alma alcanza este tercer nivel de presencia de Dios, entonces descubre a Dios en todas las cosas. Dios no huye de nosotros, se nos escapa o, mejor dicho, no nos deja que nos escapemos de Él. Pero en eso mismo se nos revela como infinito, indecible, incommensurable. Lo que antes aparecía como nada en desnudez, vacío, desprendimiento, es ahora visto como un reflejo, pisadas y huellas del Amado.

Al llega a ese estadio, el alma repite de diversos modos que su amado es todo: el cielo, las montañas, los valles, las ínsulas extrañas, las gentes, los justos, los pecadores, los ángeles y hasta el mismo Dios.

⁵⁶ IBIDEM, p. 185.

9.2.2.- LA NOCHE OSCURA COMO EXPERIENCIA DE “AMOR”

En su obra repite incesantemente el símbolo de la “*noche*” como experiencia de “*amor*”, y el “*amor*” es condición esencial de la persona. La “*noche oscura*” es la necesidad que tiene la persona de salir de sí para encontrar su verdadero centro, que es Dios; es una de las expresiones más acertadas de esa necesidad que la persona tiene de pasar por el anonadamiento de sí (la aniquilación) para poder existir en el “*Ser de Dios*”, de consentir perderse a sí mismo para llegar a la vida divina, de desenterrarse de sí para centrarse en Dios, de salir de la pobreza limitada del propio “*Ser*” y el propio pensar, para ser transformada en forma de conocer, querer y “*Ser de Dios*”

Esta transformación del Ser Humano durante su situación de “*noche*” indica el profundo alcance antropológico y teológico del símbolo y sus fecundos efectos: salir de sí mismo, romper la propia finitud, abrirse al otro y al absoluto que es Dios. Toda ruptura es dolorosa. Esta, además de alumbrar la salida de sí mismo, abre camino hacia posibilidades de presencia de Dios en situaciones culturales, sociales y personales de amplio espectro, que en todo parecen ocultarla.

El silencio absoluto de Dios en tantas otras angustias de diverso tipo interno o social como ateísmos, nihilismos, hambres, muertes, sufrimientos, situaciones inmodificables, guerras tribales más o menos encubiertas, tragedias personales y de la sociedad, sólo obtienen respuesta cuando reconocemos la presencia de Dios en el “*corazón*” de las personas y dejamos que actúe para que transforme el “*Ser*” en “*amor*” y perdón. Ver la vida, los demás y lo que nos rodea con “*los ojos de Dios*”, ayuda a ver la realidad de nuestra existencia desde el punto de vista de Dios, esta es clave de lo que debería ser la “*inteligencia espiritual*”.

9.2.3.- EL MONTE CARMELO COMO FUENTE DE “ESPIRITUALIDAD”

El santo Juan de la Cruz habla de “*subida del monte Carmelo*”. El monte es Dios, con el cual se une la persona. La ascensión lleva consigo la suma realización personal, el sumo “*amor*” recíproco, la suma libertad vivida y la suma felicidad posible en este mundo. La voluntad de Dios y de la persona se funde en una sola, y la ley de Dios se convierte en ley de la persona.

En la cima del monte hay sosiego y paz interior, la persona y Dios unidos, voluntad a voluntad, dos en uno: la persona convertida en Dios por participación.

Lo más duro para la persona es siempre la ley como limitación de la libertad. Por eso, en la cima se proclama la autonomía de la razón. No hay límite de libertad sino entrega por “*amor*”. El “*amor*” se convierte en ley. Sólo es auténticamente libre el que puede regalar su libertad por “*amor*”, o dicho de otro modo, el que puede darse gratuitamente para beneficio de Dios y del “*Ser*” humano.

10.- INDICE

INTELIGENCIA ESPIRITUAL	1
1.- LA “ <i>INTELIGENCIA ESPIRITUAL</i> ” DEL SER HUMANO.....	3
1.1.- “ <i>INTELIGENCIA ESPIRITUAL</i> ” O “ <i>INTELIGENCIA EMOCIONAL</i> ”.....	4
1.2.- LA DIFERENCIA DE AMBAS ESPIRITUALIDADES.....	6
1.3.- LOS ARGUMENTOS DE LA “ <i>INTELIGENCIA EXISTENCIAL</i> ”.....	7
1.4.- LA IMPORTANCIA DE LA “ <i>INTELIGENCIA ESPIRITUAL</i> ”.....	14
1.4.1.- LA “ <i>DIMENSIÓN ESPIRITUAL</i> ” DEL SER HUMANO.....	14
1.4.2.- LOS BENEFICIOS DE LA “ <i>INTELIGENCIA ESPIRITUAL</i> ”.....	14
1.6.- LA FILOSOFÍA IGNORA A LA “ <i>INTELIGENCIA ESPIRITUAL</i> ”.....	18
1.6.1.- LA FILOSOFÍA NO ES “ <i>ESPIRITUALIDAD</i> ”	18
1.6.2.- LA INFLUENCIA FILOSÓFICA DIFICULTA LA “ <i>ESPIRITUALIDAD</i> ”	20
1.7.- LAS “ <i>PSEUDO RELIGIONES</i> ” CONTRA LA “ <i>ESPIRITUALIDAD</i> ”.....	25
1.7.1.- LOS LIBROS DE AUTOAYUDA CREAN CONFUSIÓN	25
1.7.2.- LOS PELIGROS DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL	26
1.7.3.- EL ESOTERISMO CONTRA LA “ <i>INTELIGENCIA ESPIRITUAL</i> ”	28
1.7.3.1.- La falsa “ <i>espiritualidad</i> ” del esoterismo.....	28
1.7.4.- LAS SECTAS NO SON “ <i>INTELIGENCIA ESPIRITUAL</i> ”	30
2.- EL PROBLEMA DE LA EXISTENCIA DE DIOS.....	33
2.1.- LA CRISIS DE VALORES RELIGIOSOS.....	34
2.2.- ¿QUÉ SE ENTIENDE POR DIOS?.....	34
2.2.1.- LA RELACIÓN EXISTENCIAL CON DIOS	34
2.2.2.- UNA EXPLICACIÓN METAFÍSICA DE DIOS.....	36
2.2.3.- EL CONOCIMIENTO DE DIOS	36
2.3.- ATEÍSMO Y AGNOSTICISMO FRENTE A LO “ <i>ESPIRITUAL</i> ”.....	38
2.3.1.- UN RECHAZO A LA “ <i>DIMENSIÓN ESPIRITUAL</i> ”	38
2.3.2.- DIFERENCIAS ENTRE EL CREYENTE Y EL ATEO	39
2.3.3.- CREER EN DIOS DESDE UN PUNTO DE VISTA HUMANO	42
2.4.- LA “ <i>INTELIGENCIA ESPIRITUAL</i> ” EN LA CONCIENCIA HUMANA.....	44
2.4.1.- LA CONCIENCIA Y SUS CONTRADICCIONES	44
2.4.2.- LA CONCIENCIA PUEDE RECONOCER LO TRASCENDENTE	46
2.4.3.- LA CREENCIA RELIGIOSA QUE RESIDE EN LA CONCIENCIA	48
3.- POR LA “ <i>INTELIGENCIA</i> ” SE ALCANZA LA “ <i>ESPIRITUALIDAD</i> ”.....	49
3.1.- LA “ <i>INTELIGENCIA</i> ” DE LAS RELIGIONES ORIENTALES.....	50
3.2.- LA “ <i>INTELIGENCIA</i> ” EN LA GRECIA CLÁSICA.....	50
3.2.1.-LA FILOSOFÍA COMO FUENTE DE SABIDURÍA E INTELIGENCIA	50
3.2.2.- DEFINICIÓN METAFÍSICA DE PERSONA	53
3.2.3.- LA “ <i>INTELIGENCIA</i> ” BÍBLICA FRENTE A LA FILOSOFÍA GRIEGA.....	54
3.2.3.1.- La antropología bíblica frente a la griega	54
3.2.3.2.- La “ <i>inteligencia</i> ” bíblica frente a la griega	57
3.3.- LA “ <i>INTELIGENCIA</i> ” EN EL ANTIGUO TESTAMENTO.....	59
3.3.1.- EL “ <i>CORAZÓN</i> ”: ORIGEN DE LA “ <i>INTELIGENCIA ESPIRITUAL</i> ”	59
3.4.- LA “ <i>INTELIGENCIA</i> ” EN EL NUEVO TESTAMENTO.....	61
3.4.1.- LA FE ABRE LA “ <i>INTELIGENCIA</i> ” PARA COMPRENDER A DIOS	61
3.4.2.- LA “ <i>PERSONA-INTELIGENCIA</i> ” EN PABLO DE TARSO	62
3.4.3.- LA “ <i>SABIDURÍA DE CONCIENCIA</i> ” EN PABLO DE TARSO	64

3.4.4.- LA “INTELIGENCIA” Y LAS VIRTUDES TEOLOGALES.....	65
4.- POR EL “ESPÍRITU DE DIOS” SE ALCANZA LA “ESPIRITUALIDAD”.....	67
4.1.- EL “AMOR DE DIOS”: PRINCIPIO DE LA “ESPIRITUALIDAD”.....	68
4.2.- EL “ESPÍRITU DE DIOS” EN EL ANTIGUO TESTAMENTO.....	69
4.2.1.- EL “ESPÍRITU DE DIOS” COMO SOPLO DE VIDA: EL “RUAH”.....	69
4.2.2.- EL “RUAH” COMO “ENERGÍA VITAL”.....	70
4.2.3.- EL “RUAH” COMO “FUERZA DE VOLUNTAD”.....	71
4.3.- EL “ESPÍRITU DE DIOS” EN EL NUEVO TESTAMENTO.....	72
4.3.1.- EL “ESPÍRITU DE DIOS” COMO “PNEUMA”.....	72
4.4.- “EL ESPÍRITU DE DIOS” EN PABLO DE TARSO.....	74
4.4.1.- “SOMA-PNEUMATIKOS” EN PABLO DE TARSO.....	74
4.4.2.- LA IMPORTANCIA DE “SER EN DIOS”.....	76
4.4.3.- CRISTO VIVIENDO EN NOSOTROS.....	77
4.4.4.- REVESTIRSE DE CRISTO.....	77
5.4.4.1.- Revestidos de cristo: revestidos al “amor”.....	77
5.4.4.2.- Las consecuencias de revestirse de cristo.....	78
4.5.- EL CONCEPTO DE “CUERPO-ESPÍRITU” EN LA PERSONA.....	80
4.5.1.- LA PERSONA COMO CUERPO Y “ESPÍRITU”.....	80
4.5.2.- EL DUALISMO “CUERPO-ESPÍRITU” EN LA ÉPOCA HELENÍSTICA.....	81
5.- LA FE COMO SOPORTE DE LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”.....	83
5.1.- SIN FE EN DIOS NO HAY “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”.....	84
5.2.- LOS CAMINOS DE LA FE EN EL ANTIGUO TESTAMENTO.....	85
5.2.1.- LA REVELACIÓN DE DIOS: ORIGEN DE LA FE.....	85
5.3.- LOS CAMINOS DE LA FE EN EL NUEVO TESTAMENTO.....	87
5.3.1.- LA FE EN LOS EVANGELIOS SINÓPTICOS.....	87
5.3.2.- LA FE EN PABLO DE TARSO.....	88
5.3.3.- LA FE EN EL EVANGELIO DE JUAN.....	89
5.4.- ACTITUDES PARA CAMINAR EN LA FE.....	91
5.4.1.- “VER” COMO CAMINO HACIA LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”.....	91
5.4.1.1.- “Ver” en el Antiguo Testamento.....	91
5.4.1.2.- “Ver” en el Nuevo Testamento.....	91
5.4.1.3.- Saber “mirar” nos acerca a la “inteligencia espiritual”.....	93
5.4.2.- “ESCUCHAR” CAMINO HACIA LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”.....	95
5.4.2.1.- El “escuchar” en el ambiente bíblico.....	95
5.4.2.2.- La sociedad no sabe “escuchar”.....	96
5.4.2.3.- Saber “escuchar” nos acerca a la “inteligencia espiritual”.....	97
6.- ACTITUDES QUE FAVORECEN LA INTELIGENCIA ESPIRITUAL”.....	99
6.1.- EL “AMOR”: ÚNICO CAMINO HACIA LA “ESPIRITUALIDAD”.....	100
6.1.1.- EL “AMOR” NOS UNE A DIOS Y AL PRÓJIMO.....	100
6.1.2.- POR EL “AMOR” CAMINAMOS EN LA LUZ ESPIRITUAL.....	101
6.1.3.- LA AUSENCIA DE “AMOR” NOS ALEJA DE LA “ESPIRITUALIDAD”.....	103
6.1.3.1.- Sin “amor” nos alejamos de Dios.....	103
6.1.3.2.- Sin “amor” no hay “inteligencia espiritual”.....	104
6.1.3.3.- Sin “amor” no hay compromiso.....	105
6.2.- EL “SERVICIO AL PRÓJIMO”: COMO “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”....	106

6.2.1.- “SERVIR” EN EL ANTIGUO TESTAMENTO.....	106
6.2.2.- “SERVIR” EN EL NUEVO TESTAMENTO.....	106
6.2.3.- EL “SERVICIO” NOS VINCULA A LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”.....	108
6.3.- LA ORACIÓN ENSEÑA A LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”.....	110
6.3.1.- LA ORACIÓN EN EL ANTIGUO TESTAMENTO.....	110
6.3.2.- LA ORACIÓN EN EL NUEVO TESTAMENTO.....	111
6.3.3.- LA ORACIÓN NOS UNE A LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”.....	112
6.4.- EL SUFRIMIENTO FAVORECE LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”.....	113
6.4.1.- EL SUFRIMIENTO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO.....	113
6.4.2.- EL SUFRIMIENTO EN EL NUEVO TESTAMENTO.....	114
6.4.3.- EL “SER” Y LA “NADA” COMO VACÍO EXISTENCIAL.....	115
6.4.4.- VISIÓN CREYENTE DEL SUFRIMIENTO HUMANO.....	116
6.5.- LA MUERTE ENSEÑA A LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”.....	118
6.5.1.- LA MUERTE EN EL ANTIGUO TESTAMENTO.....	118
6.5.2.- MUERTE Y SALVACIÓN EN EL NUEVO TESTAMENTO.....	119
6.5.3.- VISIÓN CREYENTE DE LA MUERTE.....	120
7.- ACTITUDES QUE PERJUDICAN LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”.....	123
7.1.- SIN “CAMBIO EXISTENCIAL” NO HAY “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”.....	124
7.1.1.- LA CONVESIÓN EN EL JUDAÍSMO BÍBLICO.....	126
7.1.2.- LA CONVERSIÓN COMO “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”.....	126
7.2.- EL PECADO NOS SEPARA DE LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”.....	127
7.2.1.- EL PECADO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO.....	127
7.2.2.- EL PECADO EN EL NUEVO TESTAMENTO.....	129
7.2.3.- EL PECADO ALEJA DE LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”.....	131
7.3.- SIN “RECONCILIACIÓN” NO HAY “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”.....	133
7.3.1.- EL PERDÓN EN EL ANTIGUO TESTAMENTO.....	133
7.3.2.- EL PERDÓN EN EL NUEVO TESTAMENTO.....	134
7.3.3.- LA “RECONCILIACIÓN” Y EL “PERDÓN” COMO VALOR BÍBLICO.....	134
7.3.4.- SIN “PERDÓN” NO HAY “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”.....	136
7.4.- EL ORGULLO DIFICULTA LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”.....	140
7.4.1.- LA HUMILDAD EN LA TRADICIÓN BÍBLICA.....	140
7.4.1.1.- La humildad en el Antiguo Testamento.....	140
7.4.1.2.- La humildad en el Nuevo Testamento.....	141
7.4.1.3.- Sólo el humilde obtiene la “inteligencia espiritual”.....	142
8.- LA MÍSTICA INSPIRA LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL”.....	145
8.1.- TERESA DE ÁVILA: UNA MUJER ESPIRITUAL.....	146
8.1.1.- LA VIDA DE UNA SANTA.....	146
8.2.- LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL” EN TERESA DE ÁVILA.....	147
8.3.- LA ORACIÓN MÍSTICA DE TERESA DE ÁVILA.....	147
8.3.1.- LA ORACIÓN EN SUS LIBROS.....	147
8.3.1.1.- La oración en el libro “ <i>Camino de Perfección</i> ”.....	147
8.3.1.2.- La oración en el libro de “ <i>Las Moradas</i> ”.....	148
8.4.- LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL” DE TERESA DE AVILA.....	149
8.4.1.- LA ORACIÓN MENTAL DE LA SANTA.....	149
8.4.1.1.- La oración ascética.....	150

8.4.1.2.- La oración mística.....	150
8.4.2.- LAS EXPERIENCIAS MÍSTICAS Y SU DISCERNIMIENTO.....	151
8.4.2.1.- La mística de Teresa de Ávila.....	151
8.4.2.2.- Las experiencias místicas de Teresa de Ávila: las visiones.....	153
8.4.2.3.- El éxtasis es el “ <i>vuelo del espíritu</i> ”.....	155
8.4.3.- LA INFLUENCIA DE TERESA DE ÁVILA.....	159
9.- LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL” EN SAN JUAN DE LA CRUZ.....	161
9.1.- LA ESPIRITUALIDAD DE SAN JUAN DE LA CRUZ.....	162
9.2.- LA “INTELIGENCIA ESPIRITUAL” EN SU OBRA.....	162
9.2.1.- CAMINO ESPIRITUAL PARA UNIRSE A DIOS.....	162
9.2.1.1.- La unión con Dios por “ <i>amor</i> ”.....	162
9.2.1.2.- ¿Cómo llegar a la unión con Dios?.....	164
9.2.2.- LA NOCHE OSCURA COMO EXPERIENCIA DE “ <i>AMOR</i> ”.....	166
9.2.3.- EL MONTE CARMELO COMO FUENTE DE “ <i>ESPIRITUALIDAD</i> ”.....	166
10.- INDICE.....	167

